

Aunque cronológicamente perteneciente a la Generación del 45, Julio Ricci no se considera literariamente adscripto a ella.

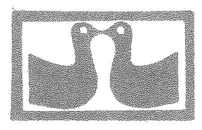
Sus primeros trabajos literarios fueron traducciones de narradores suecos al español, aparecidos en diversos periódicos montevideanos.

Lingüista y filólogo de formación, sólo se decidió a incursionar con narraciones propias en 1968, con un par de cuentos publicados en Buenos Aires y México, y posteriormente con su volumen de cuentos "Los Maniáticos" aparecido en la colección Tiempo y Memoria de la Ed. Alfa de Montevideo, en 1970.

Confiesa que escribe ficción por una necesidad de hurgar en lo humano ya que la investigación lingüística y filológica le parece demasiado fría y deshumanizante.

En los últimos años ha creído reconocer como influencias mayores de sus trabajos a Gogol y a algunos escritores nórdicos y centro-europeos.

Ha sido becario y profesor en Suecia, Estados Unidos de América, Italia y Francia. Actualmente enseña lingüística y filosofía del lenguaje en nuestro país



GEMINIS

EL GRONGO

CUENTOS

JULIO RICCI

Don Galaz

EL GRONGO

CUENTOS

COLECCION NARRADORES DE HOY

Portada:

DOMINGO BELLAGAMBA

Fotos:

BELLAGAMBA y RICCI

El Viejo Pancho 2585
Montevideo – Uruguay

ISBN 84-89250-00-6
Queda hecho el depósito
que marca la ley.



JULIO RICCI

EL GRONGO

CUENTOS

EDICIONES GEMINIS
MONTEVIDEO, 1976

"Tieni presente l'importanza enorme che ha per la tua personalità la tua famiglia! Senza di loro forse la tua vita perderebbe significato. Io invece sono solo e non ho potuto evitarlo in nessun modo. Come vedi ci sono misteriose leggi, diverse per ciascun uomo; nulla di più stupido della famosa "égalité" ipocrita di triste memoria".

Fragmento de carta de un solitario.

PALABRAS PRELIMINARES

Las narraciones que incluye este volumen no son otra cosa que la continuación inevitable de mi primer volumen de cuentos: "Los Maniáticos". Son todas ellas producto de mis constantes meditaciones sobre los hombres, esos hombres ora sumisos y resignados, ora violentos y solapadamente malvados que veo día a día moverse por las calles con sus secretos y sus tragedias a cuestas y como hormigas en busca de un destino tranquilizador que casi siempre les hace gambetas. Son también producto de mis ratos de ocio y de los momentos que le robo al trabajo y a los estudios del lenguaje que siempre me entusiasman.

Si alguno de mis nuevos relatos penetra en el territorio de lo que podría llamarse "la literatura asqueante", ello simplemente se debe a la necesidad de expresar sentimientos y vivencias que la literatura, en sus formas tradicionales, no ofrece. Por lo demás, el quehacer literario tiene quizá el más alto registro de todas las artes y la necesidad estética de expresión cabal todo lo permite.

No obstante haber vivido siempre en condiciones aceptables,

jamás he dejado de reflexionar sobre lo que he visto a mi alrededor. Los innumerables seres que he conocido, los diversos lugares del mundo en que he residido y las muchísimas situaciones de la existencia que he presenciado, han creado en mí un sentimiento de pesimismo y una preocupación existencial que no consigo expresar como no sea mediante alegorías superficialmente irreverentes, pero que en el fondo conllevan una enorme cuota de conmiseración y que, a decir verdad, son mucho más suaves que ciertas formas de la realidad, de esa realidad que nos exalta o nos pisotea, que se burla de nosotros, nos hace morisquetas y cuando queremos dominarla nos mira sobradora y en muy buen español nos dice: "¿A que no te atreves a cogerme?".

Algunos de los personajes que he compuesto ahora para explicitar mi desconcierto y mi inquietud parecen imposibles pero no lo son. La vida siempre tiene cosas más extrañas que todo lo que podamos imaginar. Los he "armado" con trozos de sucesos cotidianos, como quien manipula un rompecabezas.

Uno de ellos, concretamente el "héroe" de mi primer relato, merecería ser zamarreado y cacheteado en forma. Confieso que cuando me encaré con este individuo más de una vez me puse furibundo. Le hubiera dado un golpe bajo para despabilarlo y en un lenguaje bien tanguero le hubiera dicho: "Basta del mito de tu mujer y de tu hija y de tu amigote. Avivate de una vez. Salí dal café del barrio y conseguite una mina que te cebe unos mates. Gozá al menos de unos instantes de esta vida que se te escapa día a día de entre las manos. Rehacé tu existencia, gil".

Sin embargo, sin quererlo yo, mi personaje continuó anclado en el café. "No pasó nada", como dicen ahora los muchachos. Siguió como pegado a su inexorable determinismo y no cambió. Dudo que si vive haya cambiado. Cuando escribí esta narración me lo hacía pelado, flaco, siempre sonriente y ceremonioso, detrás de sus cristales y de los cristales del eterno café, con muchos quilos de esperanzas, de esperanzas gordas y grandotas, con esperanzas que lo hacían, diríase, más feliz que el finado Onassis, porque ya se veía con el oro y el moro al día siguiente. Sólo que el día siguiente llegaba y estos dos individuos no aparecían y otra vez volvía el anochecer con su manto de oscuridad y mi "héroe" de nuevo lucía la eterna sonrisa y de nuevo abrigaba la inextinguible

esperanza del inmediato arribo del oro y del moro, de una esperanza que quizá —yo me decía— valía más que el mejor de los oros y los moros.

En todos los lugares en que estuve he hallado siempre la inseguridad, el dolor, el odio, la angustia, la venganza, la calumnia, la mentira, y también el amor y la amistad, y me he dicho: ¡Cuántas cosas tan diversas alberga el alma humana! La inseguridad, el dolor y todos sus congéneres mostraban siempre una fortaleza tremenda; el amor y la amistad, en cambio, eran —y continúan siendo— seres muy pequeñitos y de corta duración. Ni siquiera en Suecia, el país que desterró a la esperanza, porque allí se consigue todo lo que se quiere, he dejado de hallar formas de la insatisfacción y de la angustia, solo que tal vez un tanto adormecidas o anestesiadas por el bienestar social. Lo que ha ocurrido —y ocurre— es que al desaparecer la esperanza se ha caído en la desesperanza que produce el no tener nada que esperar.

En todos los lugares en que estuve he hallado también ese palpitar dolorido y ansioso de los hombres que brota de su incapacidad de entenderse y me he preguntado: ¿Cómo se podrá solucionar esto? Y he pensado que nunca habrá solución, porque el hombre es un ser lamentable y afortunadamente fáustico, de proyecciones ilimitadas y ambiciones infinitas que construye la trama de la sociedad a su imagen, esa imagen siempre cambiante pero coherentemente incoherente que se nutre de justicia e injusticia. Y he concluido que ese ser misterioso que todos llevamos dentro tendría que renunciar a su extraña naturaleza para poder organizarse sin contradicciones, es decir, para poder organizarse como todos queremos y proponemos. La capacidad de raciocinio de que nos jactamos ha estado siempre maculada por el impulso insaciable del más y la sed inextiguible de dominio, y ha estado tocada por la locura de infinitud, como lo están todas las creaciones humanas. Quizá del juego de estas formas de la incoherencia en el hombre y del hecho de estar regido por leyes desconocidas haya surgido su grandeza y su pequeñez, esa grandeza y esa pequeñez que siempre se mezclan antipódicamente y configuran la irracionalidad de su actuar, esa grandeza y esa pequeñez que todos cultivamos.

Tanto en los más modernos "efficiency apartments" de las

ciudades de los EE.UU. de América, que abren sus puertas hacia calles de primorosa ciencia ficción, iluminadas a giorno pero vacías, como en los estrechos apartamentos de Leningrado o de Viborg, que contemplan la blancura tristísima de las nieves eternas, he visto emerger impertérrita la sordidez de la vida humana. Tanto en las viviendas abandonadamente pobres de los negros del Deep South como en las chozas koljosianas lúgubremente enterradas en la fantasmagórica campiña de la Carelia, he detectado el dolor de seres que se movían lentos como sombras inexpresivas y que hacían pensar en la vigencia del hombre de Neanderthal. Y ni qué hablar de lo que he sentido en los suburbios de tantas ciudades de Europa, de Asia y de nuestra querida América! Y en un lado y en otro, siempre, los discursos pomposos y solemnes, los discursos prometedores de un futuro mejor. Un futuro como el que esperaba día a día el pobre Abranse, el pobre desgraciado que no había ni siquiera tenido el beneficio de un nombre decente.

Si la lucha por la felicidad, por nada más que el bienestar que da la mínima seguridad, fuera un partido de fútbol, la humanidad a esta altura iría perdiendo por goleada. Por más que los señores de los organismos internacionales se reúnan y hablen juiciosamente, esos señores que después salen a la calle y se encuentran con sus rubias y perfumadas amantes, sus grandes coches MB y sus gentiles lacayos, e inventen nuevos términos como la "quality of life", el "consumer's price index" el "point of inflection" y otras grandezas, los campesinos del Nepal siguen enterrados en su ignorancia, divididos en castas que son la ignominia.

Pero lo peor no es esto. Lo peor es el hecho de que a todos los niveles, el hombre parece satisfacerse y hasta regodearse con la decrepitud institucionalizada y los beneficios de la rutina. Y que además, todavía no ha comprendido que lo que mina a la humanidad entera es el sectarismo, el separatismo, las fronteras, las roscas o, como dicen los hermanos argentinos con acento italiano, las trenzas.

Es claro que es difícil romper con todo esto que constituye el alma y la carne de la humanidad. Desde que nacemos estamos rodeados de formas sectarias y cánones establecidos y difícilmente llegamos a tener juicios propios. O se nos impone una religión, o una idea política, o simplemente un slogan y al final estamos seguros de que son el producto de nuestra propia elección. O se nos dice que lo mejor es Beethoven o Brahms o Shakespeare o García Márquez y se nos repite esos nombres tantas veces que al final los consideramos sublimes y no opinamos más (en realidad raramente opinamos) libremente. "No sabes lo que adoro la música del sordo maravilloso", "Qué influencia transportadora tiene en mí la música celestial del ciclópeo Brahms", o "Yo que soy muy amiga de Gabo te digo que no hay quien escriba como él en la América latina", son frases frívolas que circulan por todos los ambientes "culturales". Lo peor de todo es que más tarde llegamos a fanatizarnos de tal modo con lo que se nos impone que hasta gritamos, combatimos e incluso destruimos. Sin saber bien por qué. Sin habernos puesto a analizar nuestro pensamiento. Y lo "más peor", como decía el paisano con un eminente sentido lingüístico, es que a veces combatimos mercenariamente por una idea. Por una idea que sólo beneficia a algunos señores que están cómodamente instalados a años luz de nuestras vidas.

Todo lo que sigue bajo el aspecto de simples narraciones es en cierto modo una forma de crítica impotente de los curiosos avatares del destino humano. Hace mucho que pienso que el que escribe debe estar comprometido por sobre todo con el hombre y los sufrimientos del hombre en su dimensión más profunda y universal y no en su medida momentánea y accidental. Que debe estar preocupado por las extrañas facetas de la condición humana, de esa condición humana que por no querer ponerse de acuerdo consigo misma, que por sus inexplicables contradicciones naturales está creando todas las tragedias que se registran en este bello planeta nuestro.

Gran parte de los escritores actuales, casi la mayoría, diría yo, por un raro fenómeno acentuado en nuestra época, se han olvidado totalmente del hombre y han caído en una suerte de frívolo formalismo estético. Las situaciones del mundo actual, que permanentemente nos acorralan con sus incoherencias e irregularidades, parecen no llamar la atención a numerosos creadores, que se deleitan ideando nuevas técnicas y nuevas formas. En pleno hipocentro del actual momento histórico quizá sea prematuro juzgar, pero yo creo que nos hemos alejado sorprendentemente de la sencilla profundidad de grandes maestros del siglo pasado como Dosto-

jevski, Gogol, Flaubert, Zola, P. Galdós, Sarmiento, y otros, o de principios de nuestro siglo como Gide, Faulkner, Kafka o Lagerkvist. Vivimos en una tempestad y somos tan indiferentes e irresponsables como la cigarra. Quizá todo eso sea lo que me haya impulsado, en algunos relatos, a los motivos asqueantes. Quizá en los contrastes extremos haya encontrado el camino mejor para expresar mi disgusto existencial. Quizá, y nada más que quizá, porque los hombres nunca somos plenamente conscientes de las fuerzas que operan en nuestra naturaleza profunda, nunca conocemos bien las motivaciones de nuestro propio yo.

El odio, la intransigencia, la prepotencia, el sadomasoquismo, la mitificación, la veleidad, el sectarismo, la credulidad, el "sorpassismo" —el querer caminarle por arriba a todos—, e infinidad de otros "gelonios" recorren hoy señoriales la superficie del planeta, y todavía, como la cigarra, seguimos entonando bellas canciones estivales. Las enseñanzas de Cristo y de muchos otros "capocuolas" religiosos están muy lejos de ser asimiladas. Si acaso, sólo un pequeñísimo número de hombres las han comprendido, pero jamás han podido ponerlas en práctica, porque la humanidad tiene sus reglas y como los representantes de la Cosa Nostra advierte muy bien a todos sus miembros que hay que atenerse al orden establecido. Hay que bendecir ceremoniosamente los grandes valores tradicionales, hablar de ellos con solemnidad, y al mismo tiempo dar por sentado que otras zonas de la vida pueden muy bien deteriorarse sin que nos preocupe.

Los personajes que recorren estas narraciones se mueven en este mundo de incoherencias. Nunca como hoy, el estómago, los órganos genitales (como dijera finísimamente Mika Waltari) y el ansia insaciable de dominio, de acumulación y de gloriosa grandeza han socavado tanto las raíces de la humanidad. Nunca como hoy estos incontrolados "gelonios" han sido tan poderosos como para imponer sus reglas o antirreglas, sus locuras y sus incoherentes coherencias. Quizá porque nunca como hoy hemos producido tanta riqueza, tanto objeto, tanta innecesidad, porque nunca como hoy hemos estado tan borrachos de ambiciones materiales. Muchas veces recuerdo a mi padre, que en los atardeceres de su vida se sentaba en una sillita de esterilla y decía: "Yo, con esta sillita y unos mates me conformo". ¡Qué lejos estamos ya de esos hombres!

Si estas breves páginas buscan algo, ese algo es mostrar a muchos hombres de hoy cómo pueden ser. Quizá eso nos ayude a comprender y a comprendernos. No son exageraciones. Si nos ponemos a hurgar, encontraremos que la realidad en mucho nos aventaja y que es más dura y a menudo incluso más asqueante que todo esto. Si mis relatos contribuyen de algún modo al mejoramiento de la sociedad, me sentiré muy feliz, mucho más feliz que si tienen algún valor literario. Aunque me temo que esto no ocurra.

No quiero terminar, sin señalar que este libro no hubiera podido salir a luz sin la ayuda prestada por Rubens Bogao, mi gran amigo Rubens, un hombre honesto y coherente, un modelo de trabajador y un modelo de uruguayo. Tampoco hubiera podido ser publicado sin el denuedo de mi mujer valdense, Iris Malan, que pone más interés que yo mismo en todas mis cosas.

J. R.
agosto de 1976.

LOS DOMINGOS NO LOS PASO MAS EN CASA DE MI SEÑORA

A mis queridos amigos
Heber y Poupée Irachet

¡Qué asquerosos esos tangos que dicen:
"Mozo, traiga otra copa que quiero olvidar"!

La gente debe de pensar que soy un desgraciado o un pobre diablo. A pocos les ocurre que la mujer los deje. A mí un día, un día de invierno, Marujita me llamó a la piecita del fondo y me dijo: "Mirá Rafael, no te quiero más y mañana mismo voy a pedir el divorcio. Esta casa es de mis padres, de modo que no tienes nada que reclamar. Te doy un par de horas para que pongas tus cosas en una valija y te vas."

Como siempre fui un hombre decente y poco agresivo, subí al altillo, ordené las pocas cosas que tenía y las puse en la valija que había comprado cuando hicimos el viaje de bodas a Buenos Aires. Lloré un poco, pero me sequé las lágrimas y traté de mostrarme lo más compuesto posible.

No pude despedirme de la Nena porque estaba en el liceo y decidí dejar la cosa para otra oportunidad. Hubiera querido decirle adiós a Marujita, darle un beso de despedida, pero no me animé. Ella seguramente no hubiera aceptado y yo hubiera sufrido mucho.

En el café de Ellauri me pedí un cortado e intenté ordenar las ideas. Traté sobre todo de imaginar cuál podría haber sido la razón de su decisión.

Es verdad que desde hacía ya tiempo me había hecho salir del dormitorio de nuestras noches felices e ir a vivir al altillito del patio del fondo; pero esto no era tan grave como para tomarlo a la tremenda. (El altillito era frío en invierno y caluroso en verano, pero yo seguía igual en casa y veía a Marujita y a la Nena y era feliz a mi modo.) Es verdad también que no me permitía sentarme a la mesa y comer en familia, pero esto pasaba incluso en los mejores matrimonios: siempre había períodos de disgusto o de incomprensión. Todos decían que tal matrimonio andaba mal, que tal otro matrimonio estaba peleado y que él y ella dormían separados, pero al fin de cuentas volvían las aguas a su cauce y los cuerpos a la cama.

Por eso, la decisión de Marujita me extrañó pero no me afectó. Ahora estoy seguro de que pronto todo se arreglará. Ella me necesitará y me llamará.

— — — — —

El otro día Manuel me dijo que me encontraba alicaído y tristongo y yo le respondí que era algo pasajero y le pagué el cortado. El gallego no es malo, pero se mete demasiado en la vida de uno

Hoy he decidido hacer un análisis de mi personalidad. Quizá eso me ayude a comprender mi situación. No soy un psicólogo, pero recuerdo que cuando leía Fingermann en el liceo era bastante bueno.

Yo creo que soy un poco tímido. Muchas veces me han dicho que no tengo ideas propias, que siempre repito lo que dicen los otros y que apruebo todo. Juancito a veces me trataba de aburrido y quizá tuviera razón. Nunca supe cómo osé hablarle a Marujita. Fue quizá un impulso —a veces no sé si fui yo el del impulso— que me iluminó unos instantes, y ella me aceptó. Lo demás no sé cómo ocurrió. No sé, por ejemplo, cómo podía hacer lo que hacía con ella en la cama. No sé

cómo me atreví a lo que me atreví la noche de bodas. Bueno, ella me ayudó mucho y llevó casi toda la iniciativa. Desde que me desvestí y me metí en la cama hasta lo que pasó después. Yo casi no hacía nada, pero Marujita era un volcán, un volcán hermoso, cálido, desbordante, que me desintegró, me pulverizó y luego me dejó arrumbado a un costado. Ella era la que había hecho todo y yo había vivido como en un delirio paradisíaco. ¡Cómo podría olvidarla! Seguro que yo no le decía nada, ni tomaba decisiones. Ni siquiera le decía palabras lindas como dicen que dicen los italianos. Pero ella podía hacer lo que quería conmigo, podía disponer de mí como mejor quería. Por eso no sé cómo se aburrió.

Confieso que me faltaba iniciativa, que me faltaba quizá agresividad. Pero era un hombre correcto. A casa siempre llevaba el sueldo íntegro, le daba el sobre como un buen galés a Marujita y no pedía nada. Porque vicios no tenía: fumar no fumaba, tomar no tomaba, y amigos que se diga no tenía. Era lo que se dice un marido modelo. El marido que codiciaban todas las mujeres. Por eso no comprendo cómo Marujita se disgustó tanto conmigo.

— — — — —

Ahora en cierto sentido soy feliz. El domingo lo he pasado muy bien. La Nena ha cumplido 18 años y ha querido que yo festejara en casa el cumpleaños. Han pasado cinco años y Marujita me ha dejado entrar e incluso me ha dicho "¿Cómo estás?". Se ve que las aguas quieren volver a su cauce, como yo pensaba.

He vuelto a mirar los muebles y las cosas de la casa y me he sentido feliz como antes. El Goya está siempre colgado a la entrada con el ojo destrozado por el hondazo del vecino, la Maja Desnuda sigue siempre dando la nota de lujuria y el cardenal que trajo Doña Juanita está ahora muy viejito.

Desde el estar he visto el dormitorio y la cama donde antes dormía con Marujita. Hasta he tenido un instante de recuerdo para el altillito del fondo.

Marujita está siempre linda, tal vez un poco más gordita

que antes, pero siempre linda, con esos ojos negros en esa carita de muñeca buena que siempre tuvo. Me he servido un pedazo de torta de chocolate que me ha gustado mucho. ¡Qué lindo es sentirse feliz!

La Nena me ha dicho que de ahora en adelante podía ir todos los domingos a verla y estar en familia

— — — — —

Desde hace ya un año voy todos los domingos a casa de Marujita. Hoy he llevado masas de Carrera y un pollito relleno que compré en Rovella. He pasado una velada inolvidable. Afuera hacía frío y en casa estaba maravilloso. Marujita tiene una estufa y se está muy bien allí. Hemos mirado televisión (Hupumorpo y Los Intocables) y después hemos comido en familia. Marujita siempre me dice alguna palabra y yo me siento feliz. Hoy me ha dicho si me gustaba el flan y yo se lo he puesto por las nubes.

He notado que es una mujer grande. Yo era chico (soy chico) al lado de ella. Marujita mide como 1.80 y es muy robusta He pensado que quizá mi pequeñez haya sido el motivo. Sin embargo, sin embargo aceptó casarse y en el dormitorio me demostró su gran amor. Lo que pasa es que todo es efímero.

— — — — —

Ahora que se ha reanudado todo puedo pasar las noches en el café de Ellauri y pensar de mil maneras distintas en la llegada del domingo. Bueno, ya antes las pasaba allí pero sin esperanza. Ahora voy al café y me siento cerca de casa. Y casi imagino el olor de Marujita, el olor que sólo yo conozco.

Ultimamente, después del café me doy una vuelta y paso frente a lo de Marujita; miro la casa y a veces hay luz en el dormitorio. Se me hace que estoy yo allí, calentito, leyendo El Diario en la cama con ella.

Ayer me fui contento a casa (a la pieza de la pensión Este); me fui más contento que nunca. Hice algo inusitado. No sé cómo. En lo de Marujita había luz y me atreví a mirar por las rendijas de los postigos. Pude verla y contemplarla a mi gusto. Leía El Diario y parecía feliz. En el fondo estoy emocionado pero contento. Marujita está tranquila y es siempre una verdadera mujer.

El domingo que viene le voy a llevar lo mejor que encuentre en el Lion d'Or y postres y una botellita de vino Faraut que a ella tanto le gusta.

— — — — —

Este año la he pasado muy bien. Incluso, lo que nunca, me he animado a contarle algo de mi vida a Pedrito Sierranueva. Pedrito es un buen hombre y es el único que me comprende en el trabajo. He pensado que un domingo de estos me debería animar y llevarlo a casa de Marujita para que la conozca. Quiero que vea que yo también he tenido y tengo una mujer que me aprecia y me entiende. Quiero que conozca mi hogar y mi hija y que vea todo lo que soy.

Lo que más le va a impresionar es conocer a Marujita y ver el ambiente. Y va a comprender que yo no soy lo que aparento, que soy un hombre completo, un hombre que ha conocido todas las cosas de la vida, un hombre con un espectro de experiencia insospechado, como diría un literato.

Estoy seguro de que Marujita va a ser muy gentil con Pedrito y hasta pienso que lo va a convidar con un vermouth y una tacita de café. Y que vamos a pasar una velada inolvidable.

Además, Pedrito siempre me va a agradecer la gentileza y se dará cuenta de que soy un hombre querido y realizado, y no un mequetrefe, uno de esos hombres de letras de tango que dicen "mozo traiga otra copa que quiero olvidar". Y sentirá respeto por mí y hasta les hablará de mí a los otros empleados.

— — — — —

Debo confesar que el domingo hemos pasado una velada maravillosa. Pedrito entró por la puerta grande en casa y Marujita estuvo muy contenta. Yo no esperaba que hubiera tanta euforia en casa.

Estoy muy contento de que Pedrito haya visto lo que es mi hogar, lo que es esa familia, y qué hermosos son los domingos en casa de Marujita.

Me agradó incluso que Pedrito y Marujita bailaran el bolero "Amor mío". Marujita no tiene discos nuevos. La música nueva es muy poco romántica y a Marujita no le gusta. Además, las parejas bailan separadas y a saltos espasmódicos y psicodélicos, como dicen ahora. La música de nuestra juventud era diferente. Los cuerpos se aproximaban y se establecía un contacto deleitoso, casi un fuego en las carnes. Yo nunca bailaba así pero me gustaba mirar. Recuerdo las canciones de Fred Astaire y Ginger Rogers —Cheek to cheek, Tea for two y tantas otras— y me viene una nostalgia enorme.

Marujita y Pedrito bailaron muy juntitos y vi que hasta se rozaban las mejillas. Me pareció muy bien. Así él pudo comprender que yo no tengo celos de mis amigos. Bueno, quizá se apretaron un poquito demasiado en mi presencia y eso no estaba bien y en lo más hondo diría que me dolió. Lo que pasa es que seguramente recordaban los años de la juventud y no podían evitarlo.

A las 11 llegó la Nena y nos fuimos. Pedrito prometió volver a ver a Marujita y eso no me preocupó, pero me llamó la atención. Marujita le dijo:

—Venga el jueves de tardecita a tomar el café.

— — — — —

El sábado pasado la Nena vino a verme al café y me dijo que el domingo a las 7 mamá (Marujita) tenía una visita importante. Yo no le dije nada pero pensé que era razonable, que no podía ser que yo tuviera el monopolio de los domingos.

El domingo a las 6 me planté en la esquina y esperé un buen rato. Tenía curiosidad de ver quién era la visita. A las 6 y media sentí una voz interior que me decía: "No te preocupes Rafael, no estés tan inquieto". A las 7, por el lado de Bulevar Artigas vi llegar a Pedrito. Con paso rápido lo vi enfilar hacia casa y tocar el timbre. Marujita salió a abrirle y yo, desde atrás de un árbol del ornato público, vi que le retuvo la mano a Pedrito largamente y luego lo hizo pasar.

Ahora los domingos no puedo ir más a casa de Marujita. Ella me ha dicho que esto y que lo otro y la verdad es que no puede recibirme. A la Nena la veo a veces en el café de Ellauri. Siempre me pide dinero y yo trato de ayudarla aunque me quede sin nada.

Desde hace un tiempo Pedrito va a casa de Marujita todos los domingos y pasa las veladas. Yo a veces paso por la vereda de enfrente y trato de imaginarme de qué hablan. El domingo pasado me animé a vichar y los vi sentaditos en el sillón grande junto al cardenal. Pedrito la tenía tomada del brazo y le hablaba con una mirada tierna, me pareció. La situación confieso que me extrañó. Yo también tengo mi corazoncito. En la oficina no pude preguntarle nada. La Nena me dijo el otro día que se entienden muy bien y que Pedrito le ofreció casamiento. Yo he pensado que al fin de cuentas no está mal. Considero que Marujita ha caído en buenas manos. En fin, no sé si eso de las manos es muy feliz. Me imagino que las manos le van a servir para hacer todas esas cosas que yo hacía antes. Y en realidad me da un poco de celos.

— — — — —

Desde hace unos días, después del trabajo me doy una vuelta por 18, como alguna cosita, y luego me voy como siempre al café de Ellauri y me tomo un té con limón. Como queda cerca de casa, es decir, de la casa de Marujita, me siento como si estuviera cerca de ella y me hago la ilusión de que estoy en familia. Total, vivir una ilusión no es nada malo. Hasta en los tangos se habla de ilusiones. Por ejemplo, en aquel tango que dice "de noche cuando me acuesto no puedo cerrar la puerta, porque dejándola abierta me hago ilusión que volvés". Cuando me marcho aprovecho y me llego hasta Parva Domus. Paso contento frente a la casa de Marujita. A veces miro a través

de los postigos de la ventana y veo a Marujita en la casa. Recuerdo entonces las noches que estaba junto a ella. ¡Qué gran compañero es el recuerdo!

— — — —

Ayer la Nena vino de nuevo al café, me pidió 10 nuevos pesos (la pobre tiene que tener algún dinerito para sus cigarrillos), y me dijo que Marujita y Pedrito estaban por casarse. Ella está muy contenta porque dice que él es muy simpático, que siempre la acaricia, algunas veces un poquito demasiado, y que va a ser un buen padrastro.

Hoy alguien me ha dejado sobre el escritorio la invitación para la iglesia. Debe de haber sido Pedrito. El pobre es muy vergonzoso. Pese a que ya no me habla, sin duda ha querido tener esta atención conmigo. La tarjeta es muy bonita, con bordes dorados y letra cursiva, y dice:

Maruja López y Pedro Sierranueva tienen el agrado de participar a Ud. y familia su enlace y le invitan a presenciar la ceremonia religiosa que se realizará el 10 de octubre a las 18 y 30 en la parroquia de la Virgen del Carmen en la avenida Ramón Anador 5135

Montevideo, octubre de 1975.

Los novios saludarán en el atrio.

El anuncio del casamiento me sorprendió un poco. Estuve pensándolo bien y creo que no puedo ser rencoroso. Aunque un poquito a disgusto tendré que ir a la ceremonia de la iglesia. No le puedo hacer a Pedrito el desprecio de no ir. Y menos a Marujita. Uno vive en sociedad y tiene que ser civilizado. Además la parroquia del Carmen es muy bonita y cuando salgan al son de la marcha nupcial, se me va a hacer que soy yo que desposo a Marujita.

— — — — —

Estos días he estado si se quiere algo triste. He tenido un poco esa sensación que se tiene cuando las cosas no se le dan a uno. La Nena me dijo que Marujita y Pedrito fueron a Alta Gracia y las Cataratas del Iguazú en luna de miel. Yo nunca pude hacer ese viaje con ella.

Marujita estaba en realidad muy linda vestida de novia. Me emocioné cuando la vi entrar del brazo de su hermano. (Hubiera querido acompañarla yo, pero no me dijeron nada.) Y sobre todo cuando el Padre Irazábal los desposó y les dio la bendición. Conmigo Marujita fue un poco egoísta. No quiso y no nos casamos por iglesia. Mi deseo era que nuestras almas recibieran la bendición de Dios pero no pudo ser. No sé si estuve bien en saludarlos en el atrio. Me pareció que se pusieron nerviosos cuando les di la mano.

Me figuro que en Alta Gracia la estarán pasando muy bien. Hay lugares muy lindos allí. Y los hoteles y la comida son muy buenos.

— — — — —

La semana pasada volvió Pedrito a la oficina. Yo lo miré desde mi escritorio para saludarlo, pero él se hizo el desentendido. El pobre debe de temer enfrentarse conmigo. Alguna pena debe de quemarle el alma. Yo quisiera ayudarlo, pero él me rehúye. Es una lástima que la amistad se resienta por cosas así. Hoy he estado muy distraído y he pasado mucho tiempo mirando por la ventana. Mucho no he podido ver pero lo que

he percibido me ha bastado para divagar. Desde el lado izquierdo he visto los barcos surtos en el puerto. A las 11 he sentido un olorcito a comida extraordinario. He pensado que había alguien que hacía unos guisos maravillosos. La fresca brisa de noviembre me ha hecho revivir y me he sentido mejor. He pensado que Marujita todavía me aprecia y he decidido enviarle un ramo de rosas para el primer mes del casamiento.

— — — — —

Ayer se cumplió el primer mes del casamiento. De noche fui al café de Ellauri y me tomé un té con leche. Estuve hasta casi las 12 y luego pagué. Manolo, el mozo de Pontevedra, no me dijo nada. Sin darme cuenta fui hasta Parva Domus. Estuve apostado unos minutos frente a lo de Marujita y al final me animé a vichar por la ventana. Había luz y ella estaba en la cama con Pedrito y se reía mucho. Pedrito la abrazaba y ella también. De pronto apagaron la luz y yo me fui. No pude ver nada más.

Hoy vino la Nena y lloró mucho. Al final me dijo que estaba encinta, pero no quiso decir de quién. Sólo agregó que Pedrito era un sinvergüenza y que no me podía contar más y salió disparando. Yo, la verdad, no comprendo a la gente. Voy a tener que animarme a hablarle a Pedrito. El quizá me ayude a descubrir al bribón. Después de todo él es ahora el padrastro y tiene que compartir la responsabilidad y el cuidado de la Nena.

1976

EL SHOIJET

A todos aquellos amigos judíos de mi juventud que ahora viven en mis recuerdos

No sé por qué, pero es el caso que poco antes de cumplir los 70 años empecé a pensar y más que pensar a hurgar afanoso en los días de mi infancia y mi primera juventud. Era verano y por las mañanas me sentaba en el fondo y mateaba. Mateaba tranquilo y despreocupado. Miraba los malvones que había plantado hacía dos años y sin querer, en forma gradual, volvía hacia el pasado. Estaba pasando por una temporada de nostalgia. ¿Será que la vejez es así? —me decía—. ¿Será que todo es añorar, revivir el tiempo de antes? Sin embargo, pensándolo bien, esto no era nada nuevo. Ya hacía años que tenía esta costumbre de sentarme y rememorar, de querer reconstruir el pasado, de buscar en él algo que no encontraba en el presente y que seguramente no me traería el futuro.

Ultimamente me torturaba siempre un recuerdo. Me transportaba a la época de mi niñez y percibía mentalmente la imagen de Lázaro, de Lázaro Dorón. De niño pasaba horas con él. Jugábamos a las figuritas, a la bolita, al balero; peleábamos, gritábamos, pero siempre éramos amigos, grandes amigos.

Yo admiraba en él no sólo su carácter y su inteligencia, sino su origen. Lázaro no era un muchacho como los demás; era un muchacho venido de Europa, concretamente de Rusia, de un pueblo de Rusia, frío y nevado casi todo el año, que acuciaba mi imaginación de joven. Yo lo veía diferente de todos mis amigos. No era como Juan, ni como Alvaro, ni como Gastoncito, los otros pibes del barrio. Por eso, por ese misterio que irradiaba su persona, me sentía en todo momento inclinado a hablar y jugar con él antes que con los otros muchachos. Mi mente de niño aún bullía de curiosidad. Deseaba desentrañar los secretos de ese mundo europeo que él sin proponérselo representaba y que se ocultaba en sus gestos, en sus miradas y hasta en sus sonrisas, que yo hallaba misteriosas y a veces inexplicables.

Un día, no sé cómo, se me ocurrió preguntarle en qué lengua hablaba con los padres. Fue muy claro. Me dijo que hablaba en yiddish. Yo quise de inmediato aprender algo de yiddish, pero me paró en seco. Me dijo: —Si quieres aprender una lengua importante, elige el hebreo. Yo sé algo y te puedo enseñar un poco porque lo estudio en el Colegio Integral—. Todavía recuerdo las primeras letras y las primeras frases: alef, bet, gimel; hiné hashicún shelanu. Diná ovedet baguiná. . .

Pasábamos las tardes de invierno, esas tardes lluviosas y grises del invierno montevideano, en la pieza del frente de mi casa. El traía el librito de hebreo y me enseñaba con gusto. Alternábamos el estudio con algún juego. Una vez, no sé cómo, cayó en nuestras manos una maquinita de pasar películas de cine. Era la cosa más primitiva que se podía imaginar. Marchaba a mano y la luz del foco provenía de una lamparita a querosene. Recuerdo que apagábamos la luz del cuarto y buscábamos delirantes proyectar las imágenes de un film de Carlitos Chaplín que habíamos conseguido por un amigo. Pasábamos horas intentando, pero no lográbamos ver más que alguna imagen sin movimiento, algún cuadro inmóvil de Carlitos. Sin embargo, aunque parezca mentira, era un triunfo. En medio del fuerte olor a querosene, mirábamos extasiados la imagen sin movimiento de Chaplín en la pared. Desde entonces, el querosene me persigue. Cada vez que en casa o en cualquier

otro lugar hay olor a querosene no puedo evitar retrotraerme a los días de la niñez con Lázaro.

Después de unos meses logré conocer muchas frases en hebreo y me sentía transportado cuando hablaba algo con Lázaro. Tenía la sensación de que había hurtado algo importante de ese mundo de ideas y valores tan extraños que él representaba. A veces iba a su casa. No sé por qué, pero en ella había también una atmósfera distinta. Su madre era muy simpática y hasta me invitaba con bizcochitos que decía eran típicos de su país o con un trozo de torta rica en cremas y chocolates. Su padre era más bien hosco y casi no hablaba. A mí se me hacía que no veía con buenos ojos la amistad de su hijo con un "goi", como supe después que nos llamaban a los cristianos.

Un día conocí a un anciano que venía los lunes a la casa de Lázaro. Era muy raro. Vestía de negro riguroso, llevaba un sombrero muy ancho en forma de círculo y se dejaba la barba, una barba larga y en punta que le daba un aspecto de caballero medioeval. Si en esa época me hubieran pedido un parecer, hubiera dicho que el anciano venía de un templo o de un lugar sagrado donde imperaban la serenidad, el respeto y la austeridad; de un mundo donde reinaban la grandeza de espíritu y el amor por todo lo desconocido. Es más, hubiera dicho que era un hombre que llegaba de la región del misterio, del más allá, a pasar unas horas, quizá penosas, con los hombres de carne y hueso, con esos hombres que nunca se ponían de acuerdo. No tardé mucho en saber quién era y qué hacía este buen hombre. Era el abuelo de Lázaro y ejercía el rabinato de una parte de la colonia askenazita de la ciudad. De ahí su comportamiento grave, su seria circunspección. Lázaro me explicó que vestía con los hábitos de la secta mizraji y que era un hombre muy parco.

Una mañana que casi no recuerdo, los Dorón se fueron del barrio. Se fueron y en mi memoria hay todavía un vacío que no consigo llenar. Lo que sí recuerdo es que pocos días antes de mudarse, los padres le dieron a Lázaro una gran fiesta. Fue una fiesta íntima, una fiesta que a mí me pareció secreta y misteriosa, y que incluso tenía un nombre, un nom-

bre que me sonaba a mágico: Bar Mitzbah. El me explicó algo. Me dijo que desde ese día sus padres lo consideraban un hombre hecho y derecho y allí terminó todo. Y se excusó por no haberme invitado.

Después comenzó a correr la vida, esa vida que nos lleva por caminos tan diferentes y que se mueve a velocidades prodigiosas y de un joven hace un adulto y de un adulto un viejo y qué sé yo qué más.

El año pasado, cuando decidí buscar a Lázaro, al principio se me hizo que tal vez padeciera yo de algún mal. ¿Para qué quería encontrarlo? El pasado era el pasado y no comprendía de dónde surgía en mí ese deseo enfermizamente ansioso de reconstruirlo y sobre todo en la persona de Lázaro Dorón, cuya imagen había permanecido años y años en mi memoria como algo totalmente inexistente. ¿Qué importancia tenía él en mi pasado? Es verdad que de niños éramos grandes amigos, que en su vida y la de su familia había algo de misterioso, de inasible, pero ¿por qué ahora, casi 60 años más tarde, me martirizaba con la idea y la necesidad de encontrarlo?

No pude, sin embargo, con ese impetuoso deseo interior de volver a ver a Dorón, de hablar con él, de charlar de nuestro pasado, y me puse manos a la obra. Lo primero que hice, ese mismo día de la decisión, fue fijarme si su nombre o el de algún otro Dorón, aparecía en la guía del teléfono. ¡Qué desencanto! No había ningún Dorón. Más tarde miré una Guía del Siglo antigua, la última que había salido. Todo fue en vano. No había Dorones. Como hombre de voluntad y buen planificador, me tracé un plan de trabajo. Debía hablar con los rabinos judíos de la ciudad y averiguar si lo tenían registrado en sus libros. Luego, si esto fallaba, iniciaría una búsqueda más profunda. Visitaría a los judíos más ancianos de la colectividad, en la Ciudad Vieja y en Villa Muñoz, y algo indagaría. Sin duda, alguno de ellos habría conocido al viejo Dorón, el viejo rabino de la secta mizraji, y me sabría dar datos del paradero de la familia y, en último término, de Lázaro.

Fue mucho lo que anduve. Recorrí todas las sinagogas.



Mientras esperaba, me extasiaba contemplando los templos por dentro. No eran como los templos católicos. Había en ellos más seriedad, reinaba en su interior una suerte de austeridad que me impresionaba. Al frente, la sencilla nobleza del ejal, con sus rollos de escritura sagrada, dominaba el ambiente y ponía una nota de indescriptible grandeza. Al costado, la silente pureza de la tevah reflejaba el misterio de la meditación religiosa. Y en las paredes, aquí y allá, la blancura de las pequeñas luces de la sala recreando la estilizada forma de la menorah que recordaba la gesta de los macabeos. Yo aguardaba un rato y luego venía el rabino. La contestación a mi pregunta era siempre igual: Dorón era desconocido. Una vez llegué incluso a pensar que Lázaro no era judío, que quizá mis recuerdos me traicionaban. Con todo, haciendo caso omiso de mis fracasos, renové la búsqueda. Los primeros días no sabía qué hacer. Me metía en cuanto comercio judío descubría y hablaba con los dueños y les preguntaba lo de siempre: si habían oído hablar de un tal Dorón. El resultado era siempre el mismo. Nadie conocía a Dorón el rabino mizraji y menos a su nieto, mi viejo amigo.

Un día se me prendió la lamparita. Se me ocurrió la idea de que Lázaro y su familia se habían ido a Buenos Aires. Una tarde de otoño volé en Austral y me instalé en la capital porteña. Me alojé en lo que podía ser el punto neurálgico, la solución del problema: tomé una pieza en el hotel Werthein, un hotel de judíos de la calle Tucumán. Es inimaginable lo bien que me sentía allí. Por todas partes se hablaba yiddish y si no era yiddish era un español con acento yiddish. Me subyugaba oír a tantos judíos maduros que hablaban de su pasado en Europa y de sus primeras vicisitudes en la Argentina.

Casi todos eran judíos de edad avanzada que por las tardes, casi al anochecer, formaban algo así como una especie de corrillo y moviendo los sillones en el hall se ubicaban en rueda de amigos con el ánimo de oír y oírse durante más de dos horas. Uno de ellos era muy anciano, quizá frisara los 90 años, y su voz cascada y débil, sobre todo cuando hablaba en yiddish, no permitía comprender nada. Los otros, que hablaban con voces más claras, intercalaban a menudo frases

enteras en español y esto me ayudaba mucho a entenderlos. En el grupo había un judío sefardita, un turco, que a veces también se reunía con sus correligionarios. Entonces hablaban todos en español y yo paraba la oreja y gozaba de los relatos de estos hombres. Uno hablaba de su niñez en Polonia, otro de su vida juvenil en Rusia, otro de sus abuelos en Lituania. Desde un sillón no muy alejado, aunque haciéndome el zonzo, me pasaba las horas oyéndolos. Era como asistir a una función donde se revelaran los misterios del hombre y la creación, porque todos estos seres eran impenetrables, venían para mí del mundo del misterio.

Llegó un día en que casi me había olvidado de Lázaro, es decir, de mi misión en Buenos Aires. Lo único que esperaba era el atardecer para bajar al hall del hotel y acomodarme en el sillón a la espera de las infalibles conversaciones. La atmósfera otoñal ponía la nota que faltaba. Afuera el gris de abril, las figuras que iban y venían por Tucumán; adentro el calorcito del hotel y los viejos judíos que poco a poco formaban el corrillo. Una tarde, con todo, como despertando de un sueño, me dije: —Estás loco, Pedro, ¿no viniste a buscar a Lázaro?

No quise preguntar nada a aquellos buenos hombres. Preferí empezar a caminar por el barrio y a recorrer los negocios de Tucumán y de las calles laterales, Junín, Paso, Larrea, etc., es decir, las calles del ghetto, como le llamaban los porteños. Los nombres nomás me traían reminiscencias de cosas extrañas, de ciudades imaginadas, de países casi feéricos: Mercería Koldonski, Ropería Malamud, Bazar Goldberg, Sastrería Chicurel... Primero sólo me animé a mirar distraídamente las vidrieras; luego, ya más confiado y hecho al barrio, comencé a detenerme un tanto y a mirar hacia el interior. En todos los negocios había gran acumulación de mercaderías y gente que movía paquetes o cajas de un lado a otro. Cada negocio parecía un enjambre de objetos. Mi vista se perdía en el fondo, entre una pila de toallas multicolores o de telas brillantes y quería imaginar que detrás de todo aquello había algún anciano hebreo contando dinero o abstraído en meditaciones misteriosas, en esas meditaciones que yo buscaba ahora comprender

pero que se me escapaban. ¡Qué feliz y qué segura era esa vida entre paquetes y colores y perfumes y mercaderías! Toda mi alma se volcaba en la contemplación. Se me figuraba que volvía a la antigüedad, a los bazares asiáticos llenos de maravillas y misterios infinitos. ¡Qué contraste todo esto con la vida bárbara de los gallegos, que siempre se movían dentro de negocios sucios y llenos de comestibles, de bacalaos olorosos, de salames revenidos o de quesos rancios!

Los judíos eran gente más fina, más rebuscada, pero también más misteriosa. Sabían vivir entre las cosas suntuarias, como verdaderos señores. Es que venían del Asia, eran hombres de Las Mil y Una Noches y conocían y dominaban los grandes secretos de la existencia. ¡Cómo los envidiaba!

Un día me atreví a entrar en una tienda de hilos. No sé ni cómo ni por qué. Compré un carrete de hilo grueso para hacer paquetes y aproveché distraídamente para lanzar una pregunta.

—¿No saben si por el barrio vive un mueblero de apellido Dorón?

Lo de mueblero se me ocurrió como por encanto. Nunca supe cómo. Fue un modo de desviar la cosa con naturalidad hacia los negocios, lo cual le daba normalidad a mi pregunta. La respuesta fue negativa. No había ningún Dorón en esa cuadra.

Al día siguiente entré en otros negocios y después me acostumbré y entré en otros y en otros y al final no tuve más problemas. Dicen que la frecuencia hace perder la timidez y así es y así fue. Recorrí todo el ghetto, penetré incluso en una churrería que despedía un olor espectacular y me pedí tres churros rellenos, pero no di con ningún Dorón.

A la vuelta, ya en el avión de Aerolíneas Argentinas, vine muy apesadumbrado. La posibilidad de hallar a Lázaro y revivir con él el pasado se diluía, se me iba de las manos. Pensé entonces lo peor: pensé que quizá mi viejo amigo estuviera en Nueva York o en Los Angeles o en cualquiera de esas grandes ciudades de los EE.UU. que atrapan a los hombres de empresa. O, lo que era ya mucho más grave, que se hubiera ido a vivir a Israel.

— — — —

Cuando me mudé al apartamento nuevo de Av. Brasil y Chucarro me llamaron la atención los nombres de los inquilinos vecinos. Casi todos tenían nombres extranjeros. Busqué por si acaso, pero no encontré a ningún Dorón. Mis vecinos de piso eran muy amables, pero sólo intercambiaban un saludo conmigo. Por el nombre, Levinski, deduje que eran judíos y ello me alegró muchísimo. No podía evitar asociar lo judío con mis recuerdos de Lázaro y de allí mi placer.

En el apartamento sólo parecía vivir el matrimonio Levinski y la empleada o mucama, una muchacha de carita achinada que todas las mañanas bajaba a buscar la leche en la calle. Por eso, cuando un mediodía de otoño vi de espaldas a un anciano que había salido de lo de Levinski y tomaba el ascensor, me quedé muy sorprendido. No sé por qué, pero la presencia del anciano que se internaba en la caja del ascensor me llamó la atención al punto de que me dejó sumamente pensativo. Cómo era que todavía no había visto a este hombre, presumiblemente inquilino también él del apartamento vecino y padre quizá o sin duda de uno de los cónyuges. Mientras por el ventanal que daba a la avenida veía sin ver las hojas muertas del otoño que se acumulaban sobre las aceras, dejé que mi imaginación volara y volara. Al fin tomé la decisión de acechar al anciano y ver cómo era, quién era.

Unos días más tarde, a la misma hora, me aposté en un receso del palier y esperé y esperé a que el hombre saliera de su apartamento. Al fin se abrió la puerta principal de los Levinski y surgió una figura lenta y oscura. Era un hombre de mi edad pero más achacoso. Se veía que no estaba bien de salud. Era calvo y tenía las orejas grandes y pantalludas como las de Lázaro. El hombre descendió y yo me quedé pensando y repensando. ¿No sería Lázaro?. La fisonomía humana cambia mucho en 50 o 60 años. De una cara fresca y rozagante el tiempo puede hacer un engendro de arrugas irreconocible. Tal podía ser el caso del buen Lázaro.

Mientras yo buscaba idear una estratagema para averiguar quién era el anciano, aconteció algo imprevisible. La señora de Levinski vino una tarde a casa a hablar conmigo por un problema de la azotea del edificio. Era muy simpática y demostraba poseer toda la viveza y el encanto de las judías finas. Al irse me explicó que el anciano que había trabajado mucho en la vida estaba muy delicado de salud. Y en señal de amistad me dejó su tarjeta y se ofreció para cualquier cosa. Nuestras relaciones vecinales se habían iniciado pues maravillosamente. La tarjeta rezaba:

Salomón Levinski

Rosa D. de Levinski

La D. me produjo un escozor que me recorrió todo el cuerpo. Me figuré que ocultaba el apellido Dorón y con ello todo el pasado que deseaba febrilmente revivir. Pensar que había recorrido tanto camino para hallar a Dorón sin el menor éxito y ahora el Señor parecía querer brindármelo en bandeja. Porque yo ya daba por sentado que el buen hombre era Lázaro Dorón.

Durante días y días me devané los sesos tratando de hallar la forma de averiguar qué apellido tendría mi vecina. Lo malo es que no daba pie con bola. No lograba hallar la manera de resolver el problema. Por suerte, cuando yo ya desesperaba histérico de no conseguir el dato, se produjo el milagro. La Sra. de Levinski volvió a casa con el fin de hablar del asunto de las humedades de la azotea y, palabra va, palabra viene, me ingenié para hacerle una pregunta.

—¿Ud. por casualidad no es de la familia Dubinski?. Le digo eso porque vi que su apellido de soltera comienza con D. y yo conocía a un muchacho Dubinski cuando era estudiante.

De inmediato comprendí que esta era la manera más elegante de abordar el tema y me sentí satisfecho. Preguntarle directamente el apellido hubiera sido una indiscreción. Y los hechos me dieron la razón. La Sra. D. de Levinski me miró

con la cara de satisfacción que da el hecho de que el interlocutor se interese por sus cosas y a pesar de ese sexto sentido que tienen los hebreos, cayó en la trampa. La vanidad la había vencido.

—No, yo soy Dorón de apellido —expresó con vehemencia y un tonito de placer casi vanidoso.

Yo sentí como que todo daba vuelta a mi alrededor y no atiné a decir nada.

—¿Está Ud. cansado? —me preguntó la buena mujer, quizá percibiendo algo extraño en mí.

—No —conseguí responder, rehaciéndome de la brutal sorpresa—. Es una indisposición pasajera. Si no tiene inconveniente continuamos con el asunto de la azotea mañana.

No bien la Sra. Dorón de Levinski se retiró, me dejé caer pesadamente en el viejo sillón de terciopelo verde oscuro que aún conservaba de la casa de mis padres, y comencé a pensar. Mi mente empezó a funcionar a velocidades increíbles. Volví sin querer a mi niñez y a los días pasados con Lázaro. El destino ahora me deparaba la oportunidad que había estado buscando desesperadamente. Mi amigo Lázaro, porque el buen hombre no podía ser otra persona, estaba ahora a mi alcance. Pronto podría dialogar con él.

Cuando al día siguiente, ya repuesto del feliz golpe, la Sra. de Levinski terminaba de hablar de las humedades de la azotea y se levantaba para irse, entre una falsa tosecilla y un balbuceo intrascendente volví a la carga.

—Discúlpeme, ¿el señor de pelo blanco que sale al mediodía es su padre? —pregunté.

—Es verdad. Lo es. Está muy avejentado, prematuramente avejentado. Casi ha perdido la memoria —explicó.

Por la noche tramé el acercamiento con Lázaro, porque ya casi no dudaba de que se tratara de Lázaro. La tarde siguiente, conforme al plan ideado, toqué el timbre en lo de Dorón. Me abrió la Sra. de Levinski en persona y, de inmediato, con la mayor cordialidad me hizo pasar.

—Ahora soy yo el que tiene que hablar con Ud. —le dije dando por iniciada la conversación.

—Ud. dirá —expresó ella.

—He pensado que hay una empresa muy buena que quizá por poco nos podría arreglar la azotea —expliqué.

El pretexto sirvió de mucho. Continuamos hablando varios minutos e intercambiamos varias ideas sobre el problema de las humedades. En determinado momento penetró el anciano en el living. Lo miré fijamente y confirmé casi por completo que se trataba de Lázaro. El tiempo había dejado sus ineludibles huellas en aquella cara y sobre todo en aquella mente. Se veía que no reconocía bien a la gente. Me saludó amablemente y tomó asiento en un sillón de fino cuero oscuro.

—Está muy agotado —musitó la hija—. Pero le encanta conocer gente nueva. ¿No le incomoda a Ud. si se queda aquí con nosotros?

—Por favor —afirmé con el mayor énfasis.

—Papá, este es nuestro vecino de piso, el Sr. López —dijo la Sra. de Levinski en alta voz para que el buen hombre pudiera oirla. Y, de inmediato, dirigiéndose a mí concluyó:

—Sr. López, este es mi padre, don Lázaro Dorón.

La conversación sobre las humedades llegó a su fin y entonces comenzamos a hablar de banalidades. De esas banalidades que los hombres siempre inventamos cuando no queremos o somos incapaces de comprometernos en un tema serio. Que la vida estaba cara, que el tiempo estaba feo, que el verano sería lluvioso, etc. En determinado momento intenté intercambiar unas palabras con Lázaro. Ella se había ausentado unos instantes para invitarme con una copita de coñac y yo la había dejado hacer felicísimo. Miré a Lázaro otra vez fijamente y creo que proferí alguna frase sin trascendencia. No me animaba a entrar en materia. Temblaba como ante el primer amor.

—¿Hace mucho que viven acá? —atiné a decir para romper el silencio.

El bueno de Lázaro no me oyó bien y respondió que el invierno le hacía mal. En mi fuero interno vibraba de emoción. Tenía a Lázaro ante mis narices y no conseguía decirle nada, no lograba hablarle del pasado, de ese pasado que de niños habíamos compartido tan fraternalmente. Por mi mente cruzaban escenas de mis momentos más felices. Me veía con la

maquinita de cine a querosene, con la pelotita de medias, sentado a la mesa de su casa, ante una lámpara, estudiando hebreo, ¡qué sé yo!

La hija tardaba en volver. Los minutos pasaban y yo no aprovechaba esa oportunidad que me había llovido del cielo para identificarme. El hombre me miraba y repetía:

—El invierno me hace mal.

Al fin llegó la hija con una bandejita y dos copitas de coñac.

Yo rara vez tomaba coñac. Menos a mi edad. Pero era tal la angustia y el decaimiento que sentía, que acepté sin vacilar y apuré la copa de un sorbo.

Estuve poco tiempo más. Me levanté, le di la mano a ella y luego a Lázaro. La mano de mi amigo estaba fría y sudorosa. Lo miré nuevamente en los ojos y me retiré.

La misma noche sentimos un gran ajetreo en lo de Levinski. A las 12 y ½ vino Levinski en persona a casa a hablar por teléfono. Se excusó de molestar pero ocurría que el aparato de ellos se había descompuesto y necesitaban hablar con urgencia. El viejo había sufrido un ataque de hemiplejia y no podía moverse.

Pasaron algunas semanas. El buen hombre se había salvado, pero no estaba bien. Por las noches el pobre gemía como un animal torturado. Como entre nosotros había ya bastante confianza, no bien mejoró un poco decidí ir a verlo. Ahora confiaba poder hablar con él y rememorar el pasado.

Un día, ya casi entrado el verano, me hicieron pasar a verlo y allí estuve contemplándolo largo rato. El pobre tartajeaba mucho, pero se hacía entender. En cierto momento me miró y me dijo:

—Ud. me parece cara conocida.

Yo me emocioné intensamente y no conseguí decir nada. Tenía como un nudo que me apretaba la garganta. Quería identificarme y empezar a hablar del pasado, pero no podía. Al cabo de un instante articulé lo que pude. Dije:

—Puede ser —y me quedé callado.

A los pocos días murió. Fui al velatorio. No había mucha gente. El ataúd yacía sobre un par de caballetes bajitos. Todo

era sobrio. En el fondo, dos sencillos candelabros y la estrella de Sión que dominaba el ambiente. Y en una cinta que rodeaba el cajón el nombre Lázaro Dorón.

Efectivamente, había dado con Lázaro. Pero era tarde. Había quedado yo solo con los recuerdos del pasado.

En un rincón de la pieza había un señor de mediana edad que deploraba mucho su muerte.

—Se nos fue el querido shoijet —dijo de repente mirándome a mí.

—Sí que se nos fue —atiné a decir.

1973

LA COLA

Für meine lieben Freunde
Anne u Klaus Roedler

Cuando el joven Abranse llegó, ya había más personas de las que imaginaba. El había pensado que con levantarse a las 3 de la mañana y estar allí a las 4 bastaba, pero no había sido así. La radio había dicho que el tiempo era frío y algo húmedo, pero él había hallado que era muy frío y muy húmedo.

Estaba vestido con un sobretodo negro, muy desmejorado, y un traje azul que por efecto del tiempo y el uso ya no era más azul sino azul rojo ratón. Los pantalones estaban ya algo deteriorados. Tenían unos agujeros como de polillas que permitían ver la carne (una carne blancuzca y fofa y sin vellos). La corbata deshilachada y descolorida, quizá con 30 años o más de uso, daba el decoro y la decencia que la sociedad apetecía. Era imposible decir si llevaba calzoncillos y, si realmente los llevaba, saber en qué condiciones de limpieza estaban, sobre todo en algunas partes. Era también imposible decir si llevaba camisa, ya que tenía el sobretodo abotonado hasta muy arriba y, aún más imposible, saber si llevaba camiseta. No se le veía bien la cara pues un enorme gacho raído le cubría la cabeza, pero se adivinaba que tendría unos 50 años o quizá algo más o algo menos.

En la cola había ya muchas personas previsoras que descansaban en pequeñas sillas y otras más previsoras aún que dormían sobre la acera cubiertas por sendas ex-mantas y con la cabeza reclinada en almohadones que perdían lana o plumas o cualquier otro material que las ráfagas ya algo frías de abril se encargaban de hacer volar, primero en remolinos y luego en línea recta en dirección de la avenida.

El hombre se quejó mentalmente de su imprevisión, pero se colocó igual en la cola. Era necesario tener un poco de paciencia y esperar. En el fondo intuía que en la vida nada se conseguía sin esfuerzo y a menudo sin obsecuencia y ahora estaba abocado a este trámite que le daría paz y tranquilidad. Como era optimista y había sido optimista toda la vida —¡cómo dejarse invadir por el negro pesimismo que era cosa de gente poco constructiva!—, su mente se pobló de bellos pensamientos. Había que ver qué bonitas imágenes circulaban por su mente. Hasta llegaban a su conciencia imágenes de un futuro arrobador y se veía rodeado de hermosas mujeres, tan hermosas como las de las grandes películas italianas o las de los cuentos de Las Mil y Una Noches o las de las revistas pornográficas danesas. Se comprendía que Eros quería anticiparle ya un porvenir feliz, un porvenir que nunca había conocido en el corto pasado (que le había sido esquivo) y se alegraba hasta el paroxismo.

A las 6 de esa tarde o de una tarde cualquiera cambió unas palabras con una señora caderuda que se abrigaba con una pañoleta.

—El problema es si viene el Grongo —anunció la señora.

—¿Quién es el Grongo? —preguntó él.

—Pero, ¿Ud. nunca oyó hablar del Grongo? —se limitó a decir la señora de la pañoleta y entró en un mutismo absoluto.

Había pasado un tiempo, quizás unas horas o unos meses. El no lo sabía. Estaba cómodo y se sentó en la acera. La cola había avanzado un metro o quizá dos. Cruzó la calle, entró en el boliche de enfrente y se compró un refuerzo de mortadela. Estaba bastante contento. La cosa progresaba. El compañero anterior de la cola era también un joven de unos 50 o 55 años como él y cifraba igualmente grandes esperanzas en el futuro. Después de un tiempo supo que se llamaba Cajón. Y hasta llegó a tutearse y chechearse con él. Eran lo que se dice como chanchos: a veces salían de juerga juntos y recorrían los lugares más recónditos y las diversiones más clandestinas de la cola.

Abranse era un joven de buen carácter y gustaba mucho de las mujeres. Diez o quince metros cola arriba había unas mujeres muy entradoras y lindas que también esperaban para hacer el trámite, pues el trámite en realidad les tocaba a todos. El, que acababa de cumplir 50 años o más, había tomado contacto con una de las mujeres e incluso se había citado con ella para hacer el amor. Era una de esas tardes de invierno en que por excepción había brillado el sol y el aire había adquirido la fragancia inefable y la tonalidad embriagadora de la primavera, y había tenido éxito. Era natural que así fuera. La vida en la cola tenía que proseguir y Abranse y Cajón y las mujeres así lo comprendían. Cajón tenía una novia desde hacía 26 años y a veces iba a visitarla al fondo de la cola.

Cuando llegó el segundo o el tercero o el cuarto invierno (en realidad nadie tenía noción del tiempo), la cola había avanzado unos metros más. Se veía que el trámite iba bien. Abranse salía todos los domingos con la mina renga de la cola y se entretenía mucho con ella. El "approach" amoroso de Abranse había sido muy tierno y sentimental. Todo tenía su técnica en la vida. Primero le había hablado de los hermosos ojos, de la belleza de sus pies, y ella se había sentido transportada. Luego le había tomado la mano y ella enloquecida.

—¿Para cuándo va a ser Abran? —decía ella.

—Dejame terminar esto y ya verás, Ñata. Vamo a ser muy felice, vamo a ser.

Luego el primer beso. El le había pedido que cerrara los ojos y ella encantada. El amor era una cosa rápida y penetrante, tan rápida y penetrante que en poco tiempo de las miradas fugaces y escondidas se llegaba al final. Lástima que la gente de la cola fuera tan criticona. Mientras tanto, los calzoncillos de Abranse —en realidad se supo al fin que

llevaba calzoncillos— estaban algo más sucios, pero esto no impedía el romance, los afectos, los sentimientos.

Al final de uno de esos inviernos de espera y esperanza, sus haberes habían tocado fondo, y se animó a hacer trabajar a la renga. La mujer todas las noches le traía unos pesos y él chillaba y la insultaba pero al fin agarraba la guita y se callaba.

Cajón había decidido comprarse un almohadón y una banqueta y Abranse lo había ayudado a financiarlos. Así estaría más cómodo. ¡Total, la comodidad era lo primordial en la vida!. Cajón incluso pensaba que después del trámite iba a poder construirse una casita en Point Beach.

A veces llovía, a veces el sol rajaba la tierra. Los tramitantes continuaban firmes en sus puestos. Uno de ellos dijo que habían pasado ya seis años o quizás más y otro lo insultó. Le dijo que estaba loco, que la cola se había formado la noche anterior y que a las dos de la tarde entrarían en la oficina y que de inmediato quedaría liquidado el trámite Y le aclaró que esos trámites eran muy rápidos y que la gente se quejaba de llena y que lo único que hacía era criticar y criticar y minga de producir. Dos señoras habían muerto de embolia y un señor de infarto. Un camión negro y destartalado había llegado a la cola y dos individuos oscuros y mal entrazados (casi como en las películas de terror) habían cargado los cuerpos en sendas bolsas de arpillera, los habían arrojado en la caja del camión y se habían marchado. Al arrancar, habían puesto en marcha la trituradora italiana y se había sentido el crujido suave de los huesos de las señoras y del señor. El procedimiento era muy expeditivo a la vez que útil, ya que el material podía ser aprovechado para múltiples cosas. Para "dog food", por ejemplo. Y así se evitaban esos cementerios que no servían para nada.

La vida en la cola continuaba siempre igual. En cierto modo, Abranse y Cajón sintieron alegría porque con la muerte de los tres tramitantes la cola había avanzado un metro más. El patriota dijo que esas eran cosas del destino y que había que tener un poco de paciencia.

—Ud. se da cuenta que si viene el Grongo todo esto se

terminará —oyó Abranse que decía otra vez la dama de la pañoleta. —¡Usted se imagina qué sería si viniera el Grongo!

Los atardeceres del invierno tardío eran tristongos. Algunos tenían sobretodo y bufanda, pero igual sufrían. Otros pensaban en el Grongo y se horrorizaban. La semioscuridad (el callejón a menudo quedaba sin luz), los ayes de dolor de los menos jóvenes (algunos fastidiosamente moribundos) y el aullido de algún perro sarnoso los perturbaban, pero igual seguían al firme. Las ráfagas del viento frío del sur acababan siempre con algún cargoso y al otro día venía el camión y chau Pinela. Las luces distantes de los negocios y el bullicio de la gran avenida los mantenían atentos, pero no pasaba nada. Una tarde un individuo muy activo trajo unas chapas viejas y unos palos y se hizo un ranchito.

En las horas en que no había trámite algunos salían de la cola y se iban a mirar los negocios. Abranse admiraba las fiambrerías y los restaurantes. El olorcito a mortadela y salame de calidad, a buenos guisos, y sobre todo a parrillada, lo trastornaba y hasta se restregaba las manos de alegría. Un día que estaba con hambre se robó una morcilla y una butifarra y pasó unos minutos gloriosos. Sólo se lo dijo a Cajón y lo convidó. Durante meses, la conversación de todas las horas fueron las morcillas, el salame y las butifarras. Ni siquiera las minas o el campeonato de fútbol lo atraían tanto. El patriota los tildó de asquerosos y les dijo que los iba a mandar presos por sibaritas.

— — — —

La cola se extendía casi hasta el infinito. Siempre entraban en ella nuevos seres y salían o desaparecían otros antes de completar el trámite o simplemente marchaban en el camión.

En la esquina donde doblaba la cola había dos travestis muy simpáticos que charloteaban y chilloneaban con voces aflautadas y alegres.

Estelas de rimmel grisáceo y de un "eye-shadow" verde

impúdico chorreaban por sus caras apayasadas y amistosas que hacían morisquetas y buscaban comunicación, mucha comunicación.

—Ah, yo no sé qué va a ser de nosotras si viene el Grongo —comentó uno.

—No te preocupes, Lola, dicen que es muy buen mozo —replicó el otro con melosa picardía.

—No seas tontita, Chichí —explicó Lola—. A lo mejor es una gronga y esto maldita la gracia que me hace.

Después de algún tiempo —alguien sostenía que serían dos años—, la existencia de la cola había tomado forma regular, poseía estatutos y hasta tenía personería jurídica. Una tarde que parecía de primavera, el joven Abranse cumplió más de 50 y tantos años y su espíritu devengaba optimismo. La noche antes había dormido muy bien sobre la acera y maquinaba alguna forma de festejar su día. Esa misma tarde se citó con una mujercita o mujerzuela de la cola y la invitó a hacer el amor. Ella aceptó y nadie los fastidió. Todos comprendían que la moral era una cosa preciosa y por eso comenzaron a hablar de él y sobre todo de la mujer. —Era casi como una sueca —decían. —¡Hacer el amor en una banqueta!

Corría un invierno cualquiera y ya la mecánica de la cola era casi perfecta y se preveía que algún día el trámite quedaría finiquitado. Todos estaban contentos, pero a veces entraban en un pozo de preocupación porque pensaban en el Grongo y su maldad (era evidente que el Mal rondaba y quería destruir al Bien). Los hombres tenían espacio para dormir, robaban alimentos para subsistir y hasta se conseguían alguna percanta para hacer el amor y no precisaban más. Las mujeres hacían la vida y criaban a los niños entre los desperdicios que el tiempo había acumulado y estaban satisfechas. A veces, como era natural, había que hacer algún trámite extra y esto rompía la monotonía de la cola. Abranse, por ejemplo, había recibido un paquete del extranjero —el último long-play de D'Arienzo, que incluía "El Caburé"— y había ido al correo. El trámite allí no había sido largo. No había ni siquiera hecho cola y en un par de horitas ya había tenido el disco en la mano. Seguro que allí no había morcillas ni

mortadelas. Pero, igual, estaba contento. Se había jugado a la quiniela los últimos pesos que le quedaban y de paso se había robado unos cigarrillos Morisco en un kiosco y ¡qué importaba lo demás!. El joven Cajón se veía con la novia en el café de la esquina y planeaba el casamiento y su futuro en Point Beach, la casita, el parrillero, y todas esas cosas lindas de la vida.

En la cola había también dos curas y un rabino y los infatigables testículos de Jehová y los Mormones y los Umbandas y se hacía mucha propaganda religiosa para salvar a los coleantes del Mal y preservarles el alma en buen estado, el alma, esa intangible anciana que tan fácilmente se corrompía y degeneraba.

Abranse observó que la gente que parecía importante, que seguramente tenía el alma tranquila y los calzoncillos limpios, avanzaba más rápido. Mejor dicho, venía alguien de adentro y decía: Dejen pasar a los señores que tienen prisa.

El Pochito, el hijo de la renga, ya había cumplido seis años en la cola y en marzo tenía que empezar las clases. La renga estaba contenta con su hijo, pero Abranse negaba toda paternidad. El ya estaba por llegar al fin de la cola, resolver sus problemas, y se decía, con mucha cordura, "andá que te cure Lola".

Algunos comentaban que hacía 10 años que estaban en la cola. Cajón se sentía muy bien de salud. "Un potrillo", decía él. Y Abranse todavía salía con la renga. Seguro que ahora, a los 60, había espaciado las cosas. En los 10 años (el patriota decía que 10 horas) transcurridos, la cola había avanzado ya unos 10 mts. y pronto entrarían en el edificio. "Tiempo al tiempo", decía una señora, y Abranse y la renga aprobaban.

En el ranchito de lata se había formalizado una timba y en un rincón del mismo ranchito las mujeres de la vida atendían a los mozos. Había ya muchos casos de sífilis y blenorragia, pero esto no afectaba la vida de la cola. Cada vez había más gente con problemas, pero esto no impedía el progreso. El gran problema, a decir verdad, era si venía el Gron-

go, peludo y tonante, y destruía todo. Bastaba con nombrarlo para que las viejas y los curas más pelados se persignaran y comenzaran una novena.

Al final del invierno (un invierno de grandes lluvias y un frío muy intenso) murieron unos viejos ochentones que esperaban para hacer no se sabía qué trámite. Uno de ellos, un tal Don Juan, hacía dos días o dos horas que estaba tirado en la acera sobre un catre y cada vez que se movía la cola, los vecinos, que eran muy piolas, lo arrastraban un poco. Las moscas le daban vueltas alrededor de la osamenta y se entretenían picoteándolo.

Pocos metros más arriba de donde estaba Abranse, una señora de gris hablaba muy seriamente y todos los vecinos la escuchaban. Nuevamente se corría la noticia de que podría venir el Grongo —¡qué sería de todos ellos si llegara!. Hasta ahora habían gozado de libertad y de tranquilidad. Habían podido salir de la cola, tomar mate, hablar libremente con la gente y hasta esperar —esperar que algún día el trámite llegara a su fin. Pero, ahora la cosa estaba fea. Algunos, quizá muchos o quizá muchísimos, morirían sin llegar al final y marcharían en el camión triturador junto con sus caras, sus voces, sus alharacas y sus timideces; otros (los que no murieran), quedarían angutiados en la cola, y despedirían a los huesos crujientes y ya sin forma de los amigos con un adiós póstumo, el brazo en alto, y la sensación poco patriótica de que tal vez no terminarían el trámite.

Un día de abril faltaron unos señores y aparecieron unas cucarachas en la cola y nadie supo cómo ni por qué. Unas mujeres chinongas que estaban más arriba dieron a luz y hubo grandes aplausos y pirotecnia. La vida, a la verdad, era plena y las autoridades estaban orgullosas de la cola que era la base de la nacionalidad y un ejemplo del orden ciudadano. Los diarios habían publicado fotos en colores y un enjundioso artículo sobre el triunfo de la perseverancia. La cola había llegado a ser muy heterogénea. Había de todo: viejos, jóvenes, altos, bajos y muchos flacos. Y había una gran cantidad de individuos mal vestidos, de individuos zapatillientos que llevaban unos sacos otrora grises y ahora grisoides, con agujeros y manchas de aceite, y de pelo negruzco y piel oscura y ojos rasgados e inexpresivos. Ellos también esperaban tranquilos y temían al Grongo.

La gran incógnita, la incógnita que trastornaba a todos era, precisamente, el Grongo. Nadie sabía cómo era, pero en la imaginación cada uno tenía una idea muy clara. Abranse se lo hacía un bicho grande y verde, casi baboso, que hacía mal a los hombres. Cajón lo imaginaba redondo y feo como un chancho, que destruía todo. Sólo un joven joven que leía la Biblia se lo hacía bueno y justo, y todos lo miraban con desconfianza.

Con el pasar del tiempo, Abranse había quedado calvo y estaba feliz como unas pascuas porque no tenía que ir más al peluquero. De puro curioso salió un día de la cola y se atrevió a entrar en la oficina para ver cómo marchaba el trámite o cómo se hacían las cosas allí. El edificio era enorme y vio centenares de hombres y mujeres de todos los colores que sudaban con enormes cantidades de papeles, montañas de papeles, junto a los mostradores. Algunos nadaban entre esos papeles y otros sufrían ahogos y eran reanimados con grandes abanicos. La mayoría, la verdad sea dicha, estaban sentados y tomaban té, mate o café, y no miraban al público. Al volver a la cola pisó una cucaracha y se ensució el pantalón con un líquido viscoso. Alguien aprovechó para preguntarle qué trámite estaba haciendo y él se detuvo como a pensar y simplemente dijo: El trámite que hacen todos, ¿qué otro trámite va a ser?

En el momento de reintegrarse en la cola, Abranse cumplió 63 o 64 años. Cada tanto cumplía un año y estaba preocupado por su vejez casi gerontológica. Con todo, siempre tenía un optimismo juvenil y bien fundado, como era lógico, aunque los años le pesaban un poco. Ya no podía salir tanto con la renga y se dedicaba más bien a tomar mate y a acostarse temprano por la noche cuando la algarabía de la cola se acallaba. Con paciencia y con trabajo se había levantado un ranchito de latas y ahora al menos estaba a cubierto en la espera. Por entonces, Cajón estaba algo tristón, pero en el



fondo era feliz porque el momento del trámite se aproximaba. En la entrada había muerto una vieja de 75 años de un ataque cerebral y esto agilitaba la marcha. "Ojalá mueran unos cuantos viejos más", pensaba y decía. Se comentaba que la mujer había sido de las primeras en la cola y que había empezado no se sabía cuándo.

En general había muy mal olor en torno a los tramitantes y como no existían servicios higiénicos, los insectos se acumulaban. Ya habían llegado algunas ratas que le daban a la cola una tónica de gran ciudad y de ecología y polución. Las necesidades se hacían en un baldío cercano y esto aumentaba el bicherío.

Antes de pasar a la oficina, se corrió la voz de que para hacer el trámite había que llevar la firma certificada. Abranse, que era muy legalista, salió de la cola unas horas y pasó por la oficina de firmas del Palacio de las Arbulias. Había una enorme cola, igual más o menos a la de él, que esperaba desde hacía años para certificar la firma. Era una bella mañana de otoño, tan bella que se dijera el paraíso en la tierra. Los árboles estaban cubiertos de azules hojas, los pajarillos trinaban como flautas dulces, el cielo era de un verde puro, sin una nubecilla. Diríase que todo era como en un cuento de hadas, pero de hadas psicodélicas o al menos de Walt Disney.

Abranse habló con un gordo madurito, de nariz achatada y ojos achinados, y le preguntó si allí se obtenía la firma. —Mire, joven —le expuso el chinongo con una mirada de desconfianza—, primero tiene que hacer certificar la firma del que le dio el certificado y luego pasar por las cajas, pagar y subir al 8º Piso con la libreta de identidad. Allí le sellan el rótulo amarillo que le dan en triplicado y le arrancan el taloncito dentado. Después va al 7º Piso y solicita vean si tiene pago el impuesto al patrimonio. Sólo tiene que pagar unos miles de pesos y con el papel que le dan baja al 6º Piso. Allí le perforan el recibo del impuesto al matrimonio y le dan pase al 5º Piso donde tiene que estampar su impresión helicoidal. Luego tiene que hacer verificar las impresiones por un perito helicólogo y subir de

nuevo al 8º Piso. Luego quedan varias gestiones más y finalmente espera el certificado. Algunos dicen que el trámite se podría simplificar algo y la verdad que es así... Caminandito, caminandito, Abranse se fue a la Oficina del Fiscal de Provechos, en el Barrio Antiguo, y al anochecer volvió feliz y contento a la cola, con los calzoncillos, lógicamente, un poco más sucios que antes.

De nochecita le entraron ganas de pasear por la avenida. La ropa que llevaba ahora estaba en muy mal estado. Se le cayó un pedazo de calzoncillo que ya era negruzco. Los zapatos estaban rotos en las puntas y los juanetes amenazaban explotar por los costados.

Lentamente, renqueando del lado derecho, marchó por la avenida. Los negocios estaban decorados con huevitos de chocolate. Pronto sería Pascua y todos celebrarían la resurrección del Señor. Se paró delante de una vidriera y contempló con nostalgia tanta delicia. Había un huevo de 50 cmts. de alto que daba gusto ver. Estuvo como 10 minutos contemplándolo. Desde chiquilín había ambicionado comerse un huevo y ver qué regalo traía adentro. La ñata contra el vidrio, pasaba horas mirando. Ahora de mayorcito le ocurría lo mismo. Una señora bien puesta se paró a su lado para mirar y de inmediato salió disparando. "¡Qué mal olor!", decía. "Ahora hasta esos chusmas salen a comprar; ¡si habrá cambiado todo; si habrá dinero!"

– – – –

Con el pasar de los años, la cola fue tomando forma definitiva. Sin embargo, las almohadas y las banquetas y los paraguones que se usaban para combatir las inclemencias del tiempo fueron deteriorándose. A veces se registraba algún crimen. La violencia y la droga habían penetrado en la cola y aunque no preocupaban mucho, hacían estragos. La muerte de algún tramitante, por razones inexplicables, preocupaba a muchos. Se comentaba que había gentes muy atrás que querían avanzar rápido y mataban viejos por la noche. "Total, para qué sirven" – se oía decir a veces. Un sá-

bado de abril había aparecido muerto un viejo de unos 30 o 40 años y un cura pelado rezó por su alma. El cuerpo del viejo yacía con los ojos fijos en el infinito (fiambre) y ya no decía nada. Era extraño, muy extraño, si se pensaba bien. Dos horas antes su cara gesticulaba, su voz sonora anunciaba cosas de un futuro grandioso y ahora estaba duro.

La siempre posible llegada del Grongo seguía inquietando a todos esos buenos hombres. Las cucarachas cada vez crecían y se multiplicaban más. Había cucarachas de 50 cmts., que incluso hablaban y hacían el trámite.

—Ud. se da cuenta. Abranse, ¡qué pasará si viene el Grongo! —inquiría una cucaracha—. Se imagina que toda esta tranquilidad de que gozamos se terminará y que nos van a poner cuidadores con garrotes en todos lados, y no podremos salir de la cola. Ni siquiera para ir al baldío a hacer las necesidades. Se da cuenta que será el fin de la libertad. ¿Sabe cómo es el Grongo? A mí me dijeron que es cuadrado y con ojos de vidrio y que avanza a pasitos y habla con una voz atronadora y se alimenta con niños tiernitos.

—Es verdad, ni calzoncillos vamos a tener si viene el Grongo — comentaba Abranse.

Poco a poco se esbozaron dos clases, no sociales, porque todos eran iguales y gozaban de los postulados de la declaración de los derechos del hombre, pero sí, podría decirse, helicoidales, utilizando la terminología ecuestre. La clase helicoidal glauca empezó a suministrar meretrices y cacos. La clase helicoidal leuka señores gordos y señores rozagantes y filantrópicos, y trapezites y biomekanos. De este modo la vida en la cola adquirió un gran colorido. El patriota, que una vez había oído a Abranse hablar de estas cosas, le dijo que estaba borracho y lo amenazó con denunciarlo por inventor de calumnias de lesa patria. No podía comprender cómo, en unas pocas horas de tranquila espera, Abranse había almacenado tanta basura en la zabeca.

Algunas señoras se quejaban de que sus maridos eran muy genitales e iban a pasar un rato con las mujeres de vida turbia y armaban brutas tremolinas. Cajón era el padre espiritual de algunas percantas y tenía que luchar mucho con

otros padres espirituales que lo querían pasar. La vida, con todo, era interesante. Abranse por momentos no pensaba más en el trámite y estaba entusiasmado con la quiniela y los pingos. La renga a esa altura era ya una veterana en el campo de la vida turbia y él tenía siempre dinero y se embriagaba con los amigotes. Los tramitantes vivían la vida con toda la intensidad de las grandes urbes. Todo era fluidez, futuro realizable, computación y eficiencia, sólo interrumpidas a veces por la imagen apocalíptica del Grongo o por las cucarachas cada vez más abundantes. Una señora juraba que había visto al Grongo y que era un monstruo peludo y sin alma. "Se dan cuenta —decía—, peludo y sin alma".

A fines del año 16 o 17 —nadie se ponía de acuerdo sobre cuántos habían pasado— Abranse llegó a la puerta de la oficina. Había perdido el optimismo inicial, pero no se había tornado pesimista ni padecía de la enfermiza e injustificada ansiedad kafkiana que afectaba a tanta gente. Simplemente, la vida lo había hecho olvidar el trámite. Casi no tenía interés en entrar.

Estaba bastante viejo y tenía presión y glaucoma, no veía bien y sufría de los intestinos. Los últimos tiempos los había pasado hurgando febrilmente en las basuras de los apartamentos y siempre hallaba algún trozo de pescado podrido o de carne en mal estado y se lo metía con avidez en la boca y emitía algunos sonidos animalescos.

—Debe estar dominado por el Grongo — decían los que todavía no eran cucarachas.

Los fríos inviernos habían dejado su marca en el cuerpo y la pátina del tiempo, como decían los literatos, le había emblanquecido el pelo. Y los calzoncillos ya casi no le servían.

— — — —

Abranse había cumplido 70 u 80 años y lo mismo Cajón, que a veces era una cucaracha de 1 mt. 70. La renga era algo menor. Abranse cumplía en esos días 20 años de cola o más. Todavía no sabía si iba a poder hacer el trá-

mite. No recordaba si había podido certificar la firma. Tenía que tirarse un tute. No iba a hacer una o dos colas más. Con una ya tenía de sobra. Abranseíto, el hijo, ya había cumplido 18 años, y a Abranse se le ocurrió que tal vez él podía iniciar el trámite de la certificación de firmas en el Palacio de las Arbulias. La renga hacía años que había dejado la prostitución con los coleantes. Ahora había otras muchachas más jóvenes en el metier. Sin embargo, el deterioro, las enfermedades y la violencia eran tan grandes que poco era lo que se ganaba.

Un verano atroz con días de 44 grados C se les vino encima y Abranse se sintió mal. Ya estaba al final de la cola. Bastaba con que entrara el que lo antecedía, un estibador de unos ochenta años, para que de inmediato pudiera pasar él y luego Cajón y los restantes amigos (tenía todavía muchos amigos, pero muchos otros habían marchado en el camión), que sólo eran cucarachas inmundas.

En esos días recrudeció otra vez la propaganda política. Llegaron unos diputados y otros políticos e hicieron unos discursos magníficos. Hablaron con solemne solemnidad de la grandeza de la patria, de los sentimientos humanos, de la cultura, del trabajo y de la honradez y finalmente de la maldad del Grongo y todos aplaudieron.

Todos los coleantes irradiaban felicidad y estaban orgullosos de lo que tenían.

—¿No ves que podemos salir de la cola cuando queremos?, ¿no te das cuenta, loco, que esto es lo más grande del mundo?, ¿quién tiene más libertad?, ¿quién puede esperar y dormir como nosotros y salir a hurgar y comer lo que comemos y no morir de hambre?

Una tarde habló el Presidente. Habló muy bien desde su alta investidura. Habló de la patria, de los héroes del Bermejo y de la necesidad de luchar por el país. Abranse estaba ya un poco sordo, pero Cajón le explicó con paciencia todos los discursos. Abranse andaba mal de la próstata y de los fuelles. Se arrimaba a la pared, intentaba orinar pero ya no podía. Mientras trataba de orinar recordaba la cola de la certificación de firmas, la cola de la leche, y en

el fondo se sentía un luchador invencible y un triunfador. Volvía a la cola sin orinar, pero eufórico de alegría. Cajón le dijo un día que lo veía pálido. Y la verdad era que estaba pálido, tan pálido que en cierto momento se tiró al suelo y se sentó sobre la escupida de un funcionario de la administración. Y así sentado profirió un insulto contra el Grongo, que tenía la culpa de su estado y de todo. Sin querer miró hacia el callejón y vio la cola como una hilera de cucarachas.

Ya estaba casi sobre la puerta. El estibador no había llegado a pasar. A las dos de la tarde vino el camión y se lo llevó. Había transcurrido mucho tiempo desde que se acomodara en la cola. No había podido finalizar el trámite. Ahora le tocaba a él, pero estaba en el suelo inmóvil.

—No quiero que me lleve el camión —decía, ya transformado en cucaracha—. Quiero un entierro en forma. Para eso me sacrifiqué y lo pagué en cuotas.

Abranseíto, la renga y Cajón (éste por momentos dejaba de ser una irrecuperable cucaracha y retomaba su bella aunque arruinada condición humana) que estaban más atrás, le daban aire con un abanico improvisado. Del traje de Abranse ya no quedaba casi nada. Mejor dicho, se veía el calzoncillo que había saltado del cuerpo de cucaracha y ahora era marrón, todo marrón, más marrón que nunca. Las moscas se le posaban en el trasero de cucaracho y en los ojos vítreos y él con mucha parsimonia las espantaba. Vino un hombre de la radio y la tele y le preguntó cómo se sentía al llegar al final. Abranse no lo oyó bien pues estaba en el suelo medio inconsciente. Cajón le preguntó al oído y Abranse con la voz chicharreante de las cucarachas respondió:

—Me siento sin fuerzas, pero soy feliz, soy un triunfador; homo sum, humani nihil a me alienum puto — dijo, espichó y se lo llevó el camión.

El callejón era ahora más oscuro que nunca. Lampos como de poema trágico surcaban el cielo de grandiosa tempestad. No había más que cucarachas despatarradas, podredumbre, olor a a líquido viscoso. La vida feliz de tantos años parecía como querer fenecer. Un tremendo trueno que duró más de 11 minutos anunciaba la llegada del Grongo. Sólo

quedaban dos jóvenes de 50 años que todavía no eran cucarachas. Uno era el hijo de Cajón, el otro un pardito de barrio, ex puntero de River.

Pasó la tormenta de rayos y centellas furiosos y no ocurrió nada. Ni siquiera llegó el Grongo. La tranquilidad y la rutina volvieron a la cola. Llegaron 100 o 200 o cualquier cantidad de tramitantes nuevos y todo continuó como antes. Una ráfaga fría que soplaba desde la avenida levantó algo que estaba en el suelo. El objeto planeó primero y luego enfiló recto hacia la cola y se estrelló en la cara del hijo de Cajón. Era un retazo del calzoncillo de Abranse L. T. López, que de tan oscuro y pringoso no se le quitaba de encima. El anciano edificio de los trámites miró la escena y sonrió prosopopéyicamente. Todo siguió como siempre. Mejor dicho, hubo un pequeño cambio: vinieron unos tipos importantes y acéfalos con unos garrotes bastante inmensos y se instalaron en distintos puntos estratégicos para poner orden en la cola en caso de necesidad.

Confín de EL TRAMITE.

1976

EL REGALO PARA EL AMIGO DE HUNGRIA

Az én emlékezetes barátomnak
Vertes Aristid

Una mañana de setiembre, creo que muy poco antes de la entrada de la primavera, fui a lo de Ladislao. Hacía tiempo que no lo veía y tenía deseos de charlar con él. Cuando caminaba por la calle Castro pensé si no le fastidiaría una visita tan intempestiva. La observación de los árboles todavía secos y esqueléticos me distrajo unos instantes y sin querer me encontré tocando el timbre de su vetusta casa. No tardó mucho en salir. Estaba vestido de entrecasa, con la bata violeta (ahora toda raída e incolora) de cuando lo conocí. Tenía la nariz muy enrojecida. Se veía que debía de haber bebido bastante. El coñac Aubigny que le habían traído de Buenos Aires ya se le había terminado, me confesó, pero ahora esperaba conseguirse una botellita de gin de contrabando. Lo único que le quedaba, percibí, era una miserable caña de la Ancap y gracias a ella podía por lo menos entonarse un poco y olvidarse de la crisis.

—No es tan mala la caña de la Ancap —le dije.

—¡Uf! —articuló e hizo un gesto como si fuera a vomitar.

—Mucho uf pero Ud. se la toma —comenté.

—¿Y qué quiere que tome? Déme Ud. plata y me compro un buen Ballantines o un Haig o un Johnny Walker etiqueta roja.

El 11 de octubre, lo recuerdo bien porque era el día de mi cumpleaños, me llamó por teléfono y me adelantó lo de la revista.

—Mire Alberto —comenzó—, tengo aquí una revista con artículos de economía que le va a venir muy bien. Llegaron dos ejemplares a la oficina y si quiere le paso uno de ellos. Tótal, para qué quéremos dos —terminó, sin poder evitar su fuerte acento húngaro de siempre.

—Como no —le dije agradecido—. Si le parece bien, el sábado paso por su casa a buscarla.

La verdad es que Ladislao siempre se acordaba de mi interés en todo lo relativo a los temas de economía y el ejemplar de la revista que ahora me prometía me puso muy feliz. ¡Qué cosa grande era la amistad! Yo siempre me acordaba de él en los cumpleaños y le llevaba sellos de correo de países lejanos que conseguía aquí y allá. Y él ahora se acordaba de mí y me regalaba una revista que para mí era como una joya.

El año anterior habíamos ido a Marindia juntos y después del baño yo lo había invitado a comer un asado con chorizos y morcillas y un buen vino de Toledo en la casita de unos amigos y se veía que había quedado muy reconocido e impresionado.

El sábado acordado pasé de mañana por su casa y me aguardaba con la revista sobre el escritorio. Tardó un rato en entregármela. Mejor dicho, no me la entregó hasta que amenacé con irme y cuando finalmente se levantó y me la dio pareció como que quería decirme algo, pero no se animaba. Siempre había sido algo tímido y hasta parco conmigo y ahora lo era una vez más. Antes de salir de la casa me confesó que le gustaba cantar cuando se duchaba, pero que no lo hacía porque sólo sabía cantar en húngaro y esto le parecía irreverente, se le hacía un crimen de lesa orientalidad en su casita del Prado. Ya en la puerta estuvimos un rato despidiéndonos. Una vez más me impresionó su nariz enrojecida y su cara larga como la de un perro ovejero. Y en el fondo de ella los ojos, esos ojos azules claros que nunca se sabía qué tipo de sentimientos reflejaban. El me habló algo de la situación y la carestía y yo por un instante perdí el hilo del discurso y me sentí como si estuviera talmente frente a un perro. Pero frente a un perro misterioso, incognoscible. Y entonces pensé que Ladislao era un hombre muy extraño. Y en ese arrebato de los sentidos lo vi de golpe tal como era 15 años atrás y comprendí el porqué de esas arrugas, de esa nariz que se había agrandado y enrojecido, de esos ojos que se habían hundido en las cuencas. Y no pude soportar más y mientras el hombre hablaba dejé divagar la mirada en el verde de los árboles del Prado que me tranquilizó un tanto y finalmente me ayudó a cortar la conversación y marcharme.

Me fui como mareado y al cruzar la calle Pena se me presentó de nuevo la imagen de Ladislao y traté de adivinar qué había querido decirme. Me parecía como si desde el fondo de las órbitas, los ojos azules y poco expresivos destellaran ahora de una extraña manera y esto me producía un enorme desasosiego Lo que ocurría, pensé entonces, es que nunca se conocía bien a los hombres. Nunca se podía saber lo que pasaba por las almas. Uno veía ojos negros o azules o verdes, narices rectas o ganchudas, bocas grandes o chicas, y algunos leves movimientos y eso era todo. De allí había que sacar conclusiones y la verdad es que todo ello era poco, poquísimo. Bajo la calva reluciente de Ladislao se ocultaba un mundo de secretas ambiciones y deseos —y supongo que hasta pensamientos lascivos— que yo no podía calibrar. Los ojos eran quizá lo que mejor reflejaba sus sentimientos, pero de cualquier manera se me hacía difícil interpretar lo que podían querer decir.

Por la noche me entregué a la lectura del primer artículo de economía y sin querer veía el rostro de Ladislao. Los ojos parecían dos luces incrustadas en las cuencas que brillaban y querían como decir algo, casi pedir algo, pero de pronto la

imagen se borraba y allí terminaba todo. Pasaban unos minutos y la imagen volvía. La cara estaba más rojiza que de costumbre. Otra vez me recordaba a un perro ovejero que había visto en una exposición y no podía quitármelo de la conciencia.

La imaginación me llevó a pensar en la similitud que había entre hombres y animales y llegué incluso a imaginar que Ladislao tenía alma de perro, de algún extraño y misterioso tipo de perro europeo que por aquí no conocíamos.

El sábado siguiente Ladislao me llamó a eso de las once y charlamos un rato de la situación económica y de las últimas películas. Me contó casi de inmediato y con un tono de voz apropiadamente adolorido, que un colega del Ministerio de Finanzas había sido sumariado por una falta insignificante que nadie acertaba a comprender. Me comentó a la vez que arriesgando una posible sanción, los compañeros de oficina y algunos jefes amigos habían firmado una nota para que se considerara su actuación ejemplar de 20 años y se dejara sin efecto el sumario. Me dijo que sólo el Sr. Rellek, que era su gran amigo y ahora ocupaba un cargo influyente, no había querido firmar y que en realidad había tenido toda la razón del mundo pues como había explicado con mucha claridad se consideraba un "jettatore" y si firmaba podía realmente comprometer el éxito de la gestión. Me explicó, en síntesis, que Rellek había adherido de todo corazón a la iniciativa, pero que había temido hacerle un gran mal al amigo en desgracia, y que todos habían convenido en que Rellek era un gran compañero y que de ese modo seguramente evitaba arrojar sobre el compañero Alejo López el estigma de la mala suerte. Lamentablemente, no obstante semejante acto de cordura y camaradería de parte de Rellek, Alejo había sido separado de su cargo a los pocos días y como el pobre casi de inmediato había tenido un infarto fulminante y pasado a mejor vida, todo había continuado como de costumbre, "as usual" como me recalcó Ladislao en buen inglés. Y concluyó diciendo que en el momento de la inhumación había hablado Rellek y que hasta había tenido que secarse las lágrimas de dolor que rodaban por sus mejillas. Antes de terminar la conversación

me preguntó cómo andaba con la lectura de la revista y si realmente me gustaba y yo le dije que había leído un artículo de un tal Church que me parecía notable. El artículo trataba de las causas de la inflación mundial y era muy convincente.

Pasó una semana y no tuve noticias de Ladislao. Pensé en llamarlo pero se me pasaron los días. El lunes siguiente Ladislao volvió a llamarme. Conversamos poco porque él estaba apurado. Con todo, no olvidó preguntarme por la revista: si me gustaba y si había leído algún nuevo artículo. Le dije que sí y quedé pensativo por unos instantes.

No transcurrieron ni tres días más cuando me llamó de nuevo por teléfono. Se había pasado como media hora intentando comunicarse sin éxito. Las líneas estaban enredadas y había sido un trabajo de larga y fina paciencia lograr el contacto. Me dijo que ahora pensaba que el colega de la antigua denuncia era en realidad una gran persona y me preguntó otra vez por la revista. Me llamó la atención que lo hiciera de nuevo. Yo ya se la había agradecido efusivamente y le había repetido varias veces que era muy buena. E incluso le había comentado el artículo sobre la inflación y sobre todo el que trataba de la coyuntura económica en relación con la crisis del petróleo. Por tanto no comprendía bien por qué insistía tanto en saber cómo marchaba la lectura de la revista. Hablamos un rato más. La conversación pareció mantenerse artificialmente. No teníamos nada especial de qué hablar. Por momentos él tosía un poco y me decía que era el frío del otoño que le había afectado la garganta. Hubo una interrupción, un silencio prolongado y extraño en una conversación telefónica y sin embargo ninguno de los dos nos animábamos a poner fin a la comunicación. Yo oía que él hacía como si se aclarara la voz y no sé si por los nervios yo eructé con fuerza y pensé que él haría un comentario y hasta me sonrojé. En cierto momento él pareció armarse de coraje y me dijo que deseaba hacerme una consulta o más bien un planteo amistoso. "Cómo no", le contesté yo y le pedí que me explicara.

—Mire lo que ocurre —comenzó como titubeando—. Ten-

go un amigo en Budapest y he pensado que podría enviarle el ejemplar de la revista que le presté.

—No entiendo, Ladislao —ataqué—. Si mal no recuerdo, Ud. me lo dio porque tenía un ejemplar extra y no lo necesitaba.

—Bueno —me explicó—, esa fue su interpretación. No mi decisión expresa ni tampoco mi voluntad.

Yo me quedé realmente atónito y no supe qué contestarle. El volvió a toser y yo a eructar. Con todo, como la revista era verdaderamente importante para mí y deseaba conservarla, le expliqué lo que pasaba (mi situación).

—Mire, Ladislao —le expuse—. Ocurre que yo la marqué y la subrayé en rojo en infinidad de lugares y glosé algunos artículos y por lo tanto creo que no le va a servir ya. —Oí un largo suspiro y ambos permanecidos callados unos instantes. Mi mirada se incrustó en el hombre de la oreja cortada. El hombre del cuadro, que no era otro que el mismo Gauguin, me miraba como lleno de ira pero yo no sentía nada. Entreví la pipa y el trapo blanco que le tapaba la oreja y por un instante me distraje y olvidé la conversación.

—No importa —replicó luego de una prolongada vacilación—, yo puedo enviar el ejemplar en mi poder y conservar en el archivo de la oficina el que Ud. tiene ahora. Y si realmente desea tener la revista en su biblioteca, le recomiendo que escriba unas líneas a la editorial en EE.UU. y de inmediato se la mandan. Total, no es mucho lo que vale. Creo que sólo dos dólares.

—Bueno, bueno —dije casi sin hallar argumentos para oponerme—. Déjeme tener unas semanas la revista para terminar de leerla y si entre tanto me llega la revista de EE.UU. se la devuelvo de inmediato.

Las semans comenzaron a correr y todos los sábados Ladislao me llamaba y me preguntaba si había novedades de EE.UU. El asedio era propio de un hombre empeñoso. De noche me despertaba bañado en sudor en medio de una pesadilla atroz. Ladislao se me aparecía vestido de no sé qué y me quería arrancar la revista de la mano. Era una especie de

diablo malvado de ojos azules que me paralizaba con la mirada y finalmente me arrebataba la revista y se iba presuroso soltando carcajadas que se repetían y repetían hasta perderse como en el fondo de un corredor.

Un sábado nos reunimos en el viejo café de 25 y 33 y desde los ventanales de vidrio vimos llover un buen rato casi sin intercambiar palabra. La atmósfera era de tensión porque los dos pensábamos en la revista y ninguno se animaba a hablar. Al final nos despedimos y yo vi que le brillaban los ojos como nunca. Y me di cuenta de que era como si me recriminaran por no haberle devuelto la revista. Y hasta me pareció que quería hablarme del amigo de Budapest y de mi promesa no cumplida aún de conseguir un ejemplar de la revista en EE.UU.

Fue un diálogo extraño, un diálogo entre dos almas que no habían hablado nada pero que se habían dicho mucho; que sólo habían sorbido el café negro y casi repugnante en medio de gente que entraba y salía pero que ellos ni siquiera veían.

El sábado siguiente volvió a llamarme. Parecía que el teléfono no le producía inhibiciones y podía hablar otra vez con libertad.

—¿Ya recibió la revista? —me preguntó luego de los saludos de práctica.

—Estoy muy extrañado —expresé—. Ya han pasado dos meses y no he sabido nada. No sé qué hacer. Veré de escribir de nuevo.

—Sería muy bueno —insistió con firme delicadeza—, porque quisiera enviarle la revista a mi amigo en Budapest antes de las fiestas. Ud. se dará cuenta. Pronto vienen las Navidades, la gente se agrupa en torno del arbolito tradicional y a la hora acordada se abren los regalos. Yo desearía infinitamente que mi amigo pudiera recibir la revista como regalo mío de Navidad.

Hablamos luego de las buenas bebidas. El no cambiaba el whisky por ninguna otra bebida en el mundo. Bueno, un buen coñac no lo rechazaba. Pero, ¿el whisky? ¡qué bebida, Dios mío!

Mientras hablábamos de las bebidas, de las Navidades ve-

nideras y de la grandeza de la amistad, pensé y repensé y se me ocurrió una idea. A veces las ideas tardan en llegar pero al fin llegan y en mi caso era evidente que las ideas, mejor dicho, la idea esperada había tardado pero al fin había llegado.

—Desearía proponerle algo —le dije en tono exploratorio.

—¿Con respecto a la revista? —me preguntó demostrando un irreprimible interés.

—Bueno, en realidad sí —le expliqué, impresionado por la emoción que su voz dejaba traducir.

—Mire —le dije al fin atrevidamente como liberándome de un peso que me oprimía el alma—, le propongo una botella de whisky a cambio de la revista. Una botella de whisky argentino, un Old Smuggler que pensaba abrir el sábado.

—Me parece muy bien —me dijo con una voz que irradiaba felicidad y emoción a la vez. Y agregó:— Por favor no la vaya a abrir. ¿Puedo pasar a buscarla hoy?

—Bueno, Ladislao, hoy estoy ocupado. Vuelvo tarde a casa.

—¿Y mañana?

—Mañana es jueves y tengo una comida en el Centro —le expliqué.

—¡Qué cosa!, Ud. no está nunca en casa —espetó molesto.

—Bueno, segura la tiene. Le he dado mi palabra. Y el viernes no es tan tarde que digamos.

—Perfecto, entonces pasaré el viernes por su casa —me advirtió—. Pero no vaya a fallarme, por favor. No sea cosa que no pueda recibir en forma al Sr. Rellek, que ahora es mi jefe.

Colgué el auricular y me dejé caer en el sillón verde del living sin atinar a nada. Pensé luego en lo maravilloso que serían las Navidades en Budapest y finalmente me decidí a mirar por la ventana. Luego abrí el bargueño para ver si realmente estaba allí la botella de whisky que le había prometido. Efectivamente, allí estaba. La saqué con cuidado y noté que había sido abierta. Lo malo era que estaba por la mitad. Pensé un rato qué podría decirle a Ladi. Al final opté por llamarlo y decirle la verdad.

—Mire Ladislao, acabo de sacar la botella del bargueño y veo que está por la mitad. Alguien en casa se ha tomado la mitad superior y no me queda otro remedio que ofrecerle la mitad inferior, ahora —dije rápido y de una tirada para quitarme el pesar que me embargaba.

—Ud. me ésta haciendo ún chiste, ún chiste úruguayo —farfulló con más acento húngaro que de costumbre.

—Disculpéme Ladislao —dije yo imitando sin querer el acento húngaro— pero es así, es lo que le digo. Si no lo cree, venga ahora mismo y verá.

—Usted es un hombre sin palabra. Ud. me la prometió para el viernes y mire lo que ha pasado.

—Le pido mil disculpas, Ladislao.

—Aceptaré por esta vez, pero con una condición: que me entregue el medio litro mañana de mañana sin falta.

—Así será. Lo espero a las 11.

Pasé una noche muy inquieta. De madrugada me desperté, fui el baño, oriné, y volví a la cama.

A las 11 cayó Ladislao. Tenía más cara de perro que nunca. Abrí el bargueño y saqué la botella. Ahora estaba vacía. Los dos la mirábamos y no osábamos decir nada. Pasaban los minutos y no hablábamos. Sonó el reloj y dio las 11 y media. Habíamos estado media hora sin hablar. Sacando fuerzas de flaqueza Ladislao finalmente dijo:

—Y ¿la revista? Y ¿mi amigo en Hungría?

Miré hacia el bargueño y se me ocurrió una idea. Tenía una botella de caña de la Ancap por la mitad.

—¿No me aceptaría medio litro de caña de la Ancap? —me atreví a inquirir.

—Mire, Ud. se ha portado muy mal conmigo, pero teniendo en cuenta los largos años de amistad que hemos recorrido juntos, por esta vez voy a aceptarle ese líquido pobre y sin grandeza internacional.

—Fíjese que está mejorado con pitanga —le advertí.

—No me importa con qué. Déme la botella y asunto terminado.

El hombre tomó la botella, la colocó en un bolso que traía y me dio la mano con una inclinación que no se sabía qué denotaba.

De espaldas lo vi marchar presuroso con su cargamento.

Por los movimientos de las piernas y el cuerpo parecía un hombre feliz, un perro feliz quizá. Me di cuenta entonces que había olvidado preguntarle a Ladislao por el amigo en Budapest.

La revista pedida a EE.UU. llegó el lunes siguiente.

1975

LOS COLECCIONISTAS DE ESCUPIDAS



Till mina kära "gamla" svenska
vänner Matica o Lars Westberg
och Elly o. Sigvard Pannacholm.

Cuando John Watson fundó la Asociación de Protección a la Escupida (Spit Protection Association) en 1915, en Brothers, Oregon, nadie pensó que su obra llegaría a tener las proyecciones que con los años tuvo.

Con un criterio muy práctico y loable, que expuso en la primera y memorable reunión de Brothers y que está consignado en las actas fundacionales de la asociación, John Watson sostuvo que era imprescindible:

1. Crear los medios técnicos adecuados para recoger todas las escupidas, gargajos y/o esputos que se hallaren en la vía pública y/u otros lugares frecuentados por la gente;
2. proceder a la clasificación de tales materiales; y
3. construir un archivo con vistas a su conservación y estudio.

Al final de la reunión todos aplaudieron entusiasmados y decidieron poner manos a la obra.

Como es natural, éste fue el programa inicial del movimiento escupidista. Más adelante, con el pasar del tiempo y

cuando en su expansión ecuménica la S.P.A. llegó a distintas partes del mundo, los procedimientos variaron o se modificaron haciéndose más sofisticados y adaptándose a la mentalidad de los pueblos.

En nuestro país, los pioneros de la escupida, los hermanos Fernández Bordeloni, Juan y Miguel, pese a la crisis, se embarcaron en un programa muy amplio y ambicioso, que en poco tiempo les trajo fama y respeto, como era de esperar. Cuando los cronistas de la prensa, la radio y la televisión fueron a entrevistarlos, Juan Fernández Bordeloni, el mayor de los dos y presidente de la A.P.E. local, expresándose en un tono entre popular y ceremonioso, como era del caso, dijo:

"Compatriotas, estamos abocados a una de las obras más grandes y fecundas de la humanidad. Todos los hombres de buena voluntad deberán estrechar filas en nuestro movimiento. Porque nuestro movimiento significa paz, fraternidad y justicia. Nuestras metas son la conquista de una sociedad mejor, más armónica, menos agresiva. Parte de las estructuras actuales, de las tan mentadas estructuras, deberán ser revistas y modificadas. Desde mi puesto de luchador en la A.P.E., desde el cargo de honor que el gran movimiento escupidista me ha conferido, desde lo más hondo de mi amor por la causa que me he impuesto, he de batirme día a día por que tan loables propósitos sean llevados a término y lucharé porque los derechos de todos los hermanos del país y del mundo, sin distinción de credo, raza o filiación política, sean respetados. Y finalmente cumpliré también con mis obligaciones sectoriales con la más profunda y religiosa de las devociones y con los dictámenes más puros de mi conciencia".

La tarea de Juan Fernández Bordeloni fue, sin duda, la de un verdadero pionero. En realidad, en el país estaba todo por hacer en materia de escupidas, si se exceptúa la abundancia de ellas en la vía pública y en otros lugares. Por suerte, en la primera conversación que tuvo con su hermano Miguel, Juan comprendió que éste habría de secundarlo maravillosamente en la ejecución del vasto plan que se proponía trazar, y esto lo estimuló mucho. Luego vendría seguramente la colaboración de los amigos —los banqueros, los comerciantes, los hombres

de empresa, etc.—, esos amigos que siempre estaban dispuestos a secundar cualquier iniciativa de relevancia social y tono humanístico.

Así, pues, en febrero del 56, la idea cristalizó. Fernández Bordeloni convocó a una reunión de amigos en su casa de Panta y expuso con calor humano y fervor patriótico la importancia del nuevo movimiento.

—"Amigos" —comenzó diciendo—: "los hombres de buena voluntad se han venido ocupando hasta hoy de muchas cosas. Hay asociaciones de escritores, de ajedrecistas y hasta de homosexuales, pero jamás ha habido un grupo de hombres interesados en cosa tan importante como la escupida. Como comprenderán, ésta es una carencia que sólo un hombre de la visión genial de John Watson, en la lejana población de Brothers, observó y criticó. Como es lógico, una sociedad como la actual sociedad humana, con todos los adelantos técnicos de que dispone, no puede adolecer de semejante falta. Que el mundo griego o el latino, grandiosos desde todo punto de vista, o que la antigüedad asiria o babilónica, no menos grandes, no nos hayan legado escupidas de sus grandes hombres y mujeres, es un hecho que nos apena, pero que no podemos cohonestar ni aprobar. Por tanto, que nosotros no realicemos esfuerzos para legar a nuestros hijos nuestras escupidas es algo que desde mi humilde puesto en el movimiento rechazo indignado".

"La escupida, como echarán de ver, es un producto del ser humano, de ese ser que desde el fondo de los siglos porta la llama divina del intelecto y la cultura. Por consiguiente, no puede ser dejada de lado bajo ningún pretexto. Como tal, además, no sólo es el reflejo de las más íntimas aspiraciones del hombre sino la expresión más cabal de su personalidad, de esa personalidad que hunde sus raíces en las profundidades metafísicas del alma. Hay miles de maneras de escupir. Tantas como tipos humanos. Desde la simple manera íntima en el cuarto de baño hasta la forma procaz del carrero pasando por los modos coercitivos de la enfermedad y los discretos del que en la vía pública quiere pasar inadvertido. Existe la escupida salivarosa, la escupida lluvia, la escupida verdosa y hasta

la sanguinolenta. Nuestra asociación, la asociación que hoy propongo fundar por el bien de nuestra sociedad, tendrá por cometido recoger y conservar debidamente todas las especies de escupida que se encuentren y promover el culto de este producto del hombre en todas sus formas".

"A los efectos de llevar a término este vasto programa en nuestro país, se dictarán cursos especiales de hallazgología y recolección de materiales. La S.P.A. de los EE.UU., tiene una experiencia muy valiosa gracias a sus varias décadas de vida y estoy seguro de que sus directores habrán de compartirla con nosotros desinteresada y humanísticamente. Como Uds. saben, ya hemos recibido algunas donaciones en dólares que nos han estimulado mucho. Estas donaciones nos han impulsado a poner en ejecución el gran proyecto que tenemos y pronto nos permitirán erigir nuestro edificio sede-social. Con todo, para llevar a cabo las eventuales tareas de recolección y mantenimiento de materiales, necesitaremos más ayuda exterior. No hay que olvidar que entre otras cosas deberemos emplear las prácticas espátulas de recolección instantánea y los famosos receptáculos de conservación en vacío congelado inventados por John Watson, así como extraordinarios fotogramas en colores creados por John Watson Jr., que nos permitirán formar nuestros álbumes de escupidas y distribuir información por todo el mundo. Desde ya descontamos la buena voluntad de la gente de la S.P.A. de EE.UU. en el sentido de que "sooner or later", como se dice en buen inglés, nos harán llegar materiales técnico-didácticos y nos mandarán a algún especialista en hallazgología que pueda orientarnos en nuestros trabajos de campo y en las cuestiones de culto".

"No quiero abrumarles más con la enunciación de proyectos, que aunque muy caros y auspiciosos, no dejan de ser proyectos. El movimiento se demuestra andando y las obras haciéndolas. Termino aquí mis palabras de hoy exhortándoles a tener presente esta gran obra y poniendo a consideración de todos los hermanos que me rodean, la propuesta de fundación de la Asociación de Protección a la Escupida, A.P.E. en su capítulo nacional."

— — — — —

La fundación de la A.P.E. no tuvo impedimentos. Los diez primeros miembros de la asociación, los hermanos Fernández Bordeloni y varios amigos de la banca, el comercio y la industria, estuvieron en un todo de acuerdo con la idea. Por lo tanto, bajo la presidencia de Juan Fernández Bordeloni, de inmediato se lanzaron a la aventura de difundir una obra tan magna y suprema como generosa y humanística, y se pusieron en contacto con todos sus colegas de la banca, el comercio y la industria. En todas las grandes empresas y las oficinas de los amigos de Fernández Bordeloni comenzaron a exhibirse afiches alusivos a la A.P.E. de Panzonia. Una inmensa escupida verdirroja que salía de la boca de un lechero que corría con sus botellas dominaba las paredes de infinidad de negocios y oficinas de la ciudad.

A los dos meses, la asociación contaba ya con más de 150 miembros y se hizo una gran asamblea en el Palacio Norte. En tal oportunidad, todos estuvieron contestes en que la importancia de la escupida en la historia del hombre no había sido atendida debidamente y se convocó a nuevos amigos, algunos de ellos políticos, con el fin de dar al movimiento un nuevo empujón. Según se decía, era increíble que la humanidad entera no hubiera comprendido antes la importancia de la escupida en el mundo.

Pronto se hicieron y distribuyeron folletos explicativos de la historia, los procedimientos y los fines de la A.P.E. y se contrató un espacio en la radio y otro en la TV en los que semana a semana se dramatizaba el sueño de John Watson y sus luchas casi heroicas por fundar la asociación en los lejanos días de Brothers. John Watson había tenido que recorrer miles de kilómetros, desde su nativa Decatur, Georgia, hasta Brothers, Oregon, para convencer a los incrédulos, que eran muchos, de que sus ideas escupidistas eran un canto a la humanidad. Era la época del llamado "Brothers trail".

El amor por la escupida en poco tiempo contó en el país con miles de adeptos que no veían el momento de disponer de un poco de tiempo para trabajar por causa tan humana como justa. En todos los barrios se fundaron filiales del movimiento escupidista. Cada día se presentaban nuevos volun-

tarios que deseaban entregarse de inmediato a la tarea de recoger escupidas. Juan Fernández Bordeloni, a quien cariñosamente empezaron a llamar JBF, saludaba con una sonrisa de patriarca o mini-patriarca y en su hábito de ceremonias de la A.P.E. dictaba conferencias a troche y moche, particularmente en los barrios de mejor condición económica, cuyas familias ya estaban convencidas de la verdad de la causa escupidista.

Poco a poco comenzaron los trabajos de construcción del gran centro de conservación de escupidas así como del templo de reuniones anexo. La primera sección del edificio, el Gran Archivo, quedó pronta en el 58 y allí se pudieron almacenar 300.000 escupidas debidamente preparadas y selladas en cajas de vacío. La segunda sección, el Templo de Reuniones, quedó terminada en el 59. Esto ocurrió gracias a la formidable donación de la Sra. de Smith de la S.P.A. en Oldtown, Virginia, que de una plumada entregó 200.000 dólares a la A.P.E.

El templo era un modelo de edificio en su género y estaba provisto de equipos de climatización. En el centro había un enorme salón de 20 x 20 m. dividido en dos secciones de butacas reclinables tapizadas con un material finísimo y mullido que invitaban a repantigarse. El posabrazos izquierdo de cada una de las butacas estaba dotado de un embudillo de metal en el cual el socio podía arrojar sus esputos que de allí iban directamente al laboratorio de clasificación. Una tapita de cristal irrompible permitía abrir o cerrar el embudillo con toda facilidad. El nombre del esputante quedaba identificado por la butaca que ocupaba en el templo que era siempre la misma.

Detrás de lo que sería el altar mayor había una gran pared con pinturas de escupidas famosas y la foto de John Watson escupiendo en una antigua salivadera estilo fin-de-siècle de color azul bolita por fuera y blanco por dentro. Lo que sería el púlpito simbolizaba una gran escupida viscosa en tonos amarillos y rojos que era iluminada desde el techo con haces de luces psicodélicas.

En el 60 se iniciaron las actividades expositivas. Los domingos, la escupiditeca del Centro estaba abierta de 2 a 6 y el salón fotográfico de 3 a 5. El Sr. Stechel, uno de los fotógrafos más renombrados de la ciudad, logró algunas fotos maravillosas de escupidas sanguinolentas halladas en la vía pública y otras de viandantes en el momento de esputar en distintos lugares públicos. Sus obras fueron expuestas en todo el mundo como símbolo del escupidismo. Stechel inauguró así una etapa artística en la historia de la escupida, que sólo sería superada más tarde por Marcos Levi, el fecundo y genial creador de la foto escupida tetradimensional. Las fotos expuestas en el salón fotogramétrico eran de un metro por sesenta centímetros y constituían obras de arte que sólo las generaciones del futuro, liberadas ya de la presión histérica del momento, habrían de valorar debidamente.

La expansión humanística de la A.P.E. fue paulatinamente llevando a sus miembros a encarar otros proyectos. Se consideró necesario, por ejemplo, realizar un plan clasificatorio de la escupida nacional por edades, por raza y por enfermedad. Se afectaron así sendas salas a los distintos tipos de escupida. Se inauguró el Salón 80, el Salón 70 y el Salón 60. Los otros grupos de edades estarían representados no bien se completara el edificio del anexo. El Salón Tisis y el Salón Africa, sin embargo, comenzaron a funcionar de inmediato. Se les dio prioridad en razón de su perentoriedad social.

Mientras tanto, los miembros más encumbrados de la cruzada escupidista, desde sus altas posiciones sociales, contribuían cada vez más al desarrollo del movimiento. Los banqueros, los industriales y los comerciantes de jerarquía celebraban a menudo importantes reuniones en que trataban con gran fervor los problemas del escupidismo, organizaban desfiles de modelos de escupida y hasta establecían certámenes populares de cateo en los que los ganadores eran los que mediante el olfato y el gusto determinaban cuáles eran las escupidas más puras.

En poco tiempo se formó lo que luego habría de denominarse *El círculo de la escupida.* Esta organización quedó integrada por un grupo de banqueros y comerciantes fuertes así como por ciertos elementos de la prensa grande y la TV que defendían con todo derecho los sanos postulados de la rontocracia. Había gente con tendencias desviadas y era necesario

cuidarse y cuidarla y si cuadraba darle un estate quieto, no fuera que trastrocaran las formas de vida que le eran tan queridas al pueblo.

Si bien el círculo estaba abierto a todos los ciudadanos, era difícil entrar en él y tomar parte activa en las resoluciones. Esto era explicable: el mundo estaba lleno de advenedizos y había que mantenerlos a distancia. El objetivo de estos individuos era claro: deseaban minar las bases de la rontocracia y por tanto del sistema social que nuestros antepasados nos habían legado.

Se estaba ingresando ya en una etapa de verdadero frenesí escupidístico. La sociedad adoraba la causa con enorme calor y se preveía la salvación del hombre por el amor a la escupida. Los domingos, el templo central se llenaba de señoras de bien, cuyos vestidos ya empezaban a reflejar los presupuestos estéticos que imponía la escupida. Los trajes con diseños de escupidas en telas marca Surmirax se imponían rápidamente y tanto las mujeres maduras como las jovencitas de buenas familias mantenían una verdadera competencia en materia de moda. Los jóvenes, para no ser menos, inauguraron el "spit-in-the-face game", con larga tradición en el extranjero y que consistía en escupirse en la cara hasta que uno de los contendores, imposibilitado en su visión, con sus ojos cubiertos de escupidas, se daba por vencido.

Todos estaban de acuerdo en que una época como la de la escupida, con sus normas morales, sus preceptos estéticos, y su empuje humanístico, exigía redimensionar la perspectiva del mundo y hasta se hablaba con frecuencia de cambios de estructura aparejados por la escupida y su influjo social. Algunas mujeres estaban tan entusiasmadas que no veían las cosas más que desde el ángulo escupidológico. Podía casi asegurarse que estaban fanatizadas. Otro tanto ocurría con algunos hombres. Con unas y con otros sólo era posible hablar de la escupida y siempre en tono alabatorio. La menor crítica de tipo negativo conducía a una verdadera tempestad verbal que fácilmente podía desembocar en un vendaval de golpes. La tendencia, dicho sea de paso, se iba extendiendo a todas las

capas de la sociedad. Las clases más bajas no entendían nada, pero estaban inflamadas, henchidas de escupidismo.

En una reunión de la A.P.E., el Sr. de los Santos Dupont sugirió que se procediera con más agresividad y propuso que se tratara de tener acceso a las salivaderas de los hospitales y que se contrataran técnicos separadores de escupidas.

El tiempo pasaba. Todo el pueblo estaba enfervorizado y orgulloso de la grandeza del movimiento escupidista nacional. Los periódicos publicaban artículos muy bien escritos en que se sostenía que los trabajos realizados colocaban al país en un sitial de preeminencia en el mundo y lo elevaban al plano de la más alta y gloriosa notoriedad internacional. Las grandes revistas competían esforzadamente en la publicación de ilustraciones a todo color de escupidas de los tipos más inverosímiles. Publicaban, por ejemplo, escupidas de monos y de guanacos en el zoológico municipal, que aterrizaban en el sombrero de alguna señora elegante o en la calva de algún señor distraído.

Las escupidas se analizaban, se estudiaban, se clasificaban y se fotografiaban de todas formas y maneras. Se fabricaban y vendían figuritas decorativas así como diapositivas y tarjetas postales a todo color de las escupidas más famosas: escupida de John Watson el día de la fundación de la S.P.A., escupida de Juan Fernández Bordeloni el día de la inauguración del Gran Centro, escupida de mono anciano, Menina desnuda salivada en el ombligo, escupida en naturaleza muerta, etc.

A esta altura de la cruzada escupidista, comenzaron a editarse libros que incluían artículos sobre las grandes escupidas del siglo. Se visitaba a la vez a las grandes personalidades del país y se les pedía que contribuyeran con una o dos escupidas. En tales ocasiones, se llevaban todos los equipos móviles posibles —de video-tape, fotografía, grabación magnetofónica, cinematografía, etc.— para que el evento quedara registrado en los anales de la historia. Era una pena, decía todo el mundo, que grandes hombres del pasado —presidentes, políticos, jugadores de fútbol, etc.— hubieran fallecido sin poder legar su escupida a la posteridad.

Un día se promovió la moda de escupir. Todos escupían. Escupían de día y escupían de noche. Había quienes tenían ciertos remilgos y escupían medio a escondidas, pero también había quienes escupían sin miramientos al punto de que ni siquiera reparaban en si hacían blanco en la nariz o en uno de los ojos del prójimo. En la casa del Sr. Fernández Bordeloni y de todos los paladines del movimiento escupidista había escupideras por doquier. La escupidera había tomado el puesto del cenicero en casi todas las casas de familia. Las visitas a casas de amigos se iniciaban con una escupida y finalizaban con otra escupida. La mano, que antes era el símbolo del comienzo y el fin de las reuniones y los encuentros, había sido sustituida por la escupida.

Pronto todo comenzó a estar lleno de escupidas. Los suelos, las paredes, los asientos. Escupidas blandas y duras, secas y húmedas, grandes y pequeñas. No era posible casi moverse sin ensuciarse las manos con el líquido viscoso o la mucosidad tornasol de alguna escupida. Los muchachos de las escuelas inventaron el juego de la escupida en boca. Era un juego simple, pero que los divertía como locos. El que quedaba debía permanecer de pie con la boca abierta y los demás, por turno, intentaban uno a uno embocarle un escupitajo en la boca. Los que no lograban embocar pasaban de inmediato a quedar. Y así corría el bello juego.

Los pobres, que no tenían acceso a escupideras en sus ranchos, escupían en el suelo. Y lo hacían con verdadero calor humano. Habían finalmente hallado una causa que justificaba sus vidas.

Un número bastante grande de intelectuales, profesionales y universitarios del país, todos ellos muy despistados, intentaron proponer que se pusiera fin a las prácticas escupidistas en nombre, decían, de la razón. Sostenían descocada y arbitrariamente, que el escupidismo estaba conduciendo la nación a la ruina y las mentes a la imbecilidad. Las autoridades de inmediato tomaron cartas en el asunto y metieron en galera a estos peligrosos locos, los trataron como se debía y los dejaron pudrirse vivos. El pueblo aplaudió frenético las medidas del gobierno y el Sr. Fernández Bordeloni cursó un laudatorio y bien merecido telegrama al presidente de la nación, don Prudencio Barruncha.

Un día las calles se convirtieron en verdaderos ríos de escupidas. Surgieron entonces dos especies nuevas de peces: el eskupio rojo y el eskupiote verdiblanco. Un interés inusitado se desató entre la población por la pesca de estos dos peces. Desde las ventanas de las casas, pues la corriente de escupidas ya alcanzaba las veredas, se lanzaban reels o se empuñaban simples cañas con el fin de pescar algún pez. Todos se esforzaban por pescar algo. Era la lucha por la vida. No había ningún otro tipo de alimento. Se subsistía gracias al pescado El tiempo era inusitadamente frío Un cielo grisáceo con unos nubarrones negros que no querían desaparecer, enmarcaba el ambiente y lo hacía indescriptiblemente, irreal.

La corriente crecía día a día. Ahora, para atravesar las calles era necesario saber nadar. Los viejos, que no podían nadar, se ahogaban en ese mar de esputos. Sólo los jóvenes, y sobre todos los buenos nadadores, conseguían salir de sus casas y hacer vida normal. Ellos podían atravesar las calles con facilidad y no se preocupaban. Lo hacían gracias a su poderío físico que les permitía dar grandes brazadas en medio del mar de escupidas y llegar a donde querían.

Gradualmente, las casas y los edificios comenzaron a ser cubiertos por la marea de escupidas. Las casas de una planta duraron poco como refugio. Los edificios altos fueron el último reducto de la gente. Los últimos sobrevivientes —entre ellos JFB— contemplaban el creciente mar de escupidas desde las alturas con preocupación y angustia, pero seguían escupiendo con la misma confianza de siempre. En el fondo del alma tenían fe en que sus escupitajos contribuirían a crear un mundo mejor. Poco a poco fueron pereciendo ellos también en ese diluvio pegajoso.

El último hombre se zambulló un día de setiembre en un lecho de escupidas que atravesaba la avenida principal. La ciudad se convirtió en una escupida. Todo terminó y no hubo más problemas. Terminó la fe, la pasión y hasta el dolor.

1972

EL APARTAMENTO

Al mio caro amico fiorentino
Paolo Soldi

El italiano salió y yo di un respiro de alivio. Por fin podía estar solo y contemplar a mi gusto los muebles, las lámparas, las alfombras, todas las cosas del apartamento. El buen hombre había hablado mucho y en un dialecto casi incomprensible y yo me había sentido como aturdido. Había querido mostrarme que era un buen casero y esto maldita la gracia que me había hecho.

Lo primero que hice fue darme una vuelta por todas las habitaciones y mirar y escudriñar con tranquilidad todos los detalles del apartamento. No había duda de que una nueva vivienda, sobre todo lejos del habitat de uno, era algo renovador. Se me hacía como si todo empezara de nuevo, como si yo fuera una persona diferente, desvinculada de todo lo anterior (sin historia) y con todo un futuro extraordinario (un futuro futurible, como decían los optimistas) por delante, e imaginaba comenzar otra vida y cumplir en ella los anhelos que siempre se habían visto frustrados. La nueva ciudad con sus edificios centenarios, sus rincones desconocidos, sus caras diferentes, me envolvía en su manto de misterio y yo me sentía

feliz. Era como una amante desconocida que me llamaba y yo me dejaba envolver en sus caricias. En ella nadie me conocía y nadie me diría "Hola Roberto", y yo me sentía libre, dueño de mi voluntad. Sabía que no tenía que cuidarme de nada, ni mantener mi imagen de persona de bien, y podía ir hacia adelante sin obstáculos, sin inhibiciones frustrantes.

Lo que más me impactó del apartamento fue la sala o salita o salotto. Las sillas de un estilo indefinido pero eso sí antiguo rodeaban a la pequeña mesa negra de patas finas y bien torneadas y daban la impresión de una reunión de monjes inexpresivos y malvados. La silla del centro, con un respaldo alto, altísimo, se destacaba en el medio de la habitación como un ser ultraterreno, casi siniestro. Una serie interminable de cuadros de ángeles y madonas y seres de otras épocas cubría las paredes y junto con unos jarrones de porcelana descolorida completaba el ambiente. Por momentos la acumulación de pinturas y colores y formas y caras y pelos y alas y narices y de muchas de las imbecilidades que han inventado los artistas para alcanzar la gloria y sacarse los ojos y escupirse y odiarse en vida (y quién sabe si no en muerte), me paralizó el pensamiento. Todo se me mezclaba en la mente y hasta había perdido la noción de orden. Me parecía como si todas las cosas anduvieran sueltas por el aire: las orejas de los ángeles, los senos de las madonas, los brazos, los dientes, los jarrones, los líquidos, y no comprendía cómo podían volver a la normalidad, a la normalidad que yo conocía, o que me habían eneñado. Y conste que mi visión no era una visión irreal; mi visión era una visión que no tenía nada de surrealista ni de cubista, ni de nada por el estilo. Mi visión sólo estaba dominada por una sensación como de embriaguez que provenía de todos los objetos que allí flotaban y pululaban en tal profusión que me hacían desintegrar la realidad. Jamás me había ocurrido tal cosa y por eso estaba muy preocupado y pensaba que estaba enfermo de la mente.

Miré hacia el techo y vi entonces la enorme araña de caireles y chirimbolos complicadísimos que iluminaba todo ese mundo de fantasía y desorden en cuyo centro se alzaba adusto y dictatorial el respaldo alto y negro de la silla principal.

¡Qué sensación la de sentirse dueño y señor de un apartamento en Europa, en otro mundo, en un mundo tan lejano del propio! Por momentos me parecía como sentirme liberado, por momentos como verme cercado por un millón de cosas nuevas que incluso me impedían pensar.

De pie desde el umbral de la arcada que daba entrada al salotto —en realidad yo ya lo llamaba así, en italiano, porque me parecía más auténtico— volvía la mirada a la mesa y a las sillas y quedé como maravillado. En cierto momento me pareció como si las sillas tuvieran vida, como si quisieran hablar conmigo. Se me ocurrió incluso que podrían ser seres infernales o seres de otro mundo, harpías disfrazadas de negro que tramaban algo. O tal vez seres de otra galaxia, como hubiera dicho cualquier fanático de los OVNIS. Hasta parecían como tener ojos viscosos de un extraño material, quizá de pez, incrustrado en la madera, que observaban todo lo que pasaba (quién diría que estaba en la tierra de Giuseppe el zapatero).

Fui a la cocina, tomé un vaso de agua y me calmé. El blanco de las paredes no me dijo nada y se me borró la visión del salotto. Miré un rato por la ventana y no pensé más en fantasmagorías. No sé por qué, pero por unos instantes me acordé del loco Domínguez y de la oficina. Lo veía hacer el café de las 4 y hablar de las hembras del Sud América. El panorama no era gran cosa pero de todos modos me distraje. Los techos de tejas y el verdor de las frondas me serenaron casi por completo. Sin embargo, me sentía como vacío. No tenía con quien intercambiar dos palabras. Ni siquiera había un loro en el apartamento que farfullara algo y me distrajera. Me hubiera gustado oír al menos la voz maleva y arrastrada y quejumbrosa de algún cantor de tangos que dijera que se le había ido la mina en el arrabal canyengue y rantifuso, pero allí no había ni discos ni siquiera una humilde victrola. No sé cuánto hubiera dado por oír a Angel Vargas o a Raúl Berón. Comprendí entonces que cuando uno estaba lejos del barrio los mecanismos del recuerdo trabajaban como enloquecidos y sentí que el apartamento nuevo era un habitáculo sin vida, un habitáculo artificial lleno de cosas extrañas. Y hasta pensé en Pichuco que nunca se había ido del barrio y me atacó

un sentimiento de culpa. Hubiera preferido la sencillez de un bulín mistongo y sentir a Goyeneche "Vas a ver que un día de estos te voy a poner de almohada y tirao en la catrera me voy a dejar morir" a la comodidad estilo tano que aquí se me ofrecía, pero esto no era posible. Lo que yo tenía no era un cotorro ni un bulín, ni había minas ni bizcochitos ni la guitarra en el ropero, ni nada. Lo que yo tenía era una extraña guarida, y en ella una única posibilidad: escribir cartas o escuchar la radio. Escribir cartas no me atraía y escuchar la radio menos. ¡Qué me interesaba oír la voz de Bobby Solo o de Freddy Buongusto, de Johnny Fontana, de Mina o de cualquiera de esos italianos americanizados y de voces impostadas y melosas y sin sentimientos que falseaban el arte! Lo que echaba de menos, lo que me vocaba nostálgicamente desde el fondo del corazón era la voz de Charlo o de Marino o de Don Edmundo. Lo que revivía en las profundidades del alma era Malena, Fiorentino, Pichuco, y los lamentos de arrabal. Confieso que todo eso era cursi y lacrimógeno como hubieran dicho los buenos críticos de cine, pero me hacía sentir feliz.

Volví al salotto y ahora las sillas no me molestaron más. Con todo, sin poder evitarlo, las veía elevarse altas y enhiestas, y sobre todo negras, negras azabache y como buscando llegar al techo, a lo más alto de la pieza, y dominar secamente el ambiente. Me senté en una de ellas y se me ocurrió que podía llamarla María. La misteriosa silla ni chistó y me soportó muy dignamente. Escribí dos cartas y me levanté.

En poco tiempo, pese a todo, me habitué al apartamento. Llegué hasta a mantener largas conversaciones con María. Las otras sillas eran menos expresivas, por no decir inexpresivas y no parecían tener alma. María llegó a sugerirme muchas cosas. Me aconsejó por ejemplo que me casara. ¡Total, qué futuro podía tener yo solo!

—Mire, Roberto —me dijo una tarde con esa voz tan armoniosa y dulce de la madera—, ¿qué puede hacer Ud. solo en este mundo? ¿No ve cómo se aburre de noche?

Desde que comenzamos a hablar no quise sentarme más en ella. Llegué incluso a generar un raro sentimiento por ella.

Una mañana de primavera cayó un viejo amigo por el

apartamento. Nunca supe cómo había obtenido mi dirección y menos lo sabré ahora. Lo invité a sentarse y a charlar un rato y le hice servir una copita de strega por la muchacha que me hacía la limpieza. Me dijo que yo hablaba ahora con acento italiano y tal vez fuera verdad. Con María siempre hablaba en italiano y casi no me daba cuenta Estaba en Italia y para mí, ella era italiana.

Rodríguez tomó asiento en María y esto me puso muy molesto. ¿Cómo se le había ocurrido sentarse en un ser tan trascendental y único a semejante bestia? Habló largo rato y recordé que era el mismo de antes. Con la voz impostada y displicente se mandó un par de chistecitos verdes y me contó todo lo que había hecho en Italia. Y me dio a entender que en realidad yo debía estarle agradecido por su gentil visita. Yo casi había entrado en un letargo y no decía nada. No sé cuándo ni cómo se fue. Sólo sé que María había quedado muy cansada y me dijo que esas visitas resultaban muy peligrosas.

Los atardeceres de la ciudad eran en realidad tristes. Generalmente a esa hora no tenía nada que hacer e iba al Centro, daba unas vueltas por la zona del Duomo, miraba el enorme cimborio y volvía No tenía amigos porque la gente de la ciudad era muy huraña y estaba siempre en lo suyo. Veía multitud de personas por las calles, italianos que hablaban (creo que de fútbol o de política) en pequeños grupos de desconocidos, pero yo era un ser ajeno a todo aquello. Los cafés de la Piazza Repubblica (el Gia Paskowski y el Gilli) hervían de gente, de una gente extraña y bien vestida, de gente madura y majestuosa. Yo sólo miraba por las grandes vidrieras a esos seres que parecían como expuestos en un moderno museo de cera o en un cuadro impresionista. Alguna vez que otra entraba y me gastaba 200 liras y me tomaba un expreso que me lo servían con una cantidad de chirimbolos y con toda pompa y ceremoniosidad. Sin embargo, jamás conseguía hablar con alguien. Un italiano del sur me había dicho una vez que esos seres no eran italianos, que eran habitantes de Italia como lo podía ser una piedra y que no tenían alma. Recordé entonces que mis antepasados también eran de allí y llegué a pensar que yo tampoco tenía alma y que por eso no tenía



amigos y que quizá fuera mi mente de máquina la que me hacía sentir todo así. Por ese entonces, la vivencia de ser un ente mecánico, sin alma, me obsedía sin cesar. No había duda, todos éramos máquinas y nos queríamos engañar con historias de almas y sentimientos y moral y amistad.

En el trayecto, cuando volvía a casa, me quedaba en la plataforma del autobús y meditaba. Nunca sabría lo que era tener alma como los hombres verdaderos. Pobre de mí. Era como esos entes ceráceos y sin expresión que se ubicaban en los cafés del Centro. Miraba a un lado y a otro de la ruta —creo que era via del Pollaiolo— y con la imaginación intentaba atravesar las paredes de las casas y adivinar qué pasaba. Siempre que estaba en alguna nueva ciudad me acontecía lo mismo. Ahora mi curiosidad era mayor que nunca. Deseaba ver cómo era la vida cuando no había espectadores, qué hacían los hombres y las mujeres y los niños (todos esos seres mecánicos con pretensiones de almados) detrás de esas ventanas casi oscuras, de esas paredes a veces centenarias. A las 11 de la noche decenas y decenas de parejas estaban por copular o ya en plena cópula o en los estertores del orgasmo final (los mayores jadeando, los jóvenes sin pena ni gloria, los viejos echando los bofes, de puro ambiciosos que eran), decenas y decenas de seres solitarios estaban leyendo alguna revista o mirando algún programa de televisión (el show de Iva Zanicchi, o el de Charles Aznavour, en mal italiano, o el de algún cómico corrupto) desde la cama o desde un sillón cómodo y aterciopelado. Envidiaba a todas esas gentes (a esas máquinas) que "hacían" su vida. Yo no hacía ninguna vida. No estaba integrado a nada. Ellos, en mi imaginación, estaban insertos en un orden mecánico de cosas (pero orden al fin) al cual yo no tenía acceso. Eran seres que cumplían algo así como un ritual, como una ceremonia, porque copular, mirar TV, dormir, roncar, comer, tomar vino, decir palabrotas, ser democristiano o comunista, tirarse pedos, etc., era una forma de ceremonia, la ceremonia de la vida que fluía infinita. Sobre todo cuando todo ello se hacía en el marco del hogar, de la familia. Y sobre todo cuando esos actores imaginarios vivían intensamente esos momentos y creían fu-

riosamente en lo que hacían y actuaban con más apasionamiento que los mejores artistas. Porque esas ceremonias de la vida eran el teatro más sincero, más puro que existía. Eran el único teatro del mundo, el teatro sin espectadores.

¡Qué cosa extraña era una ciudad por la noche! ¿Para qué vivían y luchaban todos esos seres divididos en grupos o clases o estratos —unos en grandes mansiones, llenas de servidores, otros en casas estrechas y oscuras, otros en míseras piezas o en boardillas que casi tocaban el frío del espacio infinito? ¿Qué finalidad tenía todo aquello? ¿Qué objeto tenía todo ese ir y venir humano, ese tener que levantarse regularmente a las 8, que estar en un lugar a las 9 y tener una entrevista en otro a las 10, y en fin, que marcar tiempo en todas las cosas...? ¿Qué objeto tenía eso de marcar cifras de venta, de proponerse metas, de planear las actividades, de romperse la cabeza haciendo planes económicos, de querer encerrar el futuro en fórmulas matemáticas, de hacer planes quinquenales, de tecnificar a las naciones, en fin, de querer dominarlo todo? Para qué todo eso si el copular, el comer y el defecar no necesitaban tanta cosa. Allí estaban los animales y los dioses del Olimpo que habían sabido prescindir sabiamente de todas esas pavadas. Bastaba con imaginarse a un pequeño animal, fundador y dueño de una casa de repuestos de autos para comprender por el absurdo cuán descabelladas eran las formas de vida creadas por el hombre. Era la locura en bote, la locura creacional en speedy motion. Y en el bote navegaban Eva Zunz, Mao, Martín Fierro, Don Quijote, Roosevelt, Kissinger, los astro-cosmonautas y toda la humanidad (incluso los coreanos del oeste) con sus objetos adorados —con sus grabadores, sus cánulas, sus repollos rellenos, sus preservativos cosquilleantes y hasta sus pastillas anticonceptivas. (Y cuidado con quitárselos). Y el mundo se llenaba cada día más de objetos nuevos, de videotapes, de prams, de modelos económicos, de morfemas, de pornoshops, de peludos, etc. Y los objetos, esos objetos que habían sido inventados para copular mejor, para comer mejor y para defecar mejor, amenazaban ahora con sepultar al hombre. Pero éste no cejaba en su esfuerzo creacional y seguía y seguía inventando,

Y para completar las cosas, Don Quijote y Aliosha Karamazov andaban por el mundo junto con los mormones y los testigos de Jehová empecinados en su tarea de redención. ¿Valía la pena el esfuerzo?

El solo pensar en la cantidad de piezas que habían inventado los hombres para desplazarse o en la cantidad de postres que habían ideado, bastaba para comprender el mal que azotaba al mundo. Nada satisfacía al hombre y a la mujer. Y había que idear cosas nuevas y en cascada para alimentar la fiebre de MAS, el Masismo. La sfogliatella, el postre masini, el strawberry pie, el apfelkuchen, el baklavá, el almendrado, y hasta el humilde martinfierro que había estado tanto tiempo en boga, debían dejar su puesto a otras invenciones y así había surgido el kaká de perraux y el pichy de gateau, creados en Francia, y por un tiempo los paladares hastiados de los ricos se conformarían con ellos, pero muy pronto surgirían las nuevas exigencias y de vuelta a crear.

Los hombres, además, habían inventado el amor, el odio, la envidia, la alegría y muchas otras imbecilidades parecidas para explicar su incapacidad de vivir en armonía. La vida era eso, era nada más que intercambio de imbecilidades y en ese intercambio todos ponían nada menos que el alma. Corrían por las calles cargados de esas cosas. A veces me detenía en alguna esquina y me parecía que por las calles veía trozos de violencia, de cariño o de soledad, desplazarse presurosos por aquí y por allá. Si hubiera sido pintor, hubiera pintado una tela con trozos de esas cosas. Naturalmente que no hubieran tenido forma material, pero alguna forma de presentarlas habría hallado. Por lo menos habría pintado un cuadro con alguno de esos grandes empecinados que sólo creían en el amor, que decían que todo es amor, o que sólo creían que todo es odio y maldad, o habría pintado un cuadro con hombres que corrieran desesperados con trozos de amor cayéndoseles de los bolsillos o tirando de enormes carros llenos de un material hediondo e incoloro que simbolizara el odio y tras los carros un reguero de ese material infecto. Y en un portal un bandoneón roto a patadas por un arrebato de violencia fugado de algún bulín. Pero allí no paraba todo. Había hombres que buscaban afanosos influencias extraterrenas en el mundo, que hablaban de logias y de cofradías y de la integración de ideas no humanas en el universo de los humanos, y que trastornaban el orden establecido. Con sus ideas canibalescas le daban terribles golpes a la realidad y la hacían gemir. Y asimismo había hombres que se "esforzaban" por arreglar las cosas, conseguir petróleo, vender, comprar, combatir la carestía, a tal punto que escribían volúmenes y volúmenes sobre la inflación y el sudor les corría por la calva reluciente y de noche se entretenían con las prostitutas finas que los acariciaban y les decían "qué lindos ojos tenés, nene", y cuando les daba el infarto, las esposas ya maduras los acariciaban y les decían: "pobre Alberto" o "pobre Juan", o cualquier nombre de pila.

Cuando bajaba del autobús en vía Génova mi mente había divagado tanto que a menudo no sabía qué calle tomar. A veces llovía fuerte (era el otoño y el retorno a la oscuridad, al frío y a la hurañía del tiempo) y ello me sacaba de ese sueño fantasioso.

En casa, María me recibía con su voz dulce de siempre y conversábamos un rato. Una noche se me ocurrió la idea de que podía ser mi amante. Su voz me acariciaba como nunca y me decía cosas bellas de la vida que ninguna mujer me había dicho antes. En cierto momento se me hizo que tenía frente a mí a una hermosa mujer y me sentí torturado como se sienten los hombres cuando están en celo. Pensé que enamorarme de una silla era una cosa monstruosa y quise sin éxito borrar la obsesión que dominaba mi mente. ¿Cómo podría acariciarla?. ¿Cómo hacerle el amor?. La idea me espantaba, pero me atraía y experimentaba un enorme deseo de decirle lo que sentía. Lo que ocurría, lamentablemente, era que las convenciones y los usos impuestos por la sociedad, siempre tiranos y arbitrarios, me frenaban, me obstaculizaban. Pero en mi fuero interno amaba a María. La zooerastia, como tantas otras aberraciones sexuales, era fustigada mas era tolerada, sobre todo en Colombia, como decía mi amigo Posada. Pero el ayuntamiento con un objeto era no ya fustigado sino inimaginable. Ni siquiera (¡hay que ver si sería tremen-

do!) había palabra en castellano para ello. Ni los mismísimos alemanes (que tenían palabras para todo) habían acuñado una voz explicativa en su lengua, aunque se me ocurrió que tal vez Sachverkehr o Sachbeischlaf pudieran dar idea del fenómeno. La verdad es que era triste que un objeto y un ser humano que se quisieran no pudieran unirse en el supremo y unificador hechizo del amor, que Harpagón o Marilyn Monroe o Freud no se hubieran ayuntado con algún trozo de materia inerte o con algún objeto querido (un sillón, una mesa o un calefón) de esos que veían todos los días, que no hubieran practicado la pragmaerastia, como en realidad pensé que debía decirse. Felizmente (en medio de tanta lucubración) me distraje un instante y el encanto se rompió. Descubrí que había una carta de M. y la abrí y me puse a leerla. El contenido me interesó bastante, pero el párrafo final me dejó triste. Rodríguez había muerto de repente y no se sabía por qué. Sin intercambiar una palabra más con María, me fui a la cama y me acosté. Quería dormir y olvidar.

Los días oscuros del otoño siguieron. Las hojas del calendario caían como las de los árboles y yo las apilaba sobre la mesita negra del salotto. Sin querer pensaba en el paso inexorable de la existencia. ¡Cómo se iba todo y se gastaba el tiempo!. Un día de octubre cayó a la ciudad Pérez. Lo invité a venir a casa. Estaba tan solo y tan sin noticias de los amigos, que Pérez —que era un tipo más bien apagado— me resultó incluso interesante.

Pérez tomó asiento en María, cosa que me disgustó bastante, y habló algo. Le pedí a la empleada que le sirviera un strega y después otro y el poca-cosa se los tomó sin chistar. Era un individuo muy distinto de Rodríguez. Se deshacía en cumplimientos y me decía que estaba encantado de verme. Mi memoria ahora no registra cómo ni cuándo se fue, sólo tengo la impresión de que me habló algo de la oficina donde trabajaba, algo sin relevancia, y que no parecía un viajero impresionado por lo que veía. Estaba siempre en la oficina entre papeles y ventas y descuentos y precios y creo que me dormí porque recuerdo que él me despertó.

A veces por la noche quería escribir algo, pero no podía.

En Montevideo siempre escribía algún artículo de historia americana para los diarios [1], pero aquí estaba como sin ideas, como si se me hubiera secado el cerebro. Mi trabajo de investigación en el Istituto della Ricerca no me atraía. Los italianos (los de esa ciudad, al menos) me parecían una combinación de obsecuentes y "estrafotentes" (como ellos mismos decían) y yo prescindía de ellos. Sólo hablaba a veces con un napolitano, pero me cuidaba muy bien de intimar mucho con él.

Entré en un período muy oscuro de la vida. A veces me iba solo a un pequeño restaurant de vía Cavour y me pedía una salchicha con papas y garbanzos. Hubiera querido llevar a María, pero eso no era posible. La sociedad tenía sus reglas y esas reglas no podían ser transgredidas. Ningún hombre podía pretender que lo dejaran entrar en un restaurant con una silla y menos aún hablar con ella. Entre seres humanos y objetos había una barrera tan infranqueable o más que entre blancos y negros. Ultimamente había llegado a la conclusión de que todos vivían por tres razones: para copular, para comer y para defecar. Era increíble que se hubiera construido una civilización o un conjunto de civilizaciones tan gigantescas y llenas de tantos refinamientos para cumplir tres funciones tan ordinarias. Y era increíble lo que no hacían los hombres para cumplir esas funciones con el mayor grado de sofisticación y confort posible.

Pérez también había muerto, no se sabía cómo, y yo seguía pensando en que las tres grandes funciones de la vida eran una locura irrazonable. Y absorbido en mis pensamientos, lo de Pérez apenas si me llamó la atención ese día cuando leí la carta de Molina en que me lo comunicaba. Con todo, al otro día la imagen de Pérez no me dejó tranquilo. Los lentes, la mirada, los ojos de Pérez me torturaron durante varias horas hasta que me acosté, me tomé un sedante y me

(1) Artículos de exaltación patriótica, que eran los que realmente valían.

tranquilicé algo. ¡Qué extraño, los dos amigos que me habían visitado ya habían muerto!

El amor, la pasión, la gula y todas las cosas que movían a los hombres y a las mujeres ya no las entendía. No comprendía tampoco por qué escribían poesías y versos que se repetían hasta el cansancio, que eran siempre lo mismo. Canciones que decían "te quiero, te quiero, tus ojos, tu piel, y te quiero y estoy loco por ti y tú eres mi pasión". Y después se revolcaban enloquecidos en una cama. Allí terminaban los "te quiero" de manera bestial.

La poesía, en última instancia, se reducía a unas pocas palabras que se recombinaban hasta el aburrimiento, sin imaginación, sin brío, y que ya no decían nada de nuevo, porque de tanto y tanto combinarse se habían empobrecido como la tierra gastada por miles de cosechas. Siempre era lo mismo, bastaba con tomar unas cuantas palabras clásicas *—locura, pelo, ojos, senderos, luna, esperanza, sol,* el infaltable *nenúfar* de los modernistas y algunos adjetivos y verbos—, mezclarlas como quien dice en una caja, sacudirlas como quien hace un cóctel, sacarlas una a una, y tener ya armado el fino poema deseado pronto para el éxtasis y la gloria.

Tengo locura de tu pelo, de tus ojos, de tus caderas
y por los senderos marcho sin fuerzas, silencioso
no me mantiene ya la esperanza, la luna me anonada
quiero el sol alucinante de tu piel en el día.

O, buscando otro procedimiento, basado en la manipulación de las fórmulas de selección y combinación de Jacobson, sustituir *locura* por *sed* (*hambre* era muy fuerte), *caderas* por *andar* (para dar menos erotismo), *senderos* por *caminos, silencioso* por *mustio* y el *sol* por (el eterno) *nenúfar,* y lograr de inmediato una imagen poética quizá más impactante.

Tengo sed de tu pelo, de tus ojos, de tu andar
y por los caminos vago sin fuerzas, mustio
no me mantiene ya el querer, la luna me atormenta
ansío la suavidad alucinante de tu piel de nenúfar.

O, a base de pura imaginación creadora, hallar una mez-

cla embriagante, arrobadora, como la de Don Pablo:

Tengo hambre de tu boca, de tu voz, de tu pelo
y por las calles voy sin nutrirme, callado
no me sostiene el pan, el alba me desquicia,
busco el sonido líquido de tus pies en el día.

Todo era manipular paradigmas y sintagmas como había señalado Saussure. De allí con saliva y con paciencia (2) salía el arte, y de allí también la crítica seria y luego el "establishment" de la crítica y después la belleza infinita e imperecedera en que todos creían, incluso los críticos. Gracias a Dios pronto estarían en venta las computadoras poetisas o computisas y los autores no tendrían necesidad de exprimirse más los sexos en sus alcobas o en sus casas de veraneo junto a las rocas, la mar y el cielo que tantas toneladas de inspiración habían suministrado. De noche les harían el amor a las computisas y estarían felices. Los más felices serían los que pudieran comprarse las más caras. Onassis había hecho los primeros intentos con una computisa pero le había fallado y se había muerto de disgusto. Y Rockefeller, Rockefeller minga de computisas. Todavía estaba en la cosa pragmática de los americanos y le bastaba con pensar en las finanzas. De cualquier manera, los millonarios del futuro, los descendientes de Paul Getty II o del Shahanshah serían los más grandes poetas y todos los admirarían, empezando por los críticos serios. La nueva poesía ya no sería esa cosa pegajosa y dolorida de los crepusculares siglos anteriores. Un buen, un estupendo poema respaldado por el "establishment" de la crítica universal, sería por ejemplo:

$$Mb = (l - r)\ t - t'$$

Seguro que para interpretarlo se necesitaría mucho sexo, mucha materia gris y mucho esoterismo académico, pero el goce estético que proporcionaría bien valdría la pena.

A veces me sentaba frente a María y meditaba. El vecino de arriba le daba a Sinatra, a "strangers in the night, exchan-

(2) "Mit Gemut und Spucke, fängt man eine Mücke", dice el proverbio alemán.

ging glances..." y yo me hacía muchas preguntas. ¿Qué había detrás de todo eso?. ¿A qué mundo de cosas, a qué verdad correspondían todas estas mezclas de consagrada estética, como no fuera a fantasmas o engrupes de las almas (que negaban tozudamente los materialistas y existimaban igual tozudamente los espiritualistas)?. Y más allá de las almas, si existían, ¿qué había?. Y ¿cómo, por qué podían coexistir junto con los atentados, la pornografía y los bichicomes, entes tan finos como las guitarras electrónicas, los garrotes civiles, las palomas de la paz, el nenúfar, las caderas excitantes y los cosquilladores sexuales?. ¿Y Uqbar (esa misteriosa realidad incognoscible), y la Sra. de Kissinger, y el gallego Manolo y el bar de la calle Rondeau, y Marco Polo?. ¿Y el amor a la patria?

No había duda de que todo era un gran caos, más grande que el de *Cambalache*. Un caos al cual los hombres le habían asignado —esto lo había olvidado Discepolín— un valor absoluto, y por el cual se jugaban como machos bien plantados que eran (ahora con los frentes de liberación había que incluir también a las hembras) y por eso hacían poesía, instalaban el garrote civilizado y a veces indultaban por la presión cíclica del dólar y luego meta te deum en la catedral o té a beneficio de los niños pobres o simplemente a beneficio de inventario. Porque lo absoluto era lo que liberaba y redimía a los hombres (y ahora a las mujeres), y así habían inventado todo esto que flotaba y chocaba, todas estas cosas que se desenganchaban y caían, porque cada cual tenía su absoluto —Nikita su absoluto, Nixon y los Kennedy el suyo, la CIA el suyo, Idi Amin Dada el suyo, e cosi via, como decían los italianos. Todos los siglos y los hombres de los siglos anteriores, como Savonarola, o el bachiller Carrasco o Vidas, por ejemplo, habían tenido sus absolutos, pero a nosotros qué nos importaba. Sólo que unos habían tenido un absoluto flaco, que casi no era absoluto, y otros un absoluto gordo, lleno de todas las gracias del cielo, como decía el proverbio genovés (3); que unos tenían un absoluto vacío y otros un absoluto lleno,

(3) D'in celo che viene grazia, da ge u cu che sort a merda.

con poderes, fuerzas, piscina en el jardín, hembras ganadoras de concursos y hasta anfetaminas y afrodisíacos diversos.

Lo absoluto era el motor de la vida. Todos lo buscaban. Lo buscaban en las tres grandes ceremonias de la vida, y también y sobre todo en la poesía, en el arte, en el dinero y en el amor concupiscente, casto o lascivo (esto era cuestión de gustos). Y para lograrlo, a veces se sacaban civilizadamente los ojos de las cuencas. Cada yo, cada ego sum, lo buscaba mejor que todos los demás y lo buscaba sólo para sí y a veces para algunos extraños que lo rodeaban o para sus hombres de confianza. Es claro que había yos (o egos o ichs o jes) pequeñitos, chiquititos como pulguitas que ni siquiera osaban mostrar la cabecita, pero había otros yos que eran grandes o aparentaban ser grandes (se hinchaban) como elefantes y hasta como dinosaurios y se fagocitaban a todos los yos que podían. Eran las grandes celebridades, los grandes yos del mundo, los que desde hacía mil años estaban luchando por imponer la paz, la justicia y el bienestar de los hombres y preparaban grandes discursos y grandes comidas y gloriosas cópulas sexuales y, a veces, para variar, homosexuales. Todos querían probar lo absoluto, en lo posible antes de morir, porque después si te he visto no me acuerdo. Más vale pájaro en mano que ciento volando, pensaban, y tenían razón. Hacían actos contra el materialismo, preferían el espiritualismo en todas sus formas, pero en la práctica cultivaban, muy felices, el primero. No sabían si después había absoluto o no y preferían que no les quitaran lo bailable. Yo, la verdad, me sentía como el gigoló del tango, venido a menos, y con un absoluto que ya no daba para más, con un absoluto canero que se conformaba con los pobres versos rantes y hechos a mano de Celedonio E. Flores:

> Campaneá cómo el cotorro
> va quedando despoblado
> todo el lujo es la catrera
> compadreando sin colchón
> y mirá a este pobre mozo
> cómo ha perdido el estado,
> amargado, pobre y flaco
> como perro de botón.

Los domingos eran los días más aburridos. Por primera vez pensé que hubiera querido ser poeta, pero no se me ocurría nada. Si al menos hubiera tenido una computisa. Miraba entonces las paredes grises y húmedas de las casas que bordeaban las calles en una perspectiva que se perdía en la oscuridad y detrás de ellas imaginaba a todos esos seres entregados como locos o estúpidos al frenesí de las tres grandes funciones. Y al otro día los veía en las oficinas o en los cafés, de punta en blanco, emperifollados, arregladitos, como si nada hubiera pasado. Eran seres normales y sin pasión, sin desajustes, sin esas terribles neurosis inventadas por los grandes psicólogos. Y sin embargo, ¡qué feroces eran a veces!, ¡qué abominable bestialidad se escondía tras sus sonrisas y sus ojos claros y su piel aria anacarada!

Después de unos meses empecé a perder la noción del tiempo y comencé a olvidar el español. Por eso, cuando cayó Viera por el apartamento no supe qué decir. Viera se sentó en María y me pidió una salivadera. Se la traje y le hice servir una copita de strega que se la tomó de un trago. Como en los buenos tiempos de muchacho, comenzó a salivar. Cada dos o tres minutos salivaba y se reía sin motivo. Un simple dato bastaba para provocar en él una eclosión de carcajadas y ruidos extraños. De vez en cuando agarraba alguno de los objetos de arte que tenía a tiro y yo temblaba. Lo lanzaba al aire y lo recogía con maestría. En cierto momento, no sé si por equivocación, tomó una frutera de cristal de Murano y mientras hablaba y hablaba escupía en ella. Yo lo escuchaba todo el tiempo y casi no podía proferir una palabra. Me hablaba de la vida allá, del último programa que tenía y de las tortas de mariscos de Punta, pero eso no me importaba. Me decía que la inflación, que la política, que la oficina, etc., eran una porquería, pero se entusiasmaba y tosía y eructaba bárbaramente. Se veía que no podía deshacerse de sus vivencias locales y que el fenómeno europeo no le rozaba la piel. En cierto momento empezó a darme consejos. Viera era ahora un chorro de palabras que no terminaba. Mi imaginación a esta altura de la función divagaba sobre la tercera de las grandes instituciones de la civilización occidental y no recuerdo cuándo se fue. No había duda de que defecar ocupaba un puesto muy importante en la vida del hombre y constituía un rito diario. Algunos incluso se llevaban el diario o un libro y otros hasta oían la radio en medio de densas nubes de humo y de olores indescriptibles. Los ricos miraban televisión con botonera de control remoto y fumaban habanos mientras esperaban (el ejemplo típico era Hemingway, famoso por las instalaciones de su baño), y finalmente terminaban la función con papel higiénico superperfumado, American style. Pocos comprendían la grandeza de esta ceremonia. Por un error de concepto asociaban la evacuación del intestino con algo grosero y ordinario y no se daban cuenta de que esa operación dejaba al individuo en un estado de felicidad beatífica. La gente no era consciente, pero hablaba mucho de esto aunque en términos tabuados y jocoso-despectivos. Estoy estreñido, ando mal, seco de vientre, tengo que tomar un laxante, eran frases corrientes que denotaban la preocupación de los hombres por la vida del intestino y que a veces se mezclaban con estrofas tangueras "tu piel, tu piel, magnolia que besó la luna".

Un día de otoño recibí carta de los amigos de allá que ya no eran más que una sombra en el recuerdo y leí la noticia de que Viera había muerto. Aunque el pensamiento de las grandes ceremonias de la vida continuaba ocupando mi mente, la noticia de Viera me conmovió. La muerte era también una ceremonia, era todo un suceso importante en la vida de los hombres y había que rendirle pleitesía. Me parecía un tanto contradictorio decir "en la vida", cuando la muerte era la antítesis de la vida, el fin de la vida, pero no encontraba otra forma de explicar las cosas. La muerte era una cosa extraña. Por ejemplo, yo no podía imaginar cómo era que Rodríguez y Pérez y ahora Viera no podían ya proferir una palabra. Sobre todo Rodríguez que salpicaba las conversaciones con estimulantes chistes verdes. Era increíble que todo ese raudal de jocosa facundia hubiera quedado interrumpido de golpe. Y que de inmediato lo hubieran llenado de flores que fermentaban al lado del ataúd bananita tipo París de El Ocaso que seguramente le habían encargado. Algunos, los hombres decentes y oficiales (muchos de ellos ya seguros artífi-

ces de la patria) recibían la muerte con pompa y actos de apoteótica grandiosidad y muy felices y con la garantía de una bien promocionada extremaunción y con óleos de calidad importados de París o de Roma y sacramentos bien sagrados que garantizaban la eternidad más eterna del alma. Mientras sus vidas se apagaban como una velita, las radios pasaban boletines horarios de su estado e informaban del número de latidos de sus corazones y de la temperatura de sus cuerpos. Y afuera, en la calle, se agolpaban miles de mujeres que lloraban y pataleaban y se arrancaban los pelos; y adentro, en los corredores del hospital cantidad de dignatarios esperaban ansiosos el desenlace para romper a llorar en forma y no escatimaban esfuerzo para idear gestos adustos y poner caras apropiadas a las circunstancias, porque desde hacía dos o tres mil años todo tenía su formalismo en la vida y en la muerte, aunque por dentro se cultivara el más acendrado de los menefreghismos. Casi siempre, poco antes de morir llegaba el primer ministro de preluto y con una cara de estudiada preocupación se aproximaba a la previuda y le endilgaba un beso en la frente o se echaba a sus pies y la pobre eclotaba en llantos y retemblores que querían como decir: "Se me va, querido amigo, se me va; ya no hay nada que hacer". Otros, los almas podridas, morían como merecían en el garrote civil y eran cargados en un camión y salute Garibaldi. Minga de panteones de mármol negro suntuosos y bien ventilados. A un pozo en la tierra o a pudrirse con los gusanos en un tubular mistongo.

Es verdad que los presidentes, los ministros y los potentados se pudrían igual que los pobres diablos, pero lo cierto es que recibían honores especiales y podían decir incluso que no pasaban al olvido. Y esto ya era mucho. Además, de vez en cuando podían salir de los grandes panteones o de los mausoleos y hasta echarse una canita al aire.

El deceso de Viera me hizo pensar. La muerte era la única ceremonia secreta. Tan secreta era que nadie podía "vivirla" por otro. Lo externo, la pompa, no tenía nada que ver con el acto único, inédito e intransferible y personal de abandonar esta galaxia.

Una idea me rondaba el pensamiento y no podía sacármela de encima. Ya había recibido tres visitas y los tres visitantes habían muerto. El lunes vendría Suárez, que estaba de viaje por Italia. Lo sabía bien porque me había escrito unas líneas y me pedía alojamiento. Yo estaba muy preocupado. Se me ocurrió que era un peligro traerlo a casa y llegué a pensar que María era como la Gorgona. Los únicos que no teníamos problemas éramos yo, la limpiadora y el dueño del apartamento. Pero, ¿los amigos, los visitantes...?. Resolví tomar una decisión heroica. Le mandé un telegrama al Hotel Touring de Palermo y le informé que tenía que ausentarme y que lamentaba no poder recibirlo. Le rogué que cuando visitara la ciudad se alojara en cualquier "albergo" del centro y que me disculpara.

Llegó el día del arribo de Suárez y desde que despegué los ojos sentí un gran desasosiego. Me tomé un autobús y me fui a un lugar fuera de la ciudad, a Bagno a Ripoli creo, y no volví hasta el anochecer. Cuando abrí la puerta noté que había luz en el salotto. La limpiadora quizá se había olvidado de apagarla. Entré sereno, pensando que la angustia de la jornada se había acabado, y allí estaba Suárez, sentado en María. Me puse blanco y no supe qué decir.

—¡Así que tenías que ausentarte, loco!. Yo sabía que desde que echaste buena no querías más guerra con los amigos. La empleada me abrió la puerta y como ves tuve suerte. Con mi pobre italiano le expliqué que era el amigo que esperabas y me dejó entrar y esperarte. Y hasta tuvo la gentileza de servirme una copita de strega.

Nuevamente lo miré atónito, más que atónito casi aterrorizado, y mentalmente interrogué a María que permanecía impávida. Suárez había colocado una de sus piernas sobre un brazo de María y fumaba ufano un cigarrillo americano. Las azules volutas de humo se diluían en espiral lentamente. Las largas tablas negras del respaldo de María prefiguraban ya en mi mente su futuro. Quería hablar pero no podía. Lo miré dos o tres veces de refilón y no dije nada. La cara de Suárez era toda una obra de arte de la naturaleza. Antes nunca se me había ocurrido escrutarlo y analizarlo. Ahora no sé qué

me pasaba pero recorría todo el mapa facial. La nariz roja y torcida, que era como una enorme montaña, reflejaba no sé qué sentimientos putrefactos y egoístas. Los ojos negros, con algo de ave de rapiña, tenían una dureza calculadora que nunca había reparado. Los labios gruesos y lascivos, que se llenaban de saliva al hablar, me espantaban.

—¿Qué te pasa, loco? —me espetó como extrañado de mi actitud, quizá de mi cara que debía trasmitir mucha preocupación.

Saqué un cigarrillo y empecé a fumar tragando el humo hasta el final.

—Mirá viejo, si tenés una hembra y por eso no querías recibirme, no hay problema. Yo me voy ahora mismo y basta.

Pensé y comprendí que ahora ya no había nada que hacer, que la suerte estaba echada y entonces lo mejor era hablar.

—Hay muchas maneras de ser amigo, Suárez —dije—. Lo malo es que a veces uno no sabe decir las cosas.

Me pareció estar de nuevo en el Bar "Los Inmortales" y me repuse. Después de todo, mi aprehensión quizá fuera errónea. Desde mi posición en el medio de la arcada, lo miraba. ¿Qué tipo de persona era este Suárez?. ¿Lo conocía realmente?. ¿Merecía que me preocupara por él?. Recordaba que él siempre me había considerado inferior, que siempre había sido chocante conmigo y ahora lo veía en cierto modo gentil y hasta como buscando emplear un tono paternal y conciliador y no tajante como antes. Es que sin duda se había dado cuenta de la importancia de mi posición, y quería compensar sus errores.

Yo lo miraba y se me hacía que tenía algo así como una computadora en su mente con la cual evaluaba a su modo a sus amigos y a la gente en general Ahora se veía que me sobrevaloraba o al menos me valoraba y el objeto que era yo en su mente antes había ahora ascendido a los primeros planos. ¡Cuántos hombres había de este tipo! La humanidad estaba invadida de estas bestias que eran las que dirigían todo e imponían el racismo, el clasismo, etc. Yo lo miraba con un oculto desprecio, pero él, él qué iba a interpretar mi hondo pensar y

pesar. Seguramente consideraba que yo era importante, al menos por ahora, y a su modo buscaba congraciarse, descender del pedestal que antes ocupaba en sus relaciones conmigo. Se infería de su modo de sentarse, de hablar, de moverse, que quería decirme: "No te preocupes, ahora realmente somos iguales, viejo, y podés tratarme de igual a igual". Y yo lo miraba sentado en María e imaginaba su futuro sin poder hacer nada.

Al día siguiente se fue. El había hablado mucho y yo muy poco. Nunca lo había comprendido bien y menos ahora. El estaba siempre en cosas de "importancia" y eso me alejaba de él.

—Mirá, viejo, —me aconsejó renovando su tono de paternal amistad al despedirse— vos no sabés vivir aquí. Lo que tenés que hacer es conseguirte una italiana de guita y meterte en los negocios. Ya estás arriba pero podés subir más todavía. Seguí mi consejo si querés ser feliz.

Naturalmente que él no carburaba que la felicidad era una cosa distinta para cada uno de los seres humanos.

Cuando recibí la carta de Hugo un mes después tuve que tragar saliva. No pude creer que Suárez también hubiera espichado. Ese mismo día me senté frente a María y la incriminé. Ella no dijo nada y como yo raramente tomaba sedantes, decidí darme un baño de inmersión para serenarme. Creo que ella lloró porque al volver vi la alfombra humedecida.

—Lo que pasa es que vos todavía no rompiste el cascarón —me había dicho Suárez en el momento que tomaba el tren para Roma, y sus palabras resonaban ahora en mi mente mientras me bañaba—. Aprendé de mí loco.

El tren había comenzado a marchar y Suárez me hacía un gesto con la mano (la mano que ya estaba seca en un cajón del Cementerio del Norte) que yo no podía descifrar. Y sonreía como siempre sobrador.

Después de leer la carta de Hugo no supe qué hacer. Si llegaban a venir Don Pedro y Doña Irma, que habían amenazado llegarse a la ciudad, no veía bien cómo podría hacer para impedir la visita. Hablé con María y no saqué nada en limpio.

— — — —

Hoy me ha pasado una cosa increíble, se me han acumulado una cantidad enorme de imágenes en la mente. No tienen el menor orden y no sé qué ha pasado. Estoy tratando de recordar si mi hermano estuvo en casa. A lo mejor soñé. Haciendo memoria, creo que sí. Pienso que se sentó en María como todos los demás, que me miró y me dijo:

—¡Así que no querías que viniera, que era un ventajero!

Creo que estaba en el salotto con Don Pedro y Doña Irma y que se castigaban con una copita de strega. En fin, tengo un mareo tremendo. Pero conste que no es un mareo libresco ni fingido. Es un mareo de extrañeza. No sé si lo que pienso es real o si es fantasía.

No sé si he perdido la noción del tiempo y de la realidad. Con todo recuerdo que hace un tiempo vinieron Don Pedro y Doña Irma. Don Pedro tenía puesta una enorme corbata Pucci y parecía un mariposo.

Se oía una música funcional que parecía provenir del cielo. El hombre hablaba con un énfasis inusitado. En el Uruguay siempre había sido importante y más lo era ahora que estaba en Italia. Los ojos saltones le bailaban en las cuencas y bebía con fruición infinita la copita de strega que le había servido. Lo que no sé, eso sí, es si todo fue en sueños o en realidad, si murieron en sueños o en realidad. Cada día que pasa estoy más confundido.

Ahora pende la amenaza de mi hermano. Esto tengo que evitarlo de cualquier manera. Aunque sea recurriendo a la mentira o incluso a la rotura de relaciones con él. Le diré si cuadra que no quiero que venga, que no deseo verlo bajo ningún concepto. Que siempre fue el mismo ventajero y que siempre esperaba que me fuera bien para aprovecharse. Así quizá me lo saque de encima, y le evite lo peor.

Mañana me voy de aquí. Hoy, o algún hoy que no sé si es reciente o pasado, porque no sé más lo que es el tiempo, he hablado con María. Mejor dicho: he intentado hablar. La he increpado duramente. He querido saber por qué es tan mala, tan cruel, con mis amigos. Me ha parecido que sollozaba. La gente no sabe que las sillas sollozan.

Todo me parece una extraña pesadilla. Y yo en ella entre los objetos. ¿Por qué tantos objetos? ¿Por qué un mundo tan heterogéneo? Creo que los objetos y las ideas me están torturando. Veo créditos, diccionarios, ecuaciones, colas de conejos, aplanadoras, cuadros de Picasso, strawberry pie, oigo discursos sobre la libertad y la justicia, estoy en mesas redondas sobre la paz, siento a alguien que dice que todos los hombres somos iguales antes de ser desiguales, contemplo la luna en cuarto menguante y veo llegar a algunos jinetes en mula. Antes de irme le doy una patada a María y la parto en pedazos y los pedazos van a parar a todas partes.

No he podido evitar nada. Todos, mi hermano, Don Pedro, Doña Irma y María están desintegrados en un mundo de cosas extrañas. Tengo que irme porque hasta Ema Zunz y su amante pueden venir a verme y yo no sé qué haré.

Antes de partir he leído un titular de La Stampa. "Domestica arrestata per avvelenamento di famiglia in Via Acqua Bullicante". La curiosidad me ha llamado la atención y he leído el hombre: Luigia Ruperti. Podría ser mi doméstica. Creo que se llamaba Luigia.

Ahora estoy en el tren. Me voy definitivamente.

Hay otros titulares en el diario, pero no me interesan. Pienso en María y en la crueldad humana. La he destrozado a patadas; pobrecita, la única y verdadera amiga que tenía.

Antes de irme pude interpretar la nueva poesía mecánica: Mb (margen bruto) era igual a 1 menos r (tasa de interés) y todo ello multiplicado por t (tasa de interés activa) menos tasa de interés pasiva.

Las generaciones románticas jamás hubieran podido sentir y apreciar la belleza del verso formulaico. Y ahora sólo los verdaderos artistas, los hombres de negocios, los ejecutivos podían tener acceso a ellos. Los poetas sin máquinas y sin dinero ya no lograban competir en un mundo de transferencia de tecnología e informática.

María misma era un producto del pasado, una celosa,

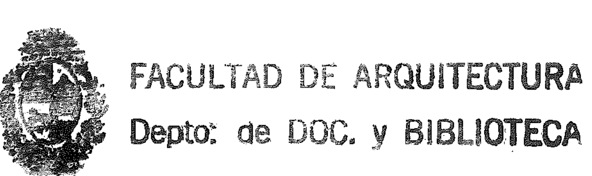
que nunca podría comprender un buen verso mecánico:

La tasa de interés negativo
menos el valor neto actualizado
vaticina el producto interno bruto
más la fuerza de flexibilidad laboral.

Hoy he ido a pasear a la plaza Lafone. Ha pasado un año. He llevado un sobre celeste que he encontrado entre las cosas traídas de Italia. El sobre dice: "Para Roberto. De María". No he querido saber cómo murieron mis amigos. No he querido saber si fueron los celos de María o la locura de Luigia. Al fin lo he abierto. No he encontrado ninguna carta, sólo he hallado una poesía de amor y celos. Ahora realmente no sé si las computisas podrán competir con las poetisas. No sé si se logrará prescindir de la locura del amor y de las grandes ceremonias. Y de la felicidad. Y del caos humano.

1975

JUANCITO



моим друзьям Марте и
Николаю Алтуховым.

Los mejores momentos de su vida los pasaba en la noche. El batallar de la vida durante el día lo achicaba, casi lo aniquilaba. Por eso, para él no había nada mejor que la noche. El día era violento, la luz del sol lo enceguecía, lo paralizaba casi; la noche en cambio lo acariciaba, lo envolvía en su suave manto de misterio y lo conducía a otros mundos. Metido en cualquier rincón penumbroso o inclinado bajo la luz débil y amarillenta de su vieja lámpara, se sentía renacer, se veía transportado a la región de lo sublime. Un libro cualquiera bastaba para calmarlo, para ponerlo en un estado de felicidad casi beatífica, inefable. Pero la perfección, la sensación de dicha infinita, la hallaba en el sueño. Allí era dueño de todo, era señor de todas las cosas y las personas, y lo que en la vida diaria era agresividad, dureza, dolor, se transformaba en facilidad, triunfo, calor humano. Todo le sonreía. Una noche la pasaba en un lugar paradisíaco del Pacífico, otra en un soñado hotel de Miami Beach, una tercera en Montecarlo, haciendo la vida más fastuosa, esa vida de artistas y grandes hombres que sólo alguna vez había intuido o imaginado hojeando Paris Match, o Gente, o L'Europeo. ¡Qué hermosas

eran las noches!, ¡qué maravilloso era imaginarse vestido de smoking entre gente de mundo, entre exóticas mujeres, en suntuosos hoteles de Hawaii, en una atmósfera ideal, de semipenumbra, de vegetación acariciante! Adentro el ritmo incesante de la música más embriagadora, afuera en las mesas, entre las palmeras oceánicas, las parejas abstraídas en un éxtasis de amor, el relucir de copas de whisky, de vasos de martini, la infinita bóveda del cielo estrellado del Pacífico. ¡Qué contraste con la tristeza arrabalera de su medio, del tango, de Pichuco y el bandoneón que gemía y gemía!

Ultimamente había sido Elisabeth la imagen recurrente. Las grandes fiestas, los fastuosos hoteles, la vida del gran mundo, habían dejado su puesto nocturno a Elisabeth. No podía deshacerse de ella y volvía sin querer a su juventud y a sus deseos sencillos de muchacho de barrio. La veía esperar el ómnibus con él en Av. Brasil y Ellauri. Hacía frío, ese frío traicionero y penetrante de los inviernos montevideanos y veía a Elisabeth con su tapado gris y sus botitas marrones. Esperaba el 121. La noche era lo único que codiciaba. Vivía para la noche, para entregarse al ensueño. La vida diurna se le antojaba prosaica, irrespetuosa, insoportable. Los seres humanos y las cosas le parecían demasiado duros y quería huir de ellos, de su realidad, de esa realidad que imaginaba cuadrada, obtusa, sin fantasía.

Para gozar mejor de la noche, sobre la cama se había hecho instalar un palio. Era una cama de dos plazas, un tálamo se diría, que podía recorrer feliz de un lado a otro y dormir en la posición que mejor le viniera, acurrucado, extendido de Sur a Norte o de Este a Oeste o como fuera. Y el palio era bajo y cubierto de cortinas oscuras por todos los lados. Nadie podía molestarlo, ningún espíritu maléfico se infiltraba en sus sueños y gozaba así de una vida onírica intensa, rica en aventuras, en conquistas, en placeres que los pobres humanos, en su escuálida y miserable rutina cotidiana, jamás imaginaban. Lo extraordinario, sin embargo, era que ahora que se había hecho instalar el palio tenía in mente grandes planes. Y no había fuerza en el mundo que lo obligara a dejar de cumplirlos.

Quizá el plan mayor de Juancito era su casamiento. Sus relaciones nocturnas con Elisabeth eran cada vez más firmes, al punto de que noche a noche no bien ponía la cabeza sobre la almohada se veía con ella y presentía todo el placer de la intensa vida espiritual que le deparaba el futuro.

Hacía un tiempo que se había animado a saludarla y ella hasta le había sonreído. Y pocos días después le había dirigido unas palabras de amistad y había tenido éxito. Sí, había tenido éxito y estaba radiante. Mientras esperaba el 121 se había atrevido a decirle:

—Lindo día.

Y ella le había replicado:

—Sí, lindo día.

Después de eso había pasado unos días maravillosos. La había invitado a salir y ella había aceptado. Aunque en la realidad de la vida las cosas jamás se habían concretado y jamás habían pasado de la etapa de la mirada furtiva (en la calle ella ni reparaba en él), el proceso ensoñativo adelantaba viento en poca y en definitiva eso era lo que contaba. Cuando ella se distraía en el ómnibus, él la miraba y se emocionaba, se sentía en otro mundo. La cabellera rubio oscuro de Elisabeth y su tez color de miel lo imponían, lo hacían casi temblar y por momentos se turbaba. A veces algún pasajero le decía: "¿le pasa algo, joven?" y él volvía a la realidad como tocado por una varita mágica. La realidad, la misteriosa realidad, lo transformaba de nuevo y él procuraba mirar para otro lado para no turbarse.

En setiembre, cuando los árboles comenzaban a echar sus primeros brotes, ya había incluso salido con Elisabeth y todo marchaba magníficamente. Un día incluso se animó a darle un beso en la mano. Fue un beso ingenuo, un beso puro, un beso allende el pecado, porque él no concebía relaciones que no fueran de tipo espiritual. Fue un beso sin dobleces, pero un beso al fin.

Las semanas pasaban. Ahora cada vez se acostaba más temprano. Generalmente comía un huevito pasado por agua y una papa hervida y se compraba un pancito. Y se hacía un

vasito de té con una bolsita que compraba por docena para ahorrar un poco. Eso era todo. Y era feliz. Feliz en ese pequeño mundo de sus ensueños. Los vecinos de la pensión a veces lo molestaban con los ruidos de la radio a todo lo que daba (algún radioteatro de mala muerte) y debía esperar horas para conciliar el sueño y estar con Elisabeth. Siempre pensaba decirles algo a los vecinos pero no se atrevía. La gente era muy agresiva y él prefería sufrir.

Los domingos no sabía qué hacer. Dormir tantas horas no podía. De mañana procuraba levantarse tarde para gozar lo más posible de la cama, pero el resto del día, la tarde, era interminable. Casi era mejor estar en el empleo, anotar pedidos en el cuartito de la droguería, que vagar horas y horas esperando el momento de recogerse.

Algunos domingos de tarde se tomaba el 121 y marchaba al centro. Se hacía la idea de que iba también Elisabeth y era feliz. Cuando llegaba a Convención bajaba y caminaba unas cuadras. Hacía el mismo camino habitual de Elizabeth. Ese camino que tantas y tantas veces había hecho detrás de ella, a 40 ó 50 metros. Luego se detenía frente al Edificio Niza, se plantaba en la acera de enfrente y miraba. Ahora nadie lo molestaba. Imaginaba que Elisabeth estaba allí y que pronto se asomaría a la ventana de su oficina y le sonreiría. ¡Era tan feliz! Pocos en el mundo podían sentirse tan realizados.

El tiempo pasaba. Pasaban los minutos, pasaban las horas y él no se daba cuenta. Al fin abandonaba su apostadero y sus ensueños y se volvía. Generalmente tomaba un café en 18 y Convención y se compraba un diario. Raramente leía. Por lo general ponía la cabeza entre las grandes hojas e imaginaba de nuevo a Elizabeth. Sorbo a sorbo iba terminando el café mientras la imaginación le bullía. ¡Era tan feliz! Al día siguiente, cuando empuñaba la libreta de pedidos de la droguería, se sentía transportado al café, a la ceremonia del café. Estar entre la gente, oír hablar en todos los tonos e intensidades y ensoñar, pensar en Elisabeth, lo calmaba. Imaginaba el domingo siguiente, la visita al Edificio Niza, la sonrisa de Eli, la ceremonia del café. ¡Qué hermosa era la vida!

Luego volvía a casa y comía el huevito pasado por agua

y la papa que le tenía preparada Doña María. ¡Pobre Doña María! Desde hacía unos meses, quizá años, no conversaba con ella. Lo más que hacía era intercambiar los buenos días y las buenas noches, decir dos palabras sobre el tiempo y pedir lo que necesitaba –un vaso de agua, una servilleta, un escarbadientes.

Un día desapareció Eli del recorrido. No la vio más en la esquina del barrio a la hora de ir a la oficina. Primero pensó que estaría enferma y luego, con el pasar de los días, empezó a desesperar. Elisabeth no volvió más. Ahora Juan intentaba lo indecible. Cada fin de semana se iba a un barrio distinto. Los domingos tempranito, esos domingos invernales fríos y tristes, de árboles pelados y doloridos que parecían lanzar una plegaria al cielo, se iba a cualquier lado y buscaba hallar a Elisabeth. Conoció así hasta los lugares más recónditos de la ciudad. Ni siquiera los cantegriles de Aparicio Saravia y de Isla de Gaspar se salvaron de sus pesquisas. En noviembre los tenues soles del invierno se transformaron en fuertes calores y él seguía su recorrida. Ahora caminaba incluso junto a los basurales de Oncativo en busca de Eli. Luego llegaba felizmente la noche y con ella la cama y los ensueños y todo lo que le faltaba en la realidad. Eli aparecía siempre. Era rubia y pálida como él la había conocido y siempre lo acompañaba a pasear. El apenas si se animaba a hablar. Le bastaba con contemplarla. Era un placer inefable mirar sus ojos. ¡Qué linda era la vida! Y continuaba caminando junto a Eli por un sendero bordeado de árboles en el Parque Rodó.

Después de unos años la imagen de Elisabeth se borró. La búsqueda cedió su puesto a la tranquilidad del hogar, o mejor dicho, de la pieza de la pensión. El trabajo era una actividad tan sin interés que no veía el momento de salir de la droguería. Sin embargo, era el modus vivendi y había que aceptarlo. Tenía que quemar ocho horas por día entre seres insensibles y groseros que sólo hablaban de fútbol y carreras y se había hecho a la idea de que eso era inevitable.

La vida, con todo, tenía sus encantos Le agradaba sentarse en la vetusta cocina por la noche y comer el eterno huevito pasado por agua que le preparaba Doña María. Mi-

raba el vapor que salía de la olla de caldo y se sentía seguro en aquel ambiente con olores a verdura. La rutina tenía su placer. Muchos no lo creían pero era así. Por lo menos, en ella no se producían agitaciones violentas ni choques emocionales fuertes. ¡Había acaso algo más sublime que comer el huevo pasado por agua de a poquito... que mojar el pancito en el amarillo entre claro y blando de la yema impregnada de sal! ¡Qué cosas lindas tenía la vida!, ¡qué cosas lindas que nadie sabía comprender! El no hablaba con nadie, pero gozaba enormemente en su rincón de la cocina. Sobre todo cuando Doña María le agregaba un trocito de salchichón español que compraba en la feria. Los compañeros de trabajo seguro que no pensaban en la grandeza de estas cosas tan sencillas pero tan profundas.

Un domingo de otoño cumplió 50 años. Nada menos que medio siglo. Se libró muy bien de hacer el menor comentario. Por lo demás, ¿con quién podía hacerlo? Quiso festejar de algún modo el enorme acontecimiento y se le ocurrió algo inusitado. Algo que quizá le rondaba la imaginación desde hacía mucho tiempo.

Muy de mañanita, a las 8, se levantó y se vistió. Doña María ni siquiera lo oyó. Era domingo y dormía siempre hasta las 9. Lentamente salió a la calle y se puso a caminar. El plan que tenía no lo dejaba tranquilo. De algún modo debía ver a Elisabeth. El corazón le decía que ahora la encontraría. Tomó el ómnibus y se hundió en un asiento medio roto. Los árboles y el monótono color blanco tiza de las puertas comenzaron a desfilar. Por momentos su mente se fijaba casi inconsciente en alguna acusación política estampada en las paredes. Para él no tenía importancia. Las iras partidistas estaban más allá de su interés. De pronto surgió el obelisco y luego los viejos y nuevos edificios de 18 mezclados sin orden, sin sentido, sin perspectiva. Como antes bajó en Convención. Y como antes también, caminó unos metros y se apostó junto al árbol de antaño frente al Edificio Niza. Estuvo horas en el mismo lugar. Su corazón le decía que Elisabeth tenía que salir. El viejo árbol parecía querer hablarle: "¿Volviste después de tanto tiempo? ¿Has sido feliz todos estos años? O, ¿has sido un mero espectador de la vida como yo?" Pronto llegó el mediodía. La calle se animó un poco. Iban y venían hombres y mujeres con paquetes de los negocios del barrio y llegaban a sus narices olorcillos de pastas y carnes recién elaboradas y de pollos al espiedo. Nada lo hacía ceder. Su destino estaba allí. Elisabeth tendría que salir y no cabía duda. Llegaron las 4 de la tarde, luego las 5, y ahora se sentía embriagado por el olor de chocolates y masas finas de la confitería de la cuadra. Y las risas de los viandantes que gozaban de los placeres del buen diente herían su sensibilidad pero no lo hacían ceder.

Cuando comenzó a anochecer, tuvo la primera impresión de que había perdido el tiempo. Con todo no se doblegó. Un atisbo de esperanza lo venció. Volvió a mirar hacia la puerta y otra vez tuvo la seguridad de que Eli pronto saldría por allí y que le sonreiría y hasta le hablaría. Llegaron las 8 y luego las 9 y al fin las 10. Los canillas acurrucados en las esquinas vendían los últimos diarios de la noche. Se veía que querían irse a sus tugurios.

Por fin decidió que debía volver a casa. Vaciló unos instantes y finalmente se puso en marcha, las manos en los bolsillos del pantalón, el ala del sombrero vuelta hacia abajo. Eli no había aparecido, era una sombra del pasado, una visión de lo imposible, de lo inalcanzable. Para qué preocuparse si luego en el sueño estaría sin falta junto a ella. El solo pensarlo le alegraba el espíritu y era de nuevo un hombre feliz.

La experiencia había terminado y se volvía. Ni se acordaba ya de que había cumplido 50 años, más de 18 mil días de vida, de vida bastante parecida. Como tantas veces, se metió ahora en el café de 18 y Convención y pidió un cortado en pocillo. Había pasado una tarde muy extraña y ya ni hambre tenía.

Siempre que se sentaba en el café pasaba unos instantes iniciales muy molestos. Se le hacía que todos lo miraban y que en su fuero interno (en lo más hondo) se reían de él, de su cara rojiza, de su pelo ensortijado como el de un corderito (y ahora para peor canoso y como avejentado), y de sus ojos pequeñitos, pequeñitos que le daban un aspecto de cerdo. Echó una primera mirada furtiva y no pasó nada.

Transcurrieron unos minutos, los minutos iniciales, de adaptación al ambiente, y comenzó a tranquilizarse y a no desear fugar. Levantó de nuevo la vista con cautela y empezó a mirar aquí y allá, a dominar el panorama. Pensó que las miradas burlonas de la gente ya no lo acosaban y se sintió bien.

Frente a su mesa, un cuarentón gordo y pelado sorbía un gran vaso de cerveza mientras devoraba enormes pedazos de pizza con muzzarella al tiempo que hacía señas al mozo sin duda para pedirle algo más. Una mujer achinada, tal vez una empleada de familia, hablaba sin interrupción. Del otro lado, del lado de 18, una mujer rubia con dos niños también rubios tomaban cocacola y comían unos sandwiches. Juan detuvo su mirada en la mujer y hurgó en sus recuerdos. Los niños reían y la madre los oía y los miraba. Juan prosiguió su investigación. Miró largo rato a la mujer que estaba de perfil y finalmente creyó reconocerla. Su corazón comenzó a latir. Era Elisabeth. El pobre ni se movió. Quedó petrificado. Ni siquiera pudo responderle al mozo que le dijo.

—¿Desea algo más?

—No, no, no —exclamó el pobre farfullando monosílabos.

—Acá no estamos para perder el tiempo con idiotas —replicó el mozo y se alejó iracundo de la mesa.

Juan se quedó un rato observando. Su deseo de verla y abordarla y de contemplar su sonrisa se había transformado en miedo, en un miedo que le atravesaba el alma y le llegaba hasta las vísceras.

Elisabeth había cambiado mucho. Los 20 y pico de años que habían pasado desde la última vez que la había visto la habían cambiado mucho. Era Elisabeth, la misma Elisabeth, sin duda, pero era otra persona también. Juan comenzó a verse y a ver todo agolpadamente en retrospectiva. El patio de la vieja casa de la calle Berro, el altillo y la cama donde dormía, los veranos bochornosos hasta la tortura y los inviernos con un frío húmedo que calaba los huesos. Y luego en la esquina Elisabeth, la Elisabeth que esperaba el ómnibus. Día tras día, mes tras mes, año tras año. Y él que no podía, que no se atrevía a hacer nada. El que la contemplaba y la contemplaba. Sus piernas perfectas, su tez de piel anacarada, sus cabellos rubios naturales. Algún día iba a hablarle. No había más que esperar la oportunidad. Naturalmente... había que prepararse y preparar lo que le diría. Pasó años ideando el modo de abordar a su amada, porque desde el primer día ella había sido su amada. Primero había pensado que podía empezar con la palabra "señorita"; luego con "joven"; después con un simple "buenas tardes". Pero el contenido de las primeras frases, ¿cómo podría ser?, ¿qué podría decirle? Declararle de entrada su amor no le parecía acertado. Era incluso agresivo. A las mujeres había que tratarlas con tacto y sabiduría. Eran el sexo débil y había que ser sutil. Al menos eso era lo que decía la gente. Lo mejor por lo tanto sería pedirle una entrevista. Una cita le resultaba grosero. Pero cómo pedírsela sin charlar antes un rato con ella, sin hablar antes de generalidades. La cosa era difícil. Los meses pasaban y no conseguía idear ningún tipo de abordaje. Sin embargo no dejaba de verla, de mirarla a hurtadillas, hasta de desearla. Sólo que cuando pensaba en esto se ponía furioso por su agresividad animalesca y se maldecía, se odiaba, porque racionalmente no concebía otro género de amor que el amor espiritual.

Ahora la tenía de nuevo ante su vista. Naturalmente, era otra mujer, pero con todo era la misma. El cuerpo cambia, pero el alma no, pensó. Otra vez comenzó a cavilar. Elisabeth nunca había sido de él. Ni siquiera se había dignado a mirarlo una vez. ¿Sería tan insignificante? El en cambio la había amado en silencio, le había dedicado todos sus pensamientos de años y años y sus ensueños, esos hermosos ensueños de su vida cerrada y extraña. La había idolatrado. Y ella seguramente se había cansado de hacer el amor con el padre de esas criaturas. De hacer el amor casi automáticamente, como una gallina. De hacer el amor, ese asco que es el amor, en tantas y tantas noches que él dolorido en su cama de palio la imaginaba etérea e inmaculada.

Nuevamente miró hacia la mesa de Elisabeth y vio que estaba pagando. Levantó la tacita de café y sorbió un poquito del negro líquido. Miró alrededor. Elisabeth y los hijos se alejaban. A través de la ventana veía la cabeza rubia de ella. Era la última visión. Muchas veces había pensado en el ine-

vitable desarrollo de los acontecimientos y había deseado que todo se detuviera. Ahora se sentía como si deseara que el tiempo dejara de transcurrir. Deseaba que Elisabeth y los niños se quedaran allí. Que no se fueran, que el café nunca se agotara en su tacita, que la gente no cesara de conversar, que la vida no pasara más. Pero Elisabeth ya desaparecía más allá de un coche y no volvería más. Lo último de ella que llegó a su retina fue el hombro izquierdo que pasó a sumergirse de inmediato en el pasado, en la historia de sus futuras meditaciones.

— — — —

Ultimamente Juancito ha cambiado de idea. Siente que no desea la noche. Es más: la teme. La semana pasada retiró el palio. Y la cama la vendió. Ha decidido no dormir más en cama. Ya estaba harto de sueños y ensueños. ¿Qué ganaba con ellos? ¿La felicidad? Pues, no. O quizá no.

Antes todo era diferente. Pensaba en su porvenir, en su porvenir grande y gozoso, y la cama, la intimidad del palio, lo ayudaban a aislarse y a crearse una atmósfera de fantasía. Ahora todo ha cambiado. Pasa horas y horas en vela en la estrecha habitación (de paredes verde oscuro y cielo raso gris) que alquila desde hace tanto tiempo.

Hoy se ha puesto a mirar lo poco que tiene, los mudos objetos que lo acompañan y que jamás le dicen algo. En el centro la mesita y en el medio de la habitación una lamparilla sin fuerza, como desfalleciente, que pende desolada entre las cuatro paredes verdeoscuras y llenas de humedades que dibujan extrañas figuras en el revoque semi-roído del techo. En un rincón la mecedora, la vieja mecedora de esterilla española que heredó de su madre. En el otro un baúl descolorido y vetusto que ya no recuerda cómo llegó allí.

Desde hace unas semanas pasa las noches allí. Bueno, a veces toma las cartas y juega un solitario. Desea ansiosamente que pasen las horas. Su ideal es no dormir más, es dehacer el tiempo. Pero no puede. No puede romper las leyes de este mundo. No sabe cómo pero teme dormirse profundamente.

Teme abandonar el estado de vigilia, de apartarse de los inescrutables objetos de su habitación. Antes se entregaba a los sueños; ahora no sabe por qué, pero tiene un miedo cerval. Piensa en monstruos y en seres sobrenaturales. Siente que lo circundan, que lo acechan por toda la casa y que quieren meterse en su pieza. Elisabeth ya ni pasa por su conciencia. Mejor dicho, en su inconsciente Elisabeth se ha convertido en un ser malo y peligroso y debe cuidarse de ella.

Duerme muy mal. Mejor dicho, vela muy mal, porque intenta no dormir y no lo consigue. Ese ser monstruoso que anda por los corredores de la casa puede venir en cualquier momento a exigirle explicaciones e incluso a ultimarlo.

A veces se le oye gemir. Doña María al menos ha oído lamentos que vienen de su cuarto y no sabe qué pasa. La buena anciana piensa muchas cosas y luego se retira a su pieza.

A veces, Juan se levanta, se pone el sobretodo y la bufanda y sale a caminar por el barrio. No le importa que sea tarde o que haga frío. No le importa tampoco que esté oscuro, que las calles sean una boca de lobo. Generalmente se va hasta el Parque Rodó y camina por entre los senderos más alejados y mira el agua del lago. A esa hora no hay nadie. Sólo algún gato solitario cruza fugazmente el camino. Hace mucho frío. El frío siempre húmedo y pegajoso de los inviernos montevideanos. Pensamientos y más pensamientos bullen y se entrecruzan en su mente. Se serena un poco y vuelve. Se sienta en la mecedora. Intenta no dormir porque quiere evitar la visión que lo atormenta por las noches. Siente leves ruidos en el corredor y se prepara para cualquier cosa. No quiere morir. De mañana amanece amodorrado, semidormido, vencido por el sueño, pero se repone. Ayer mientras se mecía no pudo evitar volver con el pensamiento al barrio y hasta pensó en Elisabeth. Los muchachos nunca lo quisieron de amigo. Siempre le tiraban tomates y a veces hasta piedras. Nunca supo por qué le decían idiota. En la droguería siempre había trabajado bien, siempre había hecho bien las boletas. Y en el bazar siempre había plumereado bien y limpiado con

entusiasmo la loza y la porcelana extranjera. Y los artículos de platería siempre los había dejado como nuevos cuando los lustraba. No, no era un idiota entonces. Los que lo conocían desde afuera lo creían un idiota porque no conocían su vida interior. Además siempre había amado a Elisabeth. Por eso se sentía realizado. Sólo que la vida, el rodar de las cosas y de las circunstancias, siempre lo habían hecho retroceder, enmudecer. Pero ¿es que sería la vida y las circunstancias las que lo empequeñecían y aniquilaban, o sería él el que empequeñecía y aniquilaba a las circunstancias? ¿Cómo era que algunos triunfaban y conquistaban todo lo que querían? No encontraba solución a sus incógnitas y sufría. Ante la gente prefería callar a hablar. (¿Total de qué servía hablar, querer comunicarse?) Pero se afirmaba a sí mismo que tenía sentimientos, grandes sentimientos, y que no era un idiota. Lástima que nunca le habían dado oportunidad de expresarse. Nadie le preguntaba nada. Tenía tantas cosas interesantes que decir. Por ejemplo: tenía que decir que amaba y deseaba la amistad y la compañía de la gente. Pero cómo empezar a decir algo si lo trataban de idiota. En el bazar desde el primer día lo habían basureado. Por eso jamás había hablado. Ni siquiera cuando había roto la jarra de leche y lo habían insultado. Le bastaba con unos monosílabos —sí, no, bueno—. Nadie lo comprendía. Recordaba el día que había cumplido diez años. Su padre lo había llamado y le había dicho: "No seas tan tímido Juancito. Mirá que a los tímidos todos les caminan por encima. Si te dan una patada contestá con dos". Luego de eso, poco tiempo después, el padre había muerto y desde entonces no había tenido ningún consejero. La madre lo había dejado con una tía vieja y así se había criado. Un día a los 12 años habló unas palabras con un zapatero armenio. Nunca supo cómo se animó. Era un hombre muy simpático y quizá ello influyó para que él se abriera por unos instantes. Era muy halagador y chistoso. Además tenía un notable sentido del humor. Todavía hoy recuerda lo que le dijo. Era una frase hecha o un refrán armenio que le impresionó mucho y que hubiera querido contar a todo el mundo:

La imbecilidad
Es un don del cielo
Conviene sin embargo
No hacer mucho uso de ella

Ahora Juan cada vez duerme menos. Al menos así lo cree él. No quiere ni siquiera volver al pasado, a ese pasado que le daba fuerzas para luchar. No quiere dormir porque teme caer en el segundo círculo y sabe que de allí no saldría jamás. En algún lado leyó una vez que del sueño normal, del sueño gozoso y paradisíaco se puede pasar al segundo círculo de ensueños y que de ahí no se vuelve nunca más. Y leyó también que a ese círculo se pasa sin sentir, sin darse cuenta. Por eso Juan evita el sueño. Evita pasarse del sueño simple y bueno, evita llegar al mundo de los sueños sin retorno, de la eterna negrura. Allí perdería todo su dominio. Sería como caer en un pozo sin fondo. Se alejaría definitivamente de la realidad y ya no sabría más nada de nada. Ni siquiera de sí mismo, de su propio ser, de ese ser que hoy es tan suyo. Ya no podría volver a estar con los seres que conoció, con los pequeños objetos de todos los días, con la vida. No podría ni siquiera pensar en Elisabeth. El que tanto la quería y que quiere a todo... y que se siente tan querido por todo.

Ayer se sentó en la mecedora y se cuidó muy bien de no dormir. Lo más que hizo fue dormitar. Quiso estar cerquita de las cosas y de la vida. A las 10 se levantó un rato y comió un trozo de pan que le había dejado Doña María. Un trozo de pan de la mañana. Escribió un rato. Se le ocurrió que él también podía ser poeta. Todos los hombres que sienten son poetas, pensó. La lucha por la vida es la que los frustra, la que no los deja realizarse. Escribió una poesía y se sintió poeta, un gran poeta, un poeta magnífico. Y dejó la poesía en el cajón. La dejó con unas migas de pan que se le cayeron. Y pensó que no era un idiota, que era un hombre realizado, un hombre que había conocido todo, que había amado y que había sido amado.

Ya tengo la fuerza
El amor que sublima
El sable que juzga
La corola que ahuyenta
En mis manos albergo
La grandeza del sol
Benditos caminos
Agonías sin tregua
Cantaron ruidoso color
Primaveras de gloria
Felicidad
Felicidad de mi ser realizado

Hace dos noches que Juan no sale de su habitación. Doña María ha entrado hoy en su pieza. Lo ha encontrado como dormido y duro y frío. Y a su lado una hoja escrita. La pobre anciana no entiende mucho de enfermedades. Sobre la mesita de adornos de esterilla ha hallado un trozo de pan y queso y una manzana a medio comer. Una manzana oxidada. Unas moscas insidiosas vuelan en torno a los restos de comida. Doña María las ha espantado. Un moscón se ha posado en el ojo izquierdo de Juan que no se abre. Y ahora lo han imitado varias mosquitas. Una de ellas comina por su labio inferior. Otra por una hoja de poesía que yace sobre su regazo.

Todavía te veo
Tus largos cabellos rubios
Flotan al tenue viento de la plenitud
Y tú vienes hacia mí
Y te acercas.
Mientras yo espero el ómnibus
Y tú sonríes a alguien
Y mi felicidad es perfecta
Reina mía
Todavía te oigo
Y ya soy poeta
Soy tu gran poeta

Reina mía
Y tus cabellos flotan serenos
Y se aproximan y me apasionan
Y ahora son míos
Y tiemblo de tanta dicha
Me dominan
Exaltan mi felicidad
Mi eterna felicidad

Veo cómo llegas
Y cómo te vas
Veo tu hombro en la noche
Del Centro
Es lo último que me dejas
Que me entregas
Y te vas
Y me voy
Y es la felicidad

1974

EL LABURO

A mis grandes amigos porteños
Enrique R. Del Valle y
José Gobello

En el escritorio del banco, debajo del vidrio, tenía colocadas las postales de los amigos, y a veces, por prolongados instantes, perdía contacto con los clientes que se agrupaban en el mostrador y miraba con nostalgia de futuro la estatua de la libertad, el puente Verrazano o, lo que más le fascinaba, el enorme mazacote de edificios de Manhattan en una vista aérea. Desde que el país había entrado en crisis, como sostenían los pesimistas, el sueño de Martínez había sido Nueva York. Escapar, fugar de Montevideo, de ese Montevideo gris y anémico, de ese Montevideo de veredas rotas, calles deshechas, casas sin pintura, basurales inmundos y yiras mañaneras, había sido su única meta. Es que él no quería ser un Manolo más en ese mundo que se venía abajo. Quería seguir los pasos del Toto, que se había mandado mudar en el 68 y del Pocho que se había largado en el 70. ¡Ellos sí que la habían embocado! ¡Qué visión habían tenido! ¡El tiempo que hubiera ganado si se hubiera ido con ellos!

Lo extraño era que a Martínez no le iba mal, que se diga. No le pasaba como a sus amigos, que no tenían dónde



caerse muertos. Con el empleo del banco y lo que sacaba de la pizzería de la calle Justicia, nunca le faltaba plata. Por eso, como decían los viejos, no había razón para que se emberretinara tan ciegamente con Nueva York. Seguro que la plata no era todo en la vida, pero que servía no había duda. Con todo, mirándolo bien no era tanto lo que ganaba. Lo de la plata era más bien una falsa ilusión si se ponía a comparar con lo que ganaban el Toto y el Pocho. La casita de la calle Millán y Caiguá, por ejemplo, no la podía terminar de pagar. La hipoteca que había contraído para edificar en el solar de Solymar ni que pensar en saldarla. Por todo eso, porque vivía insatisfecho, porque era un insatisfecho, porque quería ser alguien, caía en la categoría de los inconformistas. Los orientales conformistas, los que iban diariamente al trabajo sin pena ni gloria, no le servían. Ahí estaba por ejemplo el Pancho. El Pancho era el uruguayo típico, si de típico podía hablarse. Hacía 15 años (desde los 20), que día tras día iba de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Sólo la pausa del sábado rompía la monotonía de su vida. Una película en algún cine del Centro, una pizzita y una cerveza en un local de 18, un par de comentarios banales con Olga y luego de vuelta en casa el polvo de reglamento y salute Garibaldi. Y los domingos, estadio en invierno y playa en verano. Y siempre el mate en piyamas en la esquina del barrio.

No, él no quería caer en ese género de vida. A veces, cuando llegaba de noche a casa y se acostaba sin mirar ni siquiera el techo de su pieza, pensaba y repensaba. Los pensamientos fluían en tropel y anticipaba su nueva vida. Brooklyn, unos días de adaptación en el bulín del Toto; Manhattan, un par de semanas de sondeo en el apartamento del Pocho. Y después, después el trabajo firme, la libertad, la guita, las minas... Basta de vida gris, de vida montevideana, porque aunque hasta ahora hubiera estado forzado a recibir y controlar cheques y a hacer pizza, fainá y olímpicos, no era, no se sentía un hombre gris. No era un hombre oscuro. Era un hombre con ambiciones, un hombre que quería salir del pozo.

Por eso, cuando viajaba por Millán y miraba por la ventanilla del ómnibus las calles que se perdían en lontananza de un lado y de otro, cuando meditaba en los miles y miles de figuras rutinarias que se alojaban como bichos en esas casitas lúgubres de las barriadas montevideanas, donde lo único que se oía era "vieja cebame un mate", "viejo, prendiste la tele", sentía que no podía seguir más siendo lo que era. Una vez había tenido que bajarse en Caridad y caminar cuatro cuadras. ¡Qué horror! Era invierno. Desde la calle y a través de las ventanas entreveía las escenas familiares. Un hombre, una mujer, a veces un niño, una lámpara de 25 watts, un televisor. Lo demás lo componía él con un poco de imaginación. Vacío y más vacío. Un país que no tenía más levante, una sociedad sin dinámica, avejentada, sin fuerza.

Por eso quería irse, por todo eso. Por eso luchaba, libraba una lucha dantesca. Porque llevaba dos Martínez adentro. Uno, el empleado de banco, el pizzero, el repostero, era el hombre gris, el uruguayo, el que lo llamaba quejumbrosamente desde las reconditeces del alma; el otro, el hombre de Nueva York, el ejecutivo, era el hombre de mundo, el hombre de triunfos, el hombre ecuménico, el que le hablaba engatusadoramente al oído y lo persuadía de las grandezas de la vida en los EE.UU. El siempre había confiado que el hombre de mundo, el hombre de acción vencería y ahora veía que ya le faltaba poco para que se cumpliera el presagio. El hombre grandioso que llevaba en su ser se levantaría un día y estrangularía al hombre gris, mezquino, insignificante, al hombre montevideano.

— — — —

Cuando llegó a Nueva York el año pasado, el problema fue el inglés. Luego fue la gente. Después fue la ciudad. Toda la ciudad se le vino literalmente encima como un inmenso monstruo que no le daba un momento de respiro y que no podía comprender. Los primeros domingos se desahogó como pudo escribiéndole a Manolo.

"Querido Gaita:

¿Querías una primera impresión de esto? Creo que para darte una primera impresión de Nueva York, debería haber llegado aquí hace tres o cuatro meses. Tan grande es todo aquí que los pocos días que llevo de estadía no son suficientes para decir mucho. La construcción en general es muy similar en todos los barrios de Manhattan (en el Centro por lo menos) y sus rascacielos se diferencian del resto. Estos gigantes de hierro y mampostería son imponentes a una escala que no es humana, al menos para el habitante de nuestro país. En los barrios predominan los grandes edificios de apartamentos (15 ó 20 pisos), casi todos de ladrillo visto, cuadra tras cuadra, lo que da la impresión de enormes colmenas, de infinitas y monótonas colmenas, donde los hombres se alojan como insectos y encuentran su celda ciegamente, casi como por intuición. Más allá de los grandes barrios, la edificación se empequeñece. Son los barrios de casas de madera (los más) y son millones. Cada cuadra tiene sus casas, iguales por lo general, y la cuadra siguiente tiene una pequeña variación. Fui a conocer barrios de negros y portorriqueños y ahí sí que se te caen las medias. Tienen las

mismas casas que el resto de la población, pero viniéndose abajo, sin vidrios, con mugre en las calles (lo que aquí llama la atención) y ramilletes de negros sonrientes en la puerta. Se visten como si fuera siempre carnaval, aunque los blancos también. La droga se los lleva como moscas. Es interesante ver los barrios que abandonaron los blancos y que ahora usan los negros (los blancos los abandonan cuando se empiezan a infiltrar los negros). Cuadras y cuadras de tiendas, con vidrieras vacías, todo abandonado como una ciudad que hubiera sido liquidada por la peste.

Aquí son todos racistas: los blancos, los negros, los portorros (portorriqueños) y hasta los uruguayos. Los negros son odiados, menospreciados y temidos; sobre todo temidos. Los latinos son menospreciados y no temidos, por lo cual estamos más abajo en la escala. Te voy a dar un ejemplo. La colonia portorriqueña es espantosa, culturalmente sobre todo. Son de un nivel tan chato, que hablan una lengua que no es español ni inglés. Te castellanizan las palabras inglesas y queda un cocoliche infernal.

Yo estoy trabajando fuerte para tratar de pagarme el viaje. Ya en otra carta te hablaré de mi trabajo. Si Francisco aún quiere venir, que espere un

poco, pues pienso que en un mes se va a aclarar un poco el panorama.

Salute."

Más tarde empezó a recorrer la ciudad. Greenwich Village con sus locales estrafalarios, sus borrachos iconoclastas, sus vagabundos meados y yacientes sobre las aceras. Times Square con sus luces de neón y su hormigueo incesante de gentes, Rockefeller Center con sus edificios de los años 30 que se pierden en la infinidad del cielo. Y todo en una atmósfera humana diferente, en una atmósfera huraña, inexplicable, cuyos valores morales y sociales contrastaban con los que desde niño había bebido en Montevideo; todo en un mundo duro y agresivo que se le abría a la experiencia como algo inasible, brusco, hostil. Porque aquí todo era hostil, todo chocaba. Hasta la expresión de las caras, de esas caras newyorkinas que parecían talladas en piedra de tonos azules, moldeadas en una bigornia del infierno, duras, sin alma.

Lo que más le impresionaba eran los grandes edificios suburbanos, los edificios de Queens, de Brooklyn, o de cualquier barrio. Cuando el subte salía a la superficie, no le alcanzaban los ojos, los ojos del alma, para mirar y buscar comprender ese mundo. Todo era como un interminable panal subdividido en cientos y miles de panales pequeños. No comprendía cómo los hombres podían vivir allí, como abejas. De día trabajaban incesantes y febriles; de noche se recluían en el alvéolo del apartamento. Y allí, entre cuatro paredes siempre iguales, frente a alguna reproducción siempre igual de Picasso o de Renoir o de White, comprada en un supermercado, hacían el amor siempre igual y comían las mismas conservas enlatadas siempre iguales y cuando llegaban las Navidades ponían las lucecitas siempre iguales y decían las mismas palabras siempre iguales. Así era el mundo nuevo, el mundo nuevo que habían inventado los hombres, el mundo soporífero que poco a poco los hacía olvidarse de sí mismos, de sus amigos lejanos, de sus tierras.

El ya no quería oír hablar de insectos, porque los hombres eran todos como insectos. Eran unos insectos grandes con instinto de orientación, de dirección, de qué sé yo. Si no, ¿cómo podían llegar día a día al mismo lugar, al mismo alvéolo, que se confundía con cientos y miles de alvéolos en barriadas interminables, inexplicables, donde nadie conocía a nadie? ¡Qué manera de vivir habían inventado los hombres!

Todo esto era mucho para él, para el muchacho de Millán y Caiguá; era mucho para el bancario del Cordón, para el pizzero de la calle Justicia. Y aunque, como siempre sostenía, no fuera un hombre del tipo conformista, del tipo de la infaltable función de cine sabatina y del mate dominguero, aunque se sintiera lo que se dice un ciudadano moderno, un individuo con inclinaciones a sociedad de consumo, Nueva York era mucho para él. Menos mal que la compañía del Toto en Brooklyn primero y del Pocho en la 14 y la 8va. después, lo salvaron del primer impacto, del primer mazazo demoledor de la soledad. Es que New York se imponía. Con su incesante automatismo de máquina, con su ritmo y su frialdad comercial, casi mafiosa, se imponía; apabullaba a cualquiera que fuese, aunque se tratase de un inconformista, de un luchador lanzado en pos del progreso, de una meta ambiciosa, y lo detenía, lo desaceleraba.

El trabajo que había conseguido estaba muy bien pago. Con todo, cuando se lo ofrecieron tuvo que pensarlo más de un día antes de aceptarlo. Ante todo, ¿qué dirían los viejos?, ¿qué pensarían los amigos, los muchachos de la barra de Justicia, cuando se enteraran? Por eso, la tarde que habló con el gerente de la American Funeral Home, Inc. en Lexington Avenue y le comunicó su aceptación, no bien pudo se volvió al apartamento y se tumbó y se revolvió en la cama más de una hora y luego pasó una noche febril. Veía almas que tomaban la forma de esperpentos y que le sonreían con una sonrisa mefistofélica, veía a los amigos de la barra riéndose a carcajadas mientras él le daba a la maquinilla y le daba como si estuviera cumpliendo algún castigo dantesco. Eran unas caras azules, violetas, grises. Unas caras por momentos sin

ojos, unas caras como de otro mundo. ¿Cómo escribirles a los viejos? ¿Cómo contarles de su trabajo? ¡El, el muchacho de barrio, el bancario del Cordón, el pizzero de Justicia, metido ahora en semejante tipo de trabajo!

Cuando don Juan y doña Pepa empezaron a recibir plata y más plata, cuando empezaron a pagar la hipoteca, comenzaron de inmediato a preguntarse ya preguntarle qué ocurría, de dónde sacaba tanto dinero. Lo malo era que los días pasaban, las semanas pasaban, y Martínez, el Palito, como le decían en el barrio, no comunicaba nada. Las cartas no faltaban, pero eran breves, a veces telegráficas. Se leía entre líneas una especie de querer ocultar algo. Los viejos vivían en permanente suspenso mientras los dólares afluían y afluían. En un momento don Juan llegó a pensar que su hijo estaba metido en negocios turbios y qué sé yo qué otras cosas y hasta llegó a hablar con la vieja seriamente del asunto y de hacerse un viaje a Nueva York para ver personalmente qué pasaba.

—Esto yo no tiene nombre —decía la vieja en voz alta todas las noches cuando se sentaba a charlar con el viejo. ¿Por qué no se habrá quedado acá? Es verdad que tenía que trabajar en dos lugares, pero al menos estaba seguro. Ahora qué sabe uno en qué cosas andará metido.

Al día siguiente llegaron 400 dólares más y con eso se terminaba de pagar la casita de Solymar. Pero de cartas largas y expresivas, minga. Todo se reducía a "¿Qué tal viejos? Yo aquí bien, ganando bien como ven y con mucho trabajo", pero a la reiterada pregunta de siempre: "Qué hacés?, ¿Qué trabajo tenés?", ni la menor contestación.

Al único que le escribía un poco más era a Manolo. Es que con el gaita se entendía mejor que con nadie. A los viejos no les podía hacer muchos comentarios porque podían entender mal las cosas. Con la diferencia de edad no lo podían comprender. ¿Qué les iba a decir de la vida en Nueva York, de una vida tan diferente, si él mismo no conseguía comprenderla? ¿Qué les iba a decir del trabajo? Con la mentalidad de ellos no era posible interpretar el mundo moderno

Por eso no les decía nada del trabajo. Por eso y porque en realidad, visto desde cualquier ángulo, era un trabajo raro.

A Manolo le escribía, pero tampoco le pasaba muchos datos. Eran cartas más largas que las que les mandaba a los viejos, pero sólo trataban de generalidades, de lo que todos saben y dicen. Algún día, con todo, cuando se sintiera en vena, cuando todo este mundo fantasmagórico e irreal no lo obsediera más, cuando estuviera anímicamente tranquilo, se sentaría en el pequeño living del apartamento y le escribiría una carta detallada contándole todo.

Lo bravo era que los viejos seguían apremiándolo. Estaban locos por saber lo que él hacía, cómo ganaba la plata que les mandaba. Es que no era para menos. En pocos meses había pagado la hipoteca y la deuda de la casita de Solymar y ya les había pedido que hicieran pintar la casa.

La noche del 10 de diciembre no pudo más. El frío del invierno newyorkino, la magia de la atmósfera prenavideña, la nostalgia... la nostalgia del barrio y de los viejos lo vencieron. No podía más con el secreto. Había llegado al apartamento luego de un día de asqueante trabajo. Incluso se las había tenido que ver con una especie de leproso o enfermo de la piel. No aguantaba más. Le escribiría por lo menos a Manolo. Le diría lo que hacía. Le confesaría la verdad.

"Querido Gaita" —empezó

Hacía tiempo que quería escribirte. Lo que hoy te voy a decir, te ruego no lo comentes con nadie. Si hablás con los viejos no les cuentes nada. En todo caso entretenelos. Por ahora debo mantenerme un tiempo más en el empleo que tengo y hacer dólares.

Mirá, lo que desde hace tiempo quería era hablarte del laburo, de ese laburo que tanto intriga a los viejos.

Digo esto porque no hay carta en que no me pregunten qué hago. Te aseguro que cada vez que me siento a escribirles, me dan ganas de llorar y gritar. Me da vergüenza confesarles la verdad. Yo, el bancario, el pizzero de la calle Justicia, haciendo lo que hago.

¿Sabés una cosa Gaita? Estoy trabajando de peluquero. Pero esto no sería nada. Estoy trabajando de peluquero, pero de peluquero de muertos en una funeraria. Tengo que afeitar y maquillar cadáveres de americanos ricos. Tengo que trabajar con muertos de familias muy poderosas que contratan los servicios de la funeraria donde estoy empleado. A veces me paso más de una hora arreglando una cara. Quién iba a decir que iba a terminar así. Aquí, en pleno Nueva York. A veces hasta les tiño el cabello a estos seres para que luzcan mejor en el velatorio. A veces hasta sueño con mis obras. Al fin y al cabo soy un artista.

No les digas nada a los viejos.

Chau

P.D. Ultimamente me subieron de categoría. Soy el que hace los mejores trabajos de afeite y maquillaje y la gente más rica de Boston y hasta de San Francisco viene a preguntar

por mí y pide mis servicios. Me regalan incluso dinero. Esto me recuerda los tiempos de la pizzería. Era el mejor pizzero de la Comercial. Venían clientes hasta de Pocitos y Carrasco.

1973

EL PROFESOR

池達之教授

一個我的朋友

A mi amigo, el profesor Da-che Chi

Lo que pasa es que el mundo ha cambiado y ahora no soy nadie; mejor dicho, soy un anciano enclenque y con mucha sabiduría acumulada, pero sin pelo y con dientes postizos, con unos dientes postizos que de tan descuajeringados me bailan dentro de la boca. Y no hay duda de que más vale una buena cabellera y unos buenos dientes naturales que toda la sabiduría del mundo. Hace 20 años nomás no hubiera pensado que llegaría a esto. No sé, pero el día que el Sr. Bisutti suspenda sus lecciones, no tendré dónde caerme muerto. A los 70 años, ¿quién puede quererme de profesor?, ¿quién puede desear que yo le enseñe inglés?. Es verdad que sé el inglés muy bien, y que ninguno de esos mozalbetes y mozalbetas que andan por ahí con un diploma de Michigan o de Cambridge o de donde sea puede compararse conmigo. Yo el inglés no lo aprendí en los libros; lo bebí en casa de mi abuela O'Connor, la irlandesa de Bray. Pero, ¿qué gano con eso?. Es verdad también que durante años fui considerado el mejor profesor de Preparatorios del Instituto Windsor. Pero, ¿de qué me sirve todo esto?. No sé, pero el día que el Sr. Bisutti me

despida, no me quedará otro remedio que suicidarme, porque la mísera jubilación de profesor que recibo, los 78.000 pesos que cobro, apenas si me alcanzan para pagarme el altillo y tomar el desayuno por las mañanas. Nadie mejor que yo conoce lo que es esa vida. Nadie mejor que yo sabe lo que es vivir encerrado dentro de las cuatro estrechas paredes del altillo. De ese altillo frío y húmedo que parece la antesala de lo desconocido. Nunca pensé que la ancianidad sería esto. ¡Quién me hubiera dicho que era una etapa tan dura!. Aparte del deterioro físico, del cansancio de la mente, del vivir del recuerdo, de ese desgraciado recuerdo que lo trastorna a uno porque lo retrotrae a épocas de plenitud, está la soledad, esa soledad embrutecedora y sórdida que lo aleja a uno de todo. Porque a los 70 años uno ya no tiene con quién hablar, todo es inminencia, inminencia de abandonar este mundo. Los jóvenes le hacen a uno la aguja. Si hablan unas palabras, sólo lo hacen por misericordia, porque en realidad están en otra cosa. Mucho abuelo de aquí y abuelo de allá, pero minga de conversación, de comprensión. Los marxistas dividen el mundo en clases sociales. Y aseguran que algún día desaparecerán. Yo, en cambio, lo divido en clases cronológicas. Y éstas sí que jamás desaparecerán. Mi clase cronológica, la ancianidad, es la clase más ignorada, más abandonada, más olvidada. A veces un joven se digna a hablar unos minutos conmigo, pero de inmediato se aburre. Yo noto que es como una limosna que me tira, porque apenas comienzo a hilar un pensamiento, se escurre y me deja con la palabra en la boca. A veces, por la noche, cuando me revuelvo insomne tratando de encontrar calor en mi lecho de anciano, siento ansias de ser joven de nuevo. No es que desee salir a la aventura como el Dr. Fausto. No. Es otra cosa, es algo indefinido que no puedo explicar. Siento que quisiera salir con mis amigos, ir a un café del centro y charlar, charlar de cualquier vaguedad como lo hacía de mozo. Pero el tiempo ha pasado y la vida es irreversible. La mayoría de la gente juzga mal a los viejos, incluso a los viejos verdes. Yo ahora los comprendo. Aman la belleza, la plenitud de la vida y temen desesperadamente verse convertidos en objetos del pasado.

A mí no me queda nada. Ni siquiera la pequeña seguridad de poder seguir enseñando y subsistiendo.

El otro día noté como si el Sr. Bisutti estuviera enfadado conmigo (o chupado, como dicen los jóvenes ahora). Me hizo toda una historia sobre los verbos y lo que quería aprender.

—Yo creo que vamos por un camino equivocado —gritó irreverente—. Todavía no conozco el uso que tienen los verbos más sencillos. Yo estoy acostumbrado a otro tipo de cosa. Estoy acostumbrado a que todo lo que aprendo tenga su aplicación. Yo quiero dominar las reglas de la gramática. Cuando hablo quiero tener todas las reglas en la punta de la lengua y no equivocarme. Ud. no hace más que repetir estructuras gramaticales que de nada me sirven.

Recuerdo que tragué saliva aturullado e intenté darle una explicación.

—Vea, Sr. Bisutti, el lenguaje es una cosa muy especial, casi diría muy sutil y evasiva. Por más que Ud. se sepa las reglas, no siempre podrá emplearlas automáticamente. El lenguaje no es un mecanismo de relojería, no es una máquina que Ud. aprende a poner en movimiento y produce chorizos o morcillas de igual medida y peso. El lenguaje, mi buen amigo, es algo mucho más sofisticado: es, si se quiere, un arte. Si vamos al caso, es algo así como el fútbol. Ud. aprende las reglas básicas y sin embargo no puede jugar como su compañero Pérez o su compañero López.

—No me venga Ud. con falsas analogías —espetó Bisutti, mientras las aletas de la nariz casi le temblaban de furor—. El lenguaje es como las leyes de cualquier código de jurisprudencia. Ud. las aprende, las aplica y sanseacabó.

Puedo asegurar que desde que tuve esta conversación con Bisutti estoy muy triste. Antes, al principio, el hombre hasta esbozaba una sonrisita en clase. Mostraba al menos un poco de humanidad, de humor, y revelaba comprender mi ancianidad y hasta valorar mis conocimientos. Ahora, ni qué pensar. Después del diálogo se puso serio y seco como un tronco. Y yo me siento como achatado, como disminuido, como maniatado mentalmente. Por eso sólo espero que me diga que

no quiere más clases. Entonces será el fin, mi fin. Bueno, uno tiene que hacerse a la idea de que todo tiene un fin. ¡Pensar que yo me había habituado tanto al Sr. Bisutti!

Ahora pienso que en el fondo del alma me desprecia. Ultimamente ni me da la mano. Lo que ocurre es que las cosas quizá deban ser así. La verdad es que soy un viejo y debo estarle agradecido de que me mantenga como profesor. Cuando uno tiene tantos años, cuando las cuerdas vocales fallan y el oído se pone duro, no hay derecho a exigir. Uno es una piltrafa y debe aceptar todo lo que viene como una gentil limosna. La grabación que hicimos el otro día me dejó sin respirar. ¡Cómo he envejecido!. Mi voz es un sonido rauco, pobre, tembleque... Además, hasta tengo una tosecilla. A mí me parece que es nerviosa.

Confieso que, pese a todo, a veces me gustaría hablar algo con Bisutti. Desearía que el buen hombre, al menos por un instante, dejara de ser ejecutivo. No sé qué pasa, pero somos como dos máquinas frente a frente: yo, la máquina que enseña reglas, construcciones y palabras; él, la máquina que trata de incorporarlas, la máquina que deglute los conocimientos y los absorbe. Pero es más, a veces me agradaría saber qué hay dentro de esa cabeza, detrás de esa cara angulosa y sin expresividad, detrás de esos ojos inquisidores y fieros que no reflejan nada. Hasta ahora no ha mostrado la menor curiosidad por mí y mis cosas. Se ha comportado siempre como si delante de sí tuviera un objeto de piedra. Yo, en cambio, me he esforzado en todo momento por conocer algo de él. Pero ha sido en vano. Los días pasan y siempre estoy delante de una máscara inescrutable. Yo no sé si será correcto, pero toda vez que conozco a alguien, trato de saber algo de su vida. Busco conocer los gustos, las inclinaciones, los problemas y hasta las frustraciones del prójimo. Porque todo ser es un complejo de sentimientos que busca abrir su alma, comunicarse. Por eso no comprendo a este hombre. El sólo parece abrirse y mostrarse humano cuando habla por teléfono con personas importantes. Entonces hasta hace chistes y pregunta infinidad de cosas.

Alguna vez, buscando una explicaciós, he pensado que así debe ser un ejecutivo en el mundo moderno. Cuanto más matter-of-fact, tanto mejor. Para qué andarse con falsos sentimentalismos e interesarse por las cosas del prójimo. El prójimo está allí para servirnos, está allí para que le saquemos hasta la última gota. No hay que olvidar jamás que la eficiencia, la "efficiency" de los americanos, es el factor número uno de progreso en la sociedad actual. Cómo entonces pretender que entre un ejecutivo y un humilde profesor se establezca una corriente de amistad. La amistad es un fenómeno del pasado, un fenómeno que sólo existe en la mente de hombres como yo, de hombres formados en sociedades hoy desaparecidas.

En el futuro, la amistad o eso que llamamos amistad, dejará de existir. Desaparecerá porque la institución morirá. En las épocas no tecnológicas, la amistad era necesaria. Había que luchar contra los animales, contra la naturaleza y era un imperativo formar grupos, unirse. De allí surgían los amigos. Ahora, con la tecnología arrolladora, cada cual se basta a sí mismo y se encierra en su cubil sin preocuparse por los demás. Por eso, ¿de qué sirve la amistad?. Incluso la palabra *amistad* muy pronto dejará de usarse. Estoy seguro de que no existirá en las lenguas de los hombres del mañana. Cuando nuestros descendientes lean nuestras obras de hoy —nuestras poesías, nuestras novelas—, tendrán que hacer un gran esfuerzo para poder captar su sentido y hasta se reirán. Pero eso no será todo. No podrán comprender tampoco qué eran el amor, la alegría, el odio... Porque todos estos valores habrán desaparecido. Los ejecutivos son precisamente el mejor ejemplo de los hombres del futuro. Ellos son realmente cerebro, cráneo, materia gris. Han eliminado o están a punto de eliminar todo lo que impide pensar bien, han erradicado las trabas efectivas de la vida.

Lamentablemeste, yo no puedo vivir así; yo todavía estoy asido al pasado, soy una pieza del mecanismo del pasado, y en mí funcionan todas las categorías del sentimiento, esas categorías que hacen del hombre un ser tan cambiante, tan contradictorio, tan insatisfecho. Realmente no sé qué va a

ser de mí cuando el Sr. Bisutti me diga que no quiere más clases de inglés, cuando no gane más esos pesitos extra que me permiten comer.

He pasado unos días muy malos. El pesimismo me ha invadido por todos los lados. No he tenido fuerzas para rechazarlo y ha sido un error. Uno tiene que pensar que las cosas no pueden ir siempre mal. Hay que forjarse ilusiones. Hay que creer en la vida hasta el último instante, en los hombres, en el amor al prójimo. Tener fe ayuda a vivir.

Desde hace unos días el Sr. Bisutti está otra vez muy bien. Otra vez ha vuelto a darme la mano y esto me reconforta. Me hace comprender que yo no tenía razón cuando lo juzgaba tan duramente, tan cruelmente. Pienso que será la cercanía de las Fiestas. Es que la Navidad nos hermana a todos, nos hace recordar que todos somos hijos del Señor y buenos.

Anteayer de noche salí un ratito a dar una vuelta por el centro y se me alegró el corazón. Anduve un rato por 18 y miré los comercios llenos de gente. Hacía un calor muy fuerte, inapropiado para la época del año, y yo caminaba como si estuviera en un país de magia. Todo era luz. Las vidrieras resplandecían de colores y regalos, los niños fisgoneaban sus juguetes favoritos y les hacían sus pedidos de Navidad y Reyes a sus padres. La atmósfera de la noche me transportaba. Todo era como una suerte de poesía, si es que todavía se puede hablar de este extraño estado de ánimo llamado poesía. Me senté en un banco de la plaza Cagancha y me puse a observar. En el medio, junto a un cantero muy verde, había un vendedor que ofrecía unos monitos mecánicos que corrían y hacían morisquetas. No eran caros y me compré uno. "Total —me dije—, nunca estará de más. Tendré incluso un compañero en el altillo y lo miraré y hablaré con él en los ratos de ocio, antes de acostarme".

Ayer estuve un poco deprimido. No tenía la euforia de días atrás. Con todo, miré el monito y me calmé. El pobrecito pareció decirme: "No te preocupes, Juan, ya verás que no es nada, que todo se arreglará". No hay duda de que

tenía razón. Era un estado pasajero. Bisutti, los hombres, la gente en general son buenos, todos buenos, y yo soy un exagerado. Estoy seguro de que antes de Navidad me va incluso a agradecer las clases y me va a desear felicidades de todo corazón. Y quién me dice si a lo mejor no me hace algún pequeño regalito, pensé. No hay que olvidar que los ricos son siempre gente fina y de sentimientos nobles.

Hoy 23 tuve clase con Bisutti. Me recibió muy bien. Incluso me palmeó la espalda afectuosamente. ¡Qué contento me sentí!. Luego me dijo:

—¿Cómo va eso, Sr. Iriondo?. How are you, Mr. Airiondo?. Lo veo muy bien de semblante. Será la proximidad de las Fiestas.

Fue una clase muy agradable. Hasta nos reímos a carcajadas varias veces.

Al terminar me dijo:

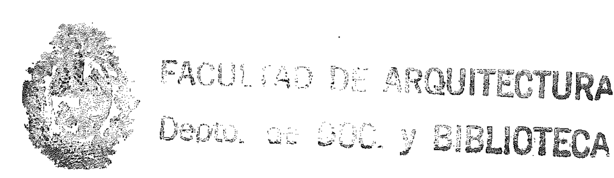
—Bueno, le deseo una Feliz Navidad y un Año Nuevo pleno de venturosas realizaciones.

Salí contento como nunca. Al irme, su secretaria me llamó y me dijo:

—Esta es la última clase que el Sr. Bisutti toma con Ud.

Por la noche compré el diario. Busqué distraer un poco mi preocupación. En la segunda página leí:

> Homenaje de la Cámara de Industrias al Sr. Roberto Bisutti.
> Con motivo de su relevante actividad al frente de Industrias Metalplásticas S.A., la Cámara de Industrias le ofrecerá un cóctel de honor prenavideño al Sr. Roberto Bisutti en los salones del Club del Automóvil del Uruguay.



Tiré el diario al suelo y aunque quise cerrar los ojos y olvidar, no pude dejar de ver al monito que desde su lugar parecía decirme:

–No te aflijas, todo se arreglará.

Sin querer vi que había dejado los dientes postizos sobre la mesita. Me había olvidado de ponerlos en el vaso de agua y estaban llenos de hormigas. Comían los desperdicios que habían quedado de la última comida.

1974

EL GAMEXAN

To Jo Ann & Herman James,
my unforgettable Tallahasseean
friends, in admiration & affection.

La Srta. Giménez vino a vernos el sábado pasado y estuvo un buen rato en casa. Estaba vestida de riguroso luto y se veía que sufría mucho. La palidez enfermiza de su rostro demacrado hacía pensar en algo no muy bueno. Mi mujer la invitó a tomar el té con nosotros y pasamos a la salita del fondo que a menudo hacía las veces de comedor o al menos de comedor informal La ventana de la salita daba hacia el mar y a través de ella uno podía divisar la inmensidad de las aguas y el cielo e incluso pensar en lo infinito o finito del espacio. Para mí en realidad era infinito y a veces lo comparaba o lo contrastaba con la pequeñez del gato que se acomodaba en el marco de la ventana y proyectaba sus orejas contra el cielo hasta que el ladrido del perro del vecino (el Bolita) interrumpía mis divagaciones y volvía mi vista a la mesa, o más concretamente, al queso, a la manteca, a las mermeladas, y yo ya no me acordaba más del espacio y de esas cosas raras de los filósofos, los poetas y los artistas.

La Srta. Giménez –ya la estaba olvidando con esto de la ventana, el gato y el infinito, que en verdad no sirven para

nada– se sentó al costado de la ventana y no dijo palabra. Estaba muy callada y no se podía adivinar qué podía pasar por su mente. Quizá se dejara atraer también por la visión del infinito como yo, quizá por el queso fresco y reluciente, de un color amarillo clarito, que había puesto mi mujer para acompañar las galletitas.

Mi mujer rompió el silencio y preguntó:

–¿Cómo quiere el té, Catita, con mucha o con poca leche?

–Con poca leche –musitó la Srta. Giménez y dirigió la mirada al azul del cielo, casi como despreciando el queso, las galletitas y el humeante té que tenía ante sí.

Pasaron muchos segundos y no hubo diálogo. Sólo se oía el tintineo de las cucharitas que chocaban dentro de las tazas mientras revolvíamos el azúcar en el oscuro líquido.

–La veo un poco cansada –insinuó mi mujer.

–No es para menos –contestó ella sin levantar la vista, casi como con fastidio.

Nuevamente se cortó el diálogo y transcurrieron varios segundos.

–A veces conviene no preocuparse –se me ocurrió decir.

–Lo mío es muy serio –explicó mientras se llevaba la taza a los labios.

Los rayos del sol poniente todavía penetraban por la ventana e iluminaban a la Srta. Giménez en la frente. Por momentos se me hacía como estar frente a un cuadro de esos impresionistas franceses que admiraba de muchacho.

–Lo mío es muy serio –repitió con un tono de voz que parecía venirle de las profundidades del alma.

–Pero, ¿qué le pasa? –se atrevió a inquirir mi mujer.

La Srta. Giménez tomó de nuevo la taza de té y se la llevó a los labios casi temblequeando. Con los ojos entrecerrados sorbió un poco del humeante líquido.

Se oyó el ladrido del Bolita un instante y de nuevo reinó el silencio. La Srta. Giménez clavó la vista en el extraño cuadro de Olk y se decidió a hablar.

–Ahora casi no puedo vivir en el apartamento –explicó.

–Pero, ¿qué ocurre? –inquirió de nuevo mi mujer, ahora casi con vehemencia y agresividad.

–¿Que qué ocurre?. ¿Ud. me lo pregunta?. ¡Ud. que no tiene problemas, que tiene su marido que la colma de atenciones, que tiene esta hermosa ventana que la pone en contacto con el espacio, con la vida, con la belleza!

Nuevamente cayó como en un pozo y por unos instantes reinó el silencio. Nuevamente levantó la taza y todos permanecimos callados un rato. En el ínterin pareció como si quisiera ordenar sus pensamientos. Miró por la ventana y un último rayo de sol le iluminó el pelo canoso y abandonado y diluyó el contorno de su cabeza en el gris de la pared.

–Figúrense –dijo como saliendo de un penoso letargo–, el vecino de al lado ha comenzado a fumigar su apartamento y es horrible. Todas las noches, a eso de las 11 empieza el ruido, un ruido sordo que se ve que es producido por una máquina de fumigar, una especie de fuelle. No se siente otra cosa más que un flu flu flu permanente.

–¿Y eso qué le hace? –inquirí yo con cautela.

–¿Que qué me hace?. A los pocos minutos comienzo a sentir el olor del tóxico y empiezo a toser. A medida que pasa el tiempo, el olor es más fuerte. Todavía no sé por qué fumiga tanto. El aire envenenado se cuela por entre las rendijas de la ventana, por los intersticios de la cocina y hasta por el corredor de mi apartamento y no hay quien lo pare. No hay solución. Tengo que salir a la calle.

Hubo unos instantes de silencio que me hicieron olvidar todo.

–Se trata de la lucha contra las cucarachas –dijo de pronto con una mirada de angustia.

–¿De qué cucarachas? –preguntó mi mujer.

La Srta. Giménez se interrumpió otra vez y miró el cielo del atardecer. El rojo casi anaranjado de los murientes rayos solares se disolvía en el celeste ya oscuro de la bóveda sideral y daba una extraña tonalidad a la cara de la mujer. Parecía como si estuviéramos en una cápsula espacial y en el centro su espectral figura.

—¿Y por qué no habla con el vecino y le pide que no fumigue más? —se me ocurrió sugerirle.

Los últimos rayos ya se habían esfumado y Catita parecía ahora un bulto casi sin contornos definidos en la penumbra de la salita.

—Ya lo hice y ni me escuchó. Me trató de vieja solterona y fastidiosa.

—Y bueno —propuso mi mujer—, ¿por qué no va a la comisaría y hace la denuncia?

Catita suspiró como desconsolada y clavó de nuevo los ojos en el cuadro de Olk. La tela representaba algo que más parecía una araña negra y ponzoñosa que un motivo abstracto, como tal vez había sido la intención del pintor, y dominaba misteriosamente el ambiente.

—Ya fui a la comisaría —dijo con desgano—, ya fui dos veces y no me hicieron caso. Cuando hablaba con el comisario oí que un agente decía a otro: "Es la vieja loca esa del luto permanente".

De nuevo se interrumpió la conversación. Habíamos llegado una vez más a una especie de punto muerto. Los rayos del sol ya no alumbraban más y la pieza entró en una especie de oscuridad azulada. La araña del cuadro nos miraba desde la pared sin decir palabra pero parecía pronta a saltar sobre nuestras cabezas. Se me hace difícil recordar ahora cuánto tiempo estuvimos en silencio. Tal vez cinco minutos, tal vez dos horas. Era una de esas circunstancias en que uno pierde la noción del tiempo. Recuerdo con todo que la reunión era como un extraña ceremonia y revivo esos momentos como si hubieran quedado fijos en una tela. Incluso tengo la sensación de que sentía frío en el cuerpo y en las piernas y de que hasta me estaba congelando sin poder hacer nada. Era como si navegáramos en el espacio infinito y no pudiéramos utilizar nuestra voluntad.

—Y ¿por qué no intenta ver a un buen abogado? —oí en cierto momento que dijo una voz que no podía ser otra que la de mi mujer.

Volví nuevamente a la aparente realidad. Era como si

hubiera salido de un ensueño y me costaba acostumbrarme a las voces.

—Ya vi a un abogado —replicó Catita—. Me dijo que no había nada que hacer, que era necesario tener paciencia y acostumbrarse al aire tóxico. Y agregó que yo no era quién para molestar a un abogado a menos que tuviera mucho dinero para pagar sus honorarios y me dio a entender que las leyes en realidad estaban para servir a algunas personas, que no todas tenían derecho a ellas y que por lo tanto debía conformarme así.

La noche avanzaba y el resplandor de la luna había sucedido ahora a los rayos del sol.

—Y ¿por qué entonces no va a ver a un escribano y le hace labrar un acta —sugerí yo, ya con nuevas fuerzas para intervenir.

—¡Cómo voy a hacer eso si la fumigación empieza a las 11 y media o las 12 de la noche!. Nadie se molesta en venir a casa a constatar los hechos y labrar un acta a medianoche. Todo el mundo mira alguna serial americana de televisión o se acuesta a esa hora. La mayoría de los seres prefieren drogarse con alguna porquería como Misión Imposible o Mash o hacer el amor como los gallos a ocuparse de problemas de fumigación.

Una ráfaga de aire frío entró de golpe por la ventana y Catita se levantó. Entreví que la luna parecía correr en el cielo ahora oscuro y lleno de nubarrones. Noté que la pobre mujer lloriqueaba.

—Estoy condenada —dijo—. Anteanoche no pude aguantar más y me fui a dormir a un hotel. Ahora no tengo más dinero y no sé qué pasará. Moriré fumigada. Fumigada como una cucaracha. A veces pienso que soy una cucaracha.

La acompañamos hasta la puerta y no intentamos darle un nuevo consejo. Los consejos parecían no servirle. Estaba condenada a morir como una cucaracha en medio de los vapores tóxicos del gamexán y no se podía cambiar las cosas. Tal vez fuera mejor así.

Yo la saludé y entré. Era como un alma en pena, toda de negro, que corría casi como desesperada.

A la mañana siguiente, mientras mateaba y comía una galleta marina, se me ocurrió preguntarle a mi mujer si realmente no podíamos hacer algo más efectivo por Catita. A las 8 oí el informativo. El parte de los sucesos policiales decía que en el apartamento 902 de Andes y Mercedes, había aparecido muerta la Srta. Catalina Giménez, oriental de 53. Y agregaba que en el interior del inmueble se había hallado una máquina de fumigar insectos, en especial cucarachas. El vecino de al lado comentó que desde hacía tiempo la Srta. Giménez fumigaba todas las noches, al punto de que él y su familia no sabían qué hacer ni qué pensar a causa de los gases tóxicos que a veces se filtraban y llegaban al corredor.

En el apartamento de la Srta. Giménez no encontraron en realidad ninguna cucaracha. Sobre una cómoda vieja hallaron un fragmento de carta, unas líneas dirigidas a un hombre:

Luisito:

Yo sé que soy una cucaracha. Vos sos una cucaracha y las cucarachas deben morir envenenadas. Así me dijiste aquel día de enero del 56 en el Parque Rodó, junto al lago. Yo todavía te recuerdo y ahora comprendo que tenías razón y que soy una cucaracha. Tengo la piel dura. Es horrible. Veo todo torcido y pronto me van a pisotear y mi vientre reventará y saldrá toda la porquería que hay adentro y habrá un olor insoportable. Sin embargo, aún recuerdo el color de tus ojos y tu pelo castaño y las palabras tan queridas de nuestro primer encuentro cuando te di el dinero para la campaña electoral, y me pregunto dónde estarás ahora que sos diputado.

Tirada en el suelo había una foto de un hombre muy elegante con una dedicatoria que decía: "A mi gran amor, a mi Catita, la mujer de mis sueños". Y debajo una firma que parecía decir Luisito, como el de la carta. Y junto a la foto una banana a medio pelar y llena de mosquitas que picoteaban.

1974

INDICE

LIBROS PUBLICADOS POR EDICIONES I.E.S. - GEMINIS

COLECCION HISPANIA

Ivo Domínguez
El derecho como recurso literario en las novelas de Cervantes.
Emilio Bejel
Buero Vallejo: Lo moral, lo social y lo metafísico.
José Cortés.
El mundo poético de Berceo en la Vida de Santo Domingo.
Helio Giménez.
Artificios y motivos en los libros de caballerías.
Leonel A. de la Cuesta
El Audaz de Pérez Galdós: Análisis integral.
Leonel A. de la Cuesta
El Audaz de Pérez Galdós: Edición Crítica.
Ivo Domínguez
Edición de Tres Novelas Moriscas.
Conrado Almiñaque
El concepto de la muerte en la literatura española, del siglo XV.

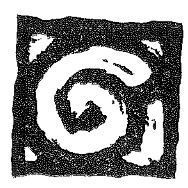
COLECCION NOVUS ORBIS

Anisia Meruelo González
Las novelas cortas de Alfonso Hernández Catá.
Noheli S. Brodermann
José Martí: Patriota y Poeta.
Lomberto Díaz
Heredia, Primer romántico hispanoamericano.
Rafael Fermoselle
Política y color en Cuba.
Alvaro de la Iglesia
Tradiciones cubanas
Adelfo L. Aldana
La cuentística de Augusto Roa Bastos.

Lloyd Hirst
Britons at Maldonado.
Doris T. Stephens
Delmira Agustini and the quest for transcendence.

COLECCION NARRADORES DE HOY

Tarik Carson
El hombre olvidado.
Miguel Angel Campodónico
Blanco, inevitable rincón.
Julio Ricci
El Grongo.



impreso en los talleres gráficos de **shera'a** s. r. l., canelones 1484, montevideo, en el mes de setiembre de 1976. edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.
depósito legal Nº 108.392.